



TROPICAL

LEXXIE COUPER

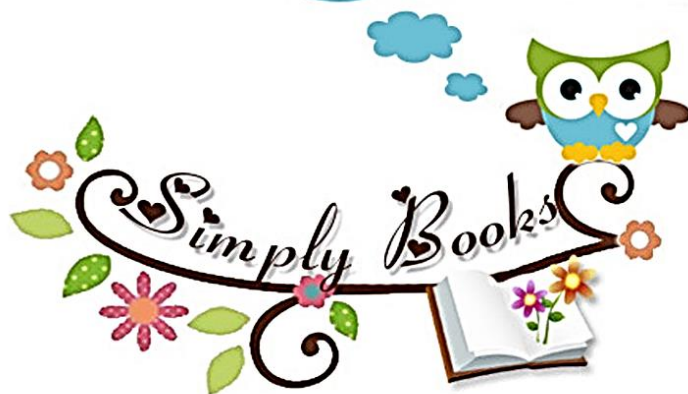
Sin



Este libro llega a ti
gracias a



2



¡Descubre tu próxima aventura!



TROPICAL
LEXXIE COUPER *Sin*

Satff

Traducción

Mir & nElshIA

Corrección

bibliotecaria70

clau

Francatemartu

Mokona

viriviri

Fatima85

Malu_12

Recopilación & Diseño

Francatemartu



Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Próximo Libro

Biografía del autor



Sinopsis

“Se necesita más que una estrella de rock para que rocken tu mundo. A veces necesitas un amigo”.

McKenzie Wood es la reportera de una revista de chismes de Australia, y acaba de espiar la historia de su vida: los rumores envuelven a la estrella de rock, Nick Blackthorne que piensa que está de incógnito en el resort Bandicoot Cove. Se dice que Nick es un adicto al sexo a punto de salir del closet, y quién mejor para atraer a Nick que su mejor amigo, Aiden Rogers, un magnífico bombero acelerador del pulso que siempre está ahí cuando ella lo necesita, sin importar el reto.

Aiden admite que es bastante patético que pueda precipitarse en edificios en llamas, pero no tenga las agallas para decirle a McKenzie que está enamorado de ella. Y de ninguna manera le puede decirle a su mejor amiga que relamente le gustaría hacer algunas cosas pecaminosas con ella, especialmente porque ella nunca ha mostrado ni un ápice de interés sexual.

Nick busca un tiempo de inactividad anónima en su país natal. Se sorprende al encontrar a su musa creativa agitada más que rígidamente atenta por una pareja tan sexy que lo único que puede pensar es en los tres. Juntos.

Tres cuerpos se mueven juntos como uno solo, y la música se convierte en un latido ardiente que compite con el calor de la isla. Cuando la verdad inevitablemente sale a la luz, el calor puede ser suficiente para salvar tres almas o simplemente terminar el lamento de otro pecador.

Advertencia: Uno más uno más uno es igual a sexo OMD, orgasmos de relamente-estás-bromeando y algunos alucinantes clímax.



Capítulo 1

Están personalmente y cordialmente invitados a asistir a la apertura del más reciente Resort de Lujo CINCO ESTRELLAS de Australia BANDICOOT COVE en la Isla Bilby.

Traigan acompañante si lo desean.

Todos sus gastos y necesidades serán atendidos mientras ponemos a prueba nuestro servicio al cliente en la preparación para la Gran Apertura.

(P.D. ¿Pueden creer que conseguí este trabajo, chicos? ¡¡Vaya!!

Mack, si no traes a Aidan te golpearé. Estás avisada.

Hasta pronto,

Con amor, Kylie

XXXX)

—¡Mierda! —McKenzie Wood agarró la manga de su mejor amigo, casi tirando a Aidan de su asiento y hacia su regazo—. ¿Viste quién era?

Ella se giró en su asiento, tratando como el infierno de capturar un vistazo del alto y malditamente magnífico hombre entre la multitud del restaurante.

Aidan, bendijo que sus pequeños calcetines de algodón —bueno, no tan pequeños ya que el tipo tenía tamaño 13 de pies— no le dieran a ella un golpe en la espalda. En su lugar, su mejor amiga desde que tenía catorce años desenganchó la manga de su camisa de su puño, él se enderezó en la silla y se volvió para mirar en la dirección en la que ella estaba embobada.

—¿Hugh Jackman? —supuso, su voz profunda retumbó con alegría—. ¿Russell Crowe? ¿Russell Brand? ¿Brandon Routh? —Le lanzó una mirada de reojo, con una sonrisa tirando de la comisura de sus labios—. ¿Te



importaría tirarme un hueso aquí, Mack? Porque no tengo ni una maldita idea.

MacKenzie se giró de nuevo hacia él y le dio una amplia sonrisa.

—Nick Blackthorne.

La boca de Aidan se abrió. Golpeó los lados de su rostro con sus palmas, sus ojos verdes muy abiertos.

—¡No! —estalló—. ¿Nick Blackthorne? ¿El Nick Blackthorne?

McKenzie golpeó el dorso de su mano derecha contra su pecho, escondiendo su gruñido de dolor bajo el ceño fruncido de exasperación. Maldición, el pecho del hombre era más duro que el hormigón.

—Sí, sí, sí... —Ella puso los ojos en blanco—. Eres un bastardo divertido, ¿verdad? La última vez que alguien vio a Nick Blackthorne, supuestamente se estaba registrando en una clínica de rehabilitación sexual en Alemania por ser un adicto.

Aidan alzó una ceja.

—¿Adicto al sexo? El tipo es una maldita estrella de rock. La estrella de rock más grande que este país ha producido. ¿No se supone que tenga sexo con casi todo en un vestido que se arroje ante él?

—No, no, no, no. —McKenzie negó con la cabeza—. Dios, ¿no lees las revistillas para las que escribo? Supuestamente se registró en un centro de rehabilitación de sexo porque no puede dejar de tener sexo con *hombres*.

Aidan la miró durante un largo segundo. Seguido por otro.

Se quedó sentada y esperó a que dijera algo, con sus manos sobre las rodillas, con la mirada sosteniendo la de él.

Finalmente, se encogió de hombros.

—Bueno, a cada uno lo suyo.

McKenzie se acercó más a él.

—Te estás perdiendo el punto, Rogers. Si Nick Blackthorne está aquí, cuando todo el mundo piensa que está en Alemania, podría obtener la primicia.

—¿La primicia?

Ella sonrió, retorciéndose más cerca del borde de su asiento.



—La primicia.

Aidan dejó escapar un profundo suspiro, volviendo de nuevo a su mesa y echando mano a su cerveza.

—McKenzie —dijo, con voz nivelada—, estamos en la apertura del resort de tu amiga. Si te pones toda periodista de tabloide y acechas a un invitado, Kylie te matará. Entonces voy a tener que explicarle a Mason por qué dejé que mataran a su gemela. Y luego Mason probablemente tratará de golpearame.

—¿Y qué harías tú a cambio?

Aidan le dio una fija mirada de reojo.

—Depende. ¿Te gusta tu gemelo o no?

McKenzie pensó la pregunta por un momento, luchando por mantener su cara compuesta. Aidan siempre, *siempre* parecía querer hacerle sonreír, incluso cuando le decía que estaba siendo horrible. Capullo.

8

—Mejor no le devuelvas el golpe —respondió ella—. Él, después de todo, pagó por los vuelos hasta aquí.

—Buen punto. —Aidan tomó un sorbo de cerveza antes de recoger su tenedor y apuñalar la langosta de la sopa en su plato—. Aunque podría haber sobrevivido sin el chantaje de ayudarlo a limpiar ese barco suyo que acaba de comprar con Trent. En serio, si Trent quería navegar hasta la costa de Australia, ¿cómo es que quedé atrapado en raspar los percebes fuera del casco de la maldita cubeta oxidada?

—Porque perdiste esa estúpida apuesta en el aeropuerto sobre la valija de quién era más liviana, la tuya o la de él, ¿recuerdas? —ofreció McKenzie, recogiendo su propio tenedor. Tenía que darle crédito a Kylie; la chica sabía cómo organizar una fiesta, y la apertura no había comenzado aún. ¿Langosta para el almuerzo? Vamos—. Ah, ¿y puedes aguantar la respiración por más tiempo?

Aidan volvió a resoplar, el sonido hizo que la sonrisa de ella se hiciera más amplia.



—La próxima vez que Kylie lance una apertura de resort, quiero que sea en el Outback¹. —Él tomó otro sorbo de cerveza—. O en Snowies.

McKenzie se echó a reír.

—No la tientes. Sabes cómo es ella. Además, fue agradable tener a Mason en el vuelo con nosotros, aunque te haya atrapado para limpiar *Paraíso*. Al menos de esta forma no tengo que llamar a mamá. Ella todavía no me ha perdonado por mi artículo sobre... —Un hombre alto pasó por delante de la entrada del restaurante, rezumando sexualidad melancólica, buena apariencia fenomenal y humeante arrogancia. Nick Blackthorne. En carne y hueso. Agarró el brazo de Aidan justo cuando él estaba a punto de tomar su copa, salpicando cerveza sobre su mano y la muñeca—. Oh Dios, es él, Rogers. ¡Es él! Mira. ¡Mira!

Antes de que Aidan pudiera hacer tal cosa, McKenzie se puso de pie, haciendo que su silla cayera al suelo. La mujer con bastante sobrepeso y ridículamente demasiado abrigada sentada en la mesa detrás de ella murmuró algo que sonó muy parecido a “vaca desconsiderada”, pero a McKenzie no le importó. Nick Blackthorne estaba aquí. En el Resort Bandicoot Cove. Caminando sin ningún signo de guardaespaldas, groupies o séquito.

Nick Blackthorne. La estrella de rock más grande del mundo.

Aquí. A veinte metros de ella.

Ella lo vio deambular a través del opulento vestíbulo, sus impresionantes ojos gris claro ocultos por un par de gafas de sol negras como el carbón, su alto y delgado cuerpo envuelto en un par de Levis apretados y descoloridos y una camiseta de R2-D2². Músculos nervudos se enrollaban y flexionaban mientras caminaba, cada zancada era casi rítmica, como si se moviera con una música que nadie más podía oír.

Un pequeño aleteo de algo enteramente sexual se agitó en el núcleo de McKenzie, una pequeña vibración de la base, interés instintivo. Por un breve segundo una imagen de él lanzándola sobre la enorme cama en su

¹ **Outback:** es el interior remoto y semi-árido de Australia. Se consideran outback las regiones más alejadas de los centros urbanos.

² **2R2-D2:** es un personaje de ficción del universo de Star Wars. Es un droide astromecánico, contraparte y amigo de C-3PO.

cuarto del resort llenó su mente. Su manos de largos dedos rasgaban las ropas de su cuerpo antes de que, con facilidad líquida, hundiera lo que se rumoreaba eran unos sólidos y muy impresionantes veinticinco centímetros en su empapado y muy dispuesto coño.

Sus pezones se pusieron apretados y resopló su flequillo, siguiendo su camino más allá de la recepción y de la vista.

—Nos tenemos que ir. —Enganchó sus dedos debajo del brazo de Aidan y lo levantó para ponerlo de pie. Bueno, lo intentó. Desplazar un bombero de un metro noventa no era fácil, sobre todo cuando, estaba mirándola como si hubiera perdido la cabeza—. Rápido, rápido —rogó, recurriendo a envolver dos manos alrededor de sus bíceps. Maldita sea, ¿cuándo se había puesto tan abultado Rogers?—. Tengo que ver a dónde va.

Aidan permaneció obstinadamente en su lugar.

—¿Acechando ahora? ¿No me dijiste que querías salir del negocio de los tabloides? ¿Que era hora de comenzar tu carrera de periodista en serio?

McKenzie golpeó la parte trasera de su cabeza y luego atrapó su brazo de nuevo, sus dedos apenas se habían rizado a medio camino de todo su ancho musculoso.

—Cállate. Se está escapando.

Aidan hizo ademán de recoger el tenedor de nuevo.

—Bien por él.

Una oleada de caliente ira apuñaló el pecho de McKenzie y se tragó una maldición. Aidan tenía razón. Ella le *había* dicho a él y a Mason en el vuelo que iba a renunciar a su trabajo en Goss cuando regresara. *Había* dicho que era hora de usar realmente su título en periodismo por un bien mayor. Pero entonces Nick Blackthorne había pasado por su camino, y realmente, ¿no era por el bien del mundo saber exactamente lo que estaba haciendo aquí y dónde había estado? ¿Y si ese “dónde” tenía algo que ver con las actividades secretas de veinticinco centímetros de carne?

Tiró del brazo de Aidan, una vez más, un empuje ineficaz del que estaba casi avergonzada. Casi.



—¿Por favor, Aidan? —le rogó, dándole su mejor expresión de perrito herido. Del tipo que siempre, siempre le compadecía ante una de sus obstinadas confrontaciones—. ¿Por favor? ¿Por mí?

Levantó la vista hacia ella, con la mandíbula cuadrada, su expresión ilegible. Había sido su mejor amigo desde antes que ella tuviera su primer novio. Había sido su roca, su ancla. Su voz de la razón cuando su mente de periodista se dejaba llevar. No quería ser molesta con él. Lo necesitaba con ella en esto.

Él la estudió con esos ojos profundos, y directos suyos. Ojos que no se perdían nada. Ojos que parecían no ver nada en el mundo, excepto a ella.

Un aleteo suave contrajo el sexo de McKenzie, inesperado y tan ansioso como su respuesta anterior a Blackthorne.

Inhaló una respiración silenciosa y soltó su brazo, con un bulto formándose en su garganta.

—Por favor —murmuró, mirando a todas partes, excepto al hombre que estaba sentado frente a ella—. Por favor, ven conmigo, Aidan.

—A la mierda —le oyó gruñir, medio segundo antes de que su silla raspara el suelo de bambú pulido y se pusiera de pie.

Una oleada de travieso alivio se apoderó de ella, destruyendo la completamente inquietante... cosa... que ella acababa de sentir. Aidan era Aidan. Sí, estaba bastante bien a la vista y casi todas las mujeres dentro de un radio de quince kilómetros se arrojaban a él cada vez que llegaba a los clubes con él, pero él era Aidan. Eso era todo.

Sonriéndole, atrapó su brazo de nuevo con sus dedos, dándole a sus duros bíceps un pequeño apretón.

—Eres tan jodidamente impresionante, Rogers.

—Lo sé —gruñó, apartándose de la mesa y llevándola con él—. Prométeme nada de arrojar porquerías, nada de tirar basura y nada de mentiras. Seguimos al tipo, le pides un comentario y nos vamos. Todo, Red Rover, de en diez minutos. ¿Hecho?

—Hecho.

Él señaló con el dedo su nariz, el ceño fruncido oscurecía su cara de otra manera amigable.



—Y nada de preguntarle si es gay. A un tipo no le gusta que le pregunten tal cosa si es o no lo es, ¿entendido?

McKenzie ladeó la cabeza, acelerando el paso para mantenerse al ritmo con él.

—¿Eres gay, Rogers?

Sus cejas se alzaron.

—¿Qué?

—Sólo te pregunto porque nunca has salido con nadie por más de un día o dos. Al igual que nunca.

Aidan dejó escapar un suspiro áspero y volvió la mirada hacia adelante, casi tirando de ella hacia fuera del restaurante.

—He tenido novias.

—¿En serio? ¿Cuándo? Lo que más has salido alguna vez fue con esa mujer oficial de policía del Comando Newcastle y eso duró un poco menos de una semana.

Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de su brazo, su paso se alargó.

—¿Por qué demonios me pongo en estas situaciones?

McKenzie saltó para caminar con él.

—¿Porque eres divertido?

—Sí —gruñó, sin mirarla—. Como un tratamiento de conducto.

Caminaron a través del vestíbulo, el estómago de McKenzie moviéndose de un tirón y dejándose caer de una forma un poco extraña que no entendía. Una parte de ella quería deslizarle a Aidan una mirada un poco lateral, sólo para estar segura de que aún estaba caminando a trompicones a su lado. Le conocía de siempre, bueno, lo que se sentía como por siempre. Le había conocido en su segundo año de instituto cuando su familia se mudó a Newcastle. En el minuto que había entrado en el laboratorio de ciencias, alzándose por encima de todos los chicos de la clase, y el profesor también, ella había sonreído. No tenía nada que ver con el aspecto que tenía, lo cual incluso a los catorce años ella sabía que era bastante condenadamente bueno. Había sonreído porque sus ojos decían, *hay una travesura para hacer. ¿Quién se suma?*



El resto de las chicas de su año, y unas cuantas más arriba y por debajo, se lanzaron hacia él de inmediato, pero nunca aceptó ninguno de los avances poco sutiles. No fue hasta que había estado en el instituto durante una semana cuando ella por fin habló con él, justo después de que había accidentalmente pateado una pelota de fútbol directamente en su ingle durante una clase de Educación Física.

Por supuesto, había corrido inmediatamente y se había dejado caer de rodillas, frotando su entrepierna y haciendo sonidos de lamento antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Ella tenía seis hermanos, después de todo; uno de ellos es Mason, su hermano gemelo. La anatomía masculina no era algo misterioso o peligroso para ella. Había visto más penes para cuando tenía catorce años de lo que podía recordar, especialmente el de Mason. Maldición, su hermano no tenía ningún interés en la privacidad personal. Cuando Aidan había levantado la vista hacia ella, retorciéndose bajo su palma, con el rostro rojo de dolor y los ojos muy abiertos por la sorpresa aturdido, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y rápidamente se echó a reír. Se había reído todo el camino hasta la oficina del director donde había sido enviada por su maestro de Educación Física mortificado por contacto inapropiado con un compañero de clase. Aidan la había encontrado en el almuerzo, se había dejado caer a su lado en el banco de metal destartado, y dijo:

—Sabes, no creo que haya tenido una paja así antes. —Y eso había sido todo. Habían sido mejores amigos desde entonces.

Ella nunca jamás había pensado en él de ninguna forma sexual. Nunca. ¿Entonces por qué su vientre había hecho esa cosa rara hace un momento en el restaurante?

Porque estás emocionada. Acabas de ver a Nick Blackthorne. El Nick Blackthorne. Por supuesto, vas a ponerte toda inquieta. No sólo porque el hombre es malditamente caliente como el pecado, sino porque él es tu billete. Una exposición exclusiva sobre las tendencias sexuales de Nick Blackthorne, y puedes escribir tu propio billete de comida fuera de la basura sensacionalista y aterrizar en el trabajo serio por el que siempre has sufrido.

El razonamiento no tenía mucho sentido. ¿Escribir basura para dejar de escribir basura? Pero McKenzie ya no se permitiría analizarlo. Si *había* algo más en la forma en que su vientre se estaba comportando, le haría



frente más tarde. Nick Blackthorne estaba delante de ella y Aidan estaba a su lado. Actualmente, los dos hombres más importantes en su vida.

Huh. Realmente eres una dramática, ¿no es así?

Cállate. Enfócate. Tienes una historia que escribir. ¿Cómo vas a hacer exactamente eso, Sra. Periodista Soy Tan Inteligente y Seria?

Sus ojos, por propia voluntad, se deslizaron hacia Aidan y su vientre saltó de nuevo. Atrapó su labio inferior con sus dientes, una idea viniendo a ella.

Si los rumores sobre Nick Blackthorne eran ciertos, tenía el cebo más perfecto para conseguir su historia. Ahora, lo único que tenía que hacer era convencer a Aidan de eso.

¿Realmente quieres hacer eso, McKenzie? Pedirle que...

Cortó los pensamientos. No le pediría que lo hiciera sólo por una historia. Le pedía que lo hiciera por diversión. Aidan siempre había sido el primero en saltar a la vida. Demonios, él la había llevado pataleando y gritando en más de una descabellada aventura. ¿Por qué esto debería ser diferente?

Sí, pero vas a pedirle que...

—Todavía no puedo creer que esté haciendo esto.

Los bajos gruñidos de Aidan jugaron con sus sentidos y comenzó, su estómago a apretarse de nuevo. Y no sólo su estómago esta vez, sino todo tipo de otras partes de su anatomía: partes de su anatomía que no tenían derecho a tensarse sobre Aidan Rogers.

—Recuerdo cuando harías cualquier cosa por diversión, Rogers. —Ella le empujó con el hombro, dándole a su brazo un apretón al mismo tiempo. En serio, ¿cuándo se había vuelto tan musculoso?

—Algo divertido puedo hacerlo. Algo divertido me gusta hacerlo. Acechar celebridades —le dio una mirada fija y muy aguda—, no es tan divertido.

Le esbozó una sonrisa.

—Estás viendo todo esto mal, Aidan. Todo lo que estamos haciendo es caminar a través de un hotel en la misma dirección que otro tipo. Eso no es acechar.



—¿Es así como puedes vivir contigo misma, McKenzie Wood? —Él volvió su atención hacia el vestíbulo y la amplia espalda de la estrella de rock más buscada en Google en el mundo—. ¿Engañándote a ti misma creyendo que no estás siendo una canalla horrible?

—Sí.

Su única palabra por respuesta le hizo resoplar, pero por un breve segundo McKenzie vislumbró un atisbo de un hoyuelo a la izquierda de su mejilla.

¡Bingo! Lo tenía.

—Sólo tienes que seguirme en esto, ¿quieres? —Giró su propia mirada hacia Blackthorne, con su estómago haciéndose nudos. Esta vez la reacción física era de excitación nerviosa—. Todo lo que voy a hacer para empezar es decir buenos días.

Aidan volvió a resoplar.

—¿Por qué no te creo?

McKenzie se echó a reír.

—No tengo ni idea.

Nick Blackthorne tejió su camino a través del puñado de personas pululando alrededor de la enorme área de recepción de Bandicoot Resort, con una pequeña sonrisa encrespándose en las esquinas de su boca. No era el hecho de que estaba aquí, en la pre apertura del resort, lo que le hacía feliz, ni el hecho de que estaba caminando por ahí sin un cuidador o guardaespaldas o groupies. Era simplemente porque la mujer riendo detrás de él tenía una risa deliciosamente ronca y contagiosa.

Se detuvo de darle un vistazo por encima de su hombro, concentrándose en cambio en la búsqueda del pasillo correcto que le llevaría a la barra Oasis. Estaba un poco desfasado con la hora y necesitaba algo más que café para despertarse.

¿Un poco? Has estado en un avión los últimos tres días. Estás más que desfasado con la hora, estás borracho de maldito desfase, arrastrado a través de las turbinas. Además, la necesidad de algo más que cafeína no tiene nada que ver con el jetlag. Sólo deseas sentarte al sol y pretender que eres una persona normal por un corto tiempo, ¿no?

Sonrió más ampliamente. La verdad era siempre menos sensacional. Hacía mucho tiempo que no era capaz de sentarse en un bar y relajarse. Cuando su agente le había ofrecido la oportunidad de asistir a la pre apertura del resort había saltado a por ello. Un número mínimo de invitados, todos elegidos por el gerente del hotel, todos —su agente le aseguró— demasiado discretos o importantes en sus propios asuntos para preocuparse porque él estuviera en su presencia. Un cambio agradable de donde acababa de estar, eso era seguro.

La idea le hizo vacilar la sonrisa. Un poco. No iba a dejar que su mente girara hacia donde acababa de estar. No cuando estaba caminando por el Edén.

Ah, entonces el romántico que solías ser todavía está enterrado en ese agujero cobarde al que llamas alma, ¿verdad?

Detrás de él, la mujer se echó a reír de nuevo, otra baja risa gutural y, antes de que pudiera evitarlo, Nick se giró.

Vaya.

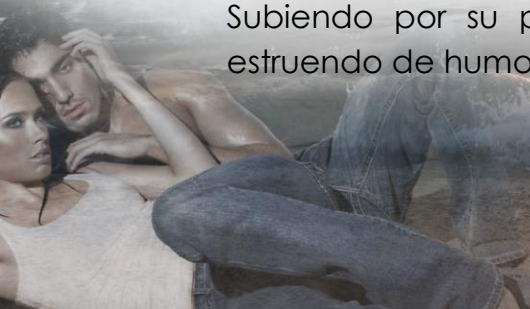
Ella estaba sólo un par de metros detrás, sonriendo hacia un tipo que casi le sacaba medio cuerpo de altura, su largo cabello rubio fresa era un halo de fuego en los cálidos rayos del sol, los labios de color rosa estaban estirados en una sonrisa que decía muy claramente: —Sí, estoy completamente a cargo de esta situación.

Nick dejó que su mirada se desviara a su compañero, notando con un ojo experimentado la fuerza latente del hombre en su altura de más de un metro noventa, sus movimientos fluidos y constantes, y su absoluta adoración por la mujer agarrando su brazo.

Joder, eran una pareja sexy. Condenadamente sexy.

Su polla tembló en sus vaqueros y frunció el ceño, girando lejos de los jóvenes amantes. Hubo un tiempo en que hubiera caminado derecho hasta ellos y sugerido algo mucho más depravado de lo que cualquiera de ellos probablemente podía imaginar. Algo muy sucio y muy agradable. Ese tiempo había pasado, sin embargo.

La mujer se echó a reír de nuevo, el delicioso sonido acompañado de una sonrisa baja y profunda. La risa del hombre. Relajada. A su aire. Subiendo por su pecho para deslizarse más allá de sus labios en un estruendo de humor. Igualmente contagiosa como la de ella.



La polla de Nick dio un espasmo ansioso, frotándose con cierta insistencia agradable contra la mezclilla de sus vaqueros favoritos.

Clavó sus uñas en sus palmas y examinó los exuberantes jardines al otro lado de la pared de vidrio. ¿Dónde demonios estaba ese bar? ¿En algún lugar fuera al lado de una piscina? Necesitaba un trago.

No, no una bebida. Necesitas...

Una cara de un ángel con la mente sucia,

Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos.

Las palabras —letra de una canción que él no había escrito todavía— susurraron a través de la cabeza de Nick y levantó sus cejas, su corazón se aceleró. Al igual que había pasado demasiado tiempo desde que no había sido capaz de relajarse en público, había pasado incluso más tiempo desde que las palabras de la música fueran a él. Quien quiera que fuera la pelirroja, movió algo en él.

Sin embargo, los brazos de su amante se estiran por más.

Como un pecador voy a arder en el fuego de él,

Voy a morir en el fuego de él mientras ella suplica por más.

Nick se detuvo, las inesperadas letras flotaban en su cabeza. Parecía que ambos habían agitado algo en él que no había sentido desde hace mucho tiempo, no sólo la mujer.

El susurro de un ritmo le provocó y cerró los ojos, con una sensación familiar agitándose en la boca de su estómago. ¿Pensamientos carnales y letras? Venir a Bandicoot Cove realmente fue una buena...

—Disculpa, pero ¿puedo hacerte una pregunta?

La suave voz ronca que habló junto a él sólo podía pertenecer a una persona. Al abrir los ojos, Nick se volvió, dejando sus gafas de sol firmemente en su lugar mientras clavaba su mirada en la mujer pelirroja sonriéndole. Así de cerca ella no era sólo sexy, era impresionante. Impresionante y preciosa. Como lo era el hombre de pie junto a ella, con la expresión indescifrable, esa fuerza dormida irradiando de él en oleadas de...

Como un pecador voy a arder en el fuego de él,

Voy a morir en el fuego de él y voy a rogar que ella...

—Eres Nick Blackthorne, ¿sí?

La pregunta de la mujer había tomado a Nick por discordante sorpresa. No debería haberlo hecho, pero con las palabras de una canción oculta y el inesperado lametazo de interés sexual burlándose de él, no estaba preparado. Especialmente para lo que dijo a continuación.

—Soy McKenzie Woods de Goss Weekly. —Sus ojos azul claro se volvieron directos. Con intención—. ¿Me estoy preguntando si deseas hacer algún comentario sobre tu estancia en la clínica *Vergnügen* de sexo en Alemania?



Capítulo 2

Reprimiendo un gemido —¡maldición, ¡dijo que iba a ser sutil!— Aidan observó a Blackthorne ponerse rígido. No, no sólo ponerse rígido. Todos los músculos en el cuerpo del hombre se contrajeron, como si estuviera a punto de atacar. Y ¿por qué no iba a hacerlo? Estaba pensando en sus propios asuntos cuando de la nada, bam, una pequeña cosa con ojos azules seductores y una actitud del tamaño de Uluru se estrella contra su paz con una pregunta sobre su vida sexual. Si fuese Aidan en los zapatos de la estrella del rock, también se habría puesto rígido.

Pero no era Aidan, y la pequeña cosa con ojos azules seductores y mala actitud era McKenzie. Lo que significaba que Blackthorne estaría en un mundo de dolor si siquiera levantaba su mano hacia ella.

—No. —La voz del cantante fue un ronroneo fluido suave—. Creo que no quiero hacer comentarios.

Un extraño acento, ya no australiano del todo, pero tampoco del todo americano, hizo que las palabras sonaran tensas. Forzadas.

—Entonces, nada respecto a los rumores de que revisaron su Vergnügen para tratar de curar su...

Aidan se acercó y apretó su mano sobre la boca abierta de McKenzie, agarrándola por la cintura y tirando de ella contra su cuerpo mientras lo hacía. Miró al hombre alto de pie inmóvil delante de él, con los ojos todavía ocultos por gafas de sol negras oscuras, su cuerpo aún rígido.

—Lo siento —dijo, haciendo caso omiso de los intentos de McKenzie de soltarse de su agarre. No era fácil, ella era la única hembra de siete hijos. Sabía cómo liberarse de un apretón de muerte si lo necesitaba. Él, por otro lado, era bombero. Y había estado luchando con McKenzie, de una u otra manera, desde antes que le bajaran las bolas.

¿Cuándo infiernos vas a decirle cómo te...

—Lo siento —dijo de nuevo, dando a Blackthorne una sonrisa avergonzada—. Ella en cierta forma olvida que no todo el mundo está abierto a su tipo de encanto.



La estrella de rock no dijo una palabra. Tampoco la tensión salió de su cuerpo.

Aidan haló a McKenzie, todavía retorciéndose en sus brazos, con más fuerza cerca de su cuerpo. Fue una mala idea, por supuesto. La forma en que su trasero tonificado se mantenía frotándose contra su polla, la forma en que sus pechos llenos se mantuvieron empujando contra su antebrazo, lo pondrían en una situación más difícil en cualquier segundo. Mejor eso, sin embargo, que Blackthorne golpeando a la periodista sensacionalista molestándolo en sus vacaciones. Si eso sucediera, Aidan probablemente haría algo muy tonto. Golpear al músico más famoso del mundo no estaba en su lista de deseos.

¿Decirle a McKenzie cómo te sientes? Eso sí está en tu lista de deseos ¿no es así? Desde que casi...

—Me gusta tu último álbum, por cierto —balbuceó, derribando el desconcertante pensamiento. Demasiado desconcertante cuando la mujer en cuestión estaba retorciéndose contra su entrepierna, en un intento de liberarse. Jesús, él ya podía sentir su semí. Con cada contoneo y retorcimiento de McKenzie, la maldita cosa se hacía más grande—. Sin embargo, ¿No estuvo excesivamente enfocado en la canción número cinco?

Oh, maldito idiota. ¿Toda la sangre de tu cerebro se ha ido hacia el sur?

Blackthorne no se movió.

—¿Savage Lust? No es uno de mis favoritos, tampoco.

Aidan se rió, la respuesta del hombre lo sorprendió.

Se quedaron mirando el uno al otro por un momento, las protestas ahogadas de McKenzie llenando el incómodo silencio.

—Bueno —dijo Aidan finalmente, su polla ahora tan dura que no había esperanza en el infierno de que McKenzie pudiera no notarla—, será mejor enmarcar a este pez espada y montarlo en mi pared.

Una imagen de McKenzie, desnuda y esperando por él en cuatro patas, brilló en la cabeza de Aidan y tragó un gemido. Joder, eso es lo que conseguía por tratar de ser gracioso. ¿Por qué demonios tenía que usar la palabra “montar”?

Otra imagen de una desnuda McKenzie le vino a la cabeza, esta de ella inclinada sobre un cubo de terciopelo negro con sus muñecas esposadas a su...

—Estoy seguro que eso será... entretenido.



El acento extrañamente arrastrado de Blackthorne sacudió la mente de Aidan de la imagen completamente excitante e inquietante. El hombre lo miró, las gafas de sol negras ocultando lo que fuera que pasaba por su mente. Su expresión no cambió, su cuerpo nunca se relajó.

Sólo sácala de aquí, Rogers. Llévala tan lejos de él como puedas. Ahora. Antes de que muerda tu mano o que te vengas en la parte baja de su espalda.

Fue el último pensamiento que logró. Con un asentimiento y una sonrisa avergonzada, Aidan arrastró a McKenzie fuera de sus pies y la cargó en la dirección opuesta a Blackthorne. Jesucristo, qué fiasco.

Atravesó el vestíbulo a paso constante, haciendo caso omiso de los vistazos curiosos y miradas cuestionadoras de los huéspedes y el personal del complejo. Gracias a Dios que Mason no estaba. El tipo sabía cómo era su hermana. Probablemente se ofrecería a prestarle a Aidan una mano y eso terminaría con todos ellos hasta arriba de mierda.

No, lo que necesitaba hacer ahora era llevarla de vuelta a su habitación, depositarla en su cama y luego...

¿Follarla hasta dejarla sin sentido?

...Ir a buscar a Kylie y pedirle disculpas de antemano por acosar a uno de sus huéspedes. Después de eso, encontraría un bar y se pediría un maldito trago fuerte. Que combinara con su maldita polla tiesa.

Dos segundos más tarde, McKenzie hizo lo que él sospechaba que haría mucho antes. Le mordió la mano. Duro.

—Oww. —Él la dejó caer, sacudiendo su mano antes de darle a la brillante marca de dientes roja incrustada en su piel una inspección enojada—. Eso dolió.

McKenzie lo fulminó con la mirada.

—Te lo mereces. ¿Qué infiernos estabas haciendo?

—Salvándote de una demanda —replicó él, sacudiendo la mano de nuevo. Maldita sea, ella sabía cómo morder—. Y salvando tu amistad con Kylie. ¿Crees que estaría feliz de que cabrearas a uno de sus invitados? Y no a uno cualquiera. Nick *jodido* Blackthorne. Piensa por un segundo aquí, Mack. Sí, puede haber una historia que obtener ahí, pero por Cristo, el trabajo de tu amiga está en la línea. Una apertura suave como ésta viene con todo tipo de expectativas y condiciones. Arruinas el evento de Kylie y ella va a sufrir mucho después que hayas escrito tu historia y te muevas a la siguiente.



Por primera vez desde que la había conocido, McKenzie parecía sin palabras. Ella lo miró fijamente, su labio inferior atrapado entre sus dientes, sus ojos muy abiertos. Parecía confundida. Frágil.

Tan completamente besable.

Hazlo. Hazlo ahora. Por el amor de Dios, hombre, ¿cuánto tiempo vas a esperar? ¿Necesitas casi morir en otro incendio antes de decirle?

Dio un paso hacia ella.

—¿Dónde demonios han estado ustedes dos? —Una voz masculina retumbó detrás de Aidan y él se dio la vuelta, sus entrañas hundiéndose al encontrar a Mason acercándose a los dos—. Los he estado buscando por todos lados.

McKenzie dejó escapar un suspiro suave, de sonido desigual, y él le lanzó una mirada rápida, la frustración apuñalándolo. Cualquiera que fuera la expresión que había estado en la cara de ella cuando suspiró, ya no estaba allí, reemplazada en cambio con una amplia sonrisa mientras observaba a Mason caminar hacia ellos.

¿Qué crees que era, Rogers? ¿De verdad crees que quería que la besaras? La razón entera por la que nunca lo has hecho es porque ella nunca ha mostrado un ápice de interés sexual en ti. ¿Qué cambiaría eso? ¿Maltratarla como lo hiciste? Difícilmente.

—Aidan, maldito bastardo —continuó Mason, lanzándole una risa amenazante—, apagaste tu teléfono móvil.

Con sus bolas punzando y su polla en una barra dolorida, Aidan se volvió hacia el gemelo de McKenzie.

—¿Crees que quiero limpiar ese barco tuyo tan temprano en la mañana?

Mason le dio una amplia sonrisa, sus ojos tan azules como los de McKenzie, e igual de llenos de encanto irresistible.

—Hey, ¿qué otra cosa vas a hacer?

¿Qué más, en efecto?

—Puedo decir lo que tú has estado haciendo —dijo Aidan, sabiendo muy bien de la afirmación callaría a Mason en un santiamén. El gemelo de McKenzie estaba en una más que inusual... relación... con su mejor amigo, Trent y el lindo y pequeño chef pastelero canadiense que conocieron hace un tiempo, pero no estaba excesivamente comunicativo al respecto cuando estaba cerca McKenzie. De hecho, Aidan diría que Mason estaba haciendo todo lo posible para mantener a su hermana en la oscuridad.



Por un rápido segundo, el pánico cruzó por el rostro del otro hombre y luego les dio a ambos otra patentada sonrisa Mason Wood.

—No trates de engatusarme para salir de ello, Rogers. Me debes la limpieza del bote.

—¿Qué has estado haciendo toda la mañana? —preguntó McKenzie, dando a su hermano una mirada curiosa—. No te hemos visto ni a ti ni a Trent en el desayuno.

Un rosa muy tenue tiñó las mejillas de Mason mientras miraba a todas partes, salvo a su hermana.

—Err, servicio de limpieza.

—Sí, claro. —Ella puso los ojos—. En la que ha sido su habitación de hotel por menos de una hora y ya es un desastre. Espero que no estén haciendo que Paige lo limpie. Ella es por mucho demasiado agradable para estar haciendo su trabajo sucio.

Mason no dijo una palabra, pero Aidan notó que sus mejillas se pusieron un poco más rosadas.

—¿Cuánto tiempo hace que ha estado saliendo con Trent? —preguntó McKenzie, y Aidan tuvo que morderse el interior de su mejilla para detenerse de estallar en carcajadas. Parecía que mientras él pudiera ser el único sin una cita, por lo menos no era el único sintiéndose incómodo por el momento, las mejillas de Mason eran casi rojas.

—¿Sabías que Josh Lye está aquí? Instalando el sistema de tecnología del hotel.

La pregunta apresurada de Mason hizo a Aidan parpadear. Y McKenzie rió.

—¿Josh Lye-Con-Si? ¿En serio? ¿Sienna sabe que está aquí? Va a enloquecer cuando se entere. Sobre todo ahora que por fin está empezando a vivir su vida de nuevo. —Una amplia sonrisa tiró de sus labios y ella se frotó las manos—. Wow, acabo de recordar que todavía le debo a ese pendejo un golpe en el brazo.

Mason puso los ojos.

—No le estás *todavía* guardando rencor sobre la gran final de la AFL ¿verdad? Bendito infierno, hermana, eso fue hace doce años.

McKenzie elevó su barbilla, la acción obstinada haciendo que la boca del estómago de Aidan se apretara y sus pelotas, todavía palpitando de su anterior involuntaria estimulación, dolieran de nuevo. Jesucristo, era patético.



—No importa —dijo—. El equipo de Josh perdió. Tengo la oportunidad de golpearlo. Esa fue la apuesta.

Mason le dio una mirada exasperada.

—¿Cuántos años tienes?

—La misma edad que tú. Así que cállate.

—No, no la tienes —le contestó, los labios retorciéndose—. Soy cinco minutos mayor.

—Friki.

—Lunática.

—Maníaco.

—Niña.

Ahora le tocó a Aidan rodar sus ojos.

—Muy bien ustedes dos, terminenlo.

Mason le sacó la lengua a su hermana antes de dar a Aidan una mirada firme.

—Te necesito en el yate en un par de horas, amigo. No llegues tarde.

Aidan alzó las cejas.

—Está bien, está bien. —Mason se encogió de hombros—. *Por favor, ¿puedes venir al yate, Aidan? Trent y yo estamos sacando a Paige esta tarde y necesitamos tu ayuda.*

McKenzie se echó a reír.

—¿Quieres decir que necesitas sus músculos?

Mason dio a Aidan una mirada rápida, una pequeña sonrisa tirando de sus labios. Aidan se resistió a la tentación de arrastrar sus pies. La forma en que el gemelo de McKenzie lo miraba hizo a Aidan preguntarse si la forma en que se sentía por ella no era tan secreta como él pensaba.

Sus entrañas se anudaron. Si Mason sospechaba que tenía una cosa, una gran cosa por su hermana, ¿qué haría el hombre? ¿Golpearlo? ¿Abrazarlo? ¿Decirle que se fuera a la mierda?

¿Y si mueres antes de que ella se entere? ¿Qué logrará eso?

—No —dijo Mason, arrastrando las palabras, con un brillo en sus ojos que hizo que el estómago de Aidan se anudara un poco más—. Necesitamos sus habilidades para luchar contra el fuego. —Le dio a McKenzie una mirada de “dah”—. Por supuesto que a sus malditos músculos, idiota.

Era el turno de McKenzie de sacarle la lengua a Mason.



—No me gustas. Vete, por favor.

Mason volvió a sonreír, la sonrisa tan parecida a la de su hermana que era un poco raro.

—Con mucho gusto. Lugares para ir, gente a quien hacérselo.

McKenzie fingió tener arcadas.

—Eres repugnante.

Con un ondeo de su mano y otra incómoda sonrisa ambigua hacia Aidan, Mason los dejó solos, abriendo la puerta de salida más cercana al pasillo con paredes de cristal y deambulando por los jardines exteriores.

—Siempre me he preguntado ¿cómo sería tener sexo en un barco?

La pregunta estuvo fuera antes de que Aidan se diera cuenta adonde lo había llevado su mente. O que había hablado en voz alta.

—¿Quién está teniendo sexo en un barco? —McKenzie volvió la cabeza, rastreando a su hermano con una mirada estrecha a través del cristal, hasta que los jardines tropicales se lo tragaron.

—Err...

Se volvió hacia Aidan, dándole una mirada de disgusto.

—¿Mason? ¿En serio? ¿Sexo con Mason? ¿Quién iba a tener relaciones sexuales con Mason? —Ella hizo una mueca—. Eso es asqueroso.

Aidan alzó una ceja.

—No es que sea asunto mío, pero estoy bastante seguro de que tu hermano tiene una polla y ya sabes cómo somos los hombres: tienes una polla, la vas a usar.

Por un breve instante, la mirada de McKenzie se deslizó por el pecho de Aidan, sobre el estómago hasta su ingle, antes de que con una sacudida casi imperceptible de su cabeza, lo mirara a la cara otra vez. Un ligero fruncido del ceño tiró de sus cejas y ella atrapó su labio inferior con sus dientes de nuevo.

—Umm... hay algo que tengo que preguntarte.

La garganta de Aidan se cerró de golpe. Él miró fijamente sus ojos azules, su polla, recordando con demasiada facilidad por lo que había trabajado hace sólo poco tiempo, creciendo dura otra vez. Su sangre rugió en sus oídos y él trató de tragar, con la boca seca.

—¿Qué? —preguntó, más que un poco consternado por lo ronca que surgió su voz.



—Algo un poco... extraño —continuó, el ceño fruncido tirando más profundo sus cejas hasta que un pequeño pliegue se formó en el centro del espacio suave entre ellas—. Pero importante.

Aidan arrastró una lenta respiración a través de la nariz. Esto no podía estar pasando, ¿o sí? ¿Lo que él había esperado, por tanto maldito tiempo? ¿Lo había McKenzie Wood finalmente visto como algo distinto de...

—¿Te le lanzarías a Nick Blackthorne por mí?



McKenzie esperó a que Aidan dijera algo. No lo hizo.

No de inmediato.

—Umm...

—Sé que estoy pidiendo mucho. —Puso sus manos sobre su pecho y le dio una sonrisa torcida—. Pero es sólo una pequeña conversación con el hombre en el bar.

Él la miró con una expresión que ella no tenía ninguna esperanza de descifrar cubriendo su cara.

—Ummm...

Oh, Dios mío, Wood. ¿De verdad estás haciendo esto?

—¿Por favor?

Sí. Parecía que en realidad lo estaba haciendo.

Eres patética, ¿lo sabías?

No. Ella no era patética. Confundida. Eso es lo que estaba. Confundida sobre la nueva y totalmente inesperada forma en que su cuerpo estaba reaccionando a Aidan. Aidan. Su mejor amigo. El tipo que había sostenido su mano después de cada ruptura que había tenido. El hombre que la había ayudado a escoger lo que vestiría en casi todas las primeras citas que había tenido. Aidan maldito Rogers. Ella no se ponía cachonda por Aidan Rogers.

No lo hacía.

Sí, ese es él porque en el segundo que él pronunció la palabra "polla" te preguntaste como luciría la suya. Y no vayas a ir fingiendo que no la sentiste cuando te estaba sosteniendo contra su cuerpo antes. De hecho, no vayas fingiendo que no estabas retorciéndote contra él más de lo que



necesitabas. ¿Te gustó la forma en que su polla se puso dura frotándose contra tu culo? Te gustó mucho.

—Déjame poner esto en claro. —Su voz era tan indescifrable como su expresión—. ¿Quieres que intente atrapar a la mayor estrella de rock del mundo para que puedas obtener una historia?

El vientre de McKenzie hizo un giro de ciento ochenta grados. Quería retirar lo dicho. Quería decir: *No, era sólo una broma, lo que quiero que hagas es que me beses.*

El pensamiento inesperado la golpeó. Pillándola por sorpresa, de hecho. Hizo a su coño contraerse y pulsar.

Ella asintió, sin atreverse a decir o hacer cualquier otra cosa.

La mandíbula de Aidan se apretó. Sus fosas nasales se dilataron.

—Si hago esto, ¿harás algo por mí?

McKenzie volvió a asentir. Un rápido y único asentimiento de su cabeza.

—Renuncia a Goss.

La solicitud fue como una bofetada física. Y no porque él le hubiera pedido renunciar a su trabajo, un trabajo que ya no quería. Sino porque él no le había pedido...

¿Qué? ¿Besarlo? ¿Dormir con él? ¿Casarse con él?

Oh, por amor de Dios. ¿Qué demonios estaba pasando con ella?

Por tercera vez, ella asintió.

Las fosas nasales de Aidan brillaron de nuevo.

—¿Y cuando él me rechace?

Ella lo miró, su sexo estrechándose, su corazón desbocado.

—No lo hará.

Porque, ¿quién en su sano juicio lo haría?



Capítulo 3

Nick estudió el cristal transpirando en su mano, su mirada siguió los caminos de las gotas individuales de agua, incluso mientras su mente tocaba siete líneas de letras una y otra vez.

*“Una cara de un ángel con la mente sucia,
Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos.
Sin embargo los brazos de su amante se estiran por más.
Como un pecador voy a arder en el fuego de él,
Voy a morir en el fuego de él mientras ella suplica por más.
Como un pecador voy a arder en el fuego,
Voy a morir en su fuego y le rogaré a ella por...”*

¿Qué? ¿Qué le rogaba?

No sabía aún. No sabía y eso le molestaba. Y le intrigaba.

Como le sucedía con McKenzie Wood de Goss Weekly y su compañero sin nombre completamente enamorado.

¿Intrigado? ¿Es esa la palabra que buscabas?

Lo era por ahora. Sin embargo, cuando terminó su bebida...

—¿Es sólo agua? —Una voz masculina y familiar habló a su lado y Nick se giró en su taburete, mirando como el compañero sin nombre y completamente enamorado de McKenzie Wood se deslizaba en el taburete a su lado—. ¿O algo un poco más fuerte?

Nick volvió su atención hacia el vaso en su mano, considerándolo por un segundo y luego se volvió hacia el hombre junto a él.

—Es agua. Muy helada.

Su nuevo amigo se encaramó en el borde del taburete, y Nick no pudo dejar de notar lo tenso que estaba. Cada músculo en su cuerpo parecía esculpido en roca, tallado amorosamente por un artista maestro,

cada uno sublime con una fuerza latente que había notado antes, pero como una roca de todos modos. Sea lo que fuera que estaba pasando, el hombre estaba en el borde.

Nick hizo un gesto con el dedo al barman, manteniendo su mirada en el compañero de McKenzie Wood mientras la mujer vestida poco más que con un bikini de tiras y brillo de labios corrió hacia ellos.

—Dale a mi amigo lo que yo estoy tomando. Puro.

El hombre se estremeció al oír la palabra “puro”, tuvo un casi imperceptible endurecimiento de las esquinas de sus ojos y Nick se rió entre dientes. Tomó un sorbo de su bebida, dejando que el agua fría se deslizara por su garganta y luego se volvió de nuevo a su nuevo amigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Si eso era siquiera posible, los músculos del hombre se apretaron aún más.

—Por supuesto.

—¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando digo, “Voy a morir en su fuego y le rogaré por...”

—Una oportunidad.

Las dos palabras traspasaron los labios del hombre sin dudarlo y Nick se rió de nuevo. Sí. Aquí había una historia de amor lista para ser contada. O cantada.

Se enderezó de nuevo hacia la barra, cerró los ojos y levantó su copa.

—*Una cara de un ángel con la mente sucia* —cantó, su voz baja—. *Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos.*

Oyó al hombre moverse en el taburete, pero no abrió los ojos, las palabras y el ritmo, mucho más posesivo que cualquier cosa que hubiese cantado antes, lo reclamaban por el momento.

“Sin embargo brazos de su amante se estiran por más.

Como un pecador voy a arder en el fuego de él,

Voy a morir en el fuego de él mientras ella suplica por más.

Como un pecador voy a arder en el fuego,

Voy a morir en su fuego y le rogaré a ella por...”

Funcionaba. En más niveles de los que Nick esperaba.



¿Una oportunidad? ¿No es eso lo que has estado buscando, para el último paso en la vida? ¿Una oportunidad de algo más? ¿Algo que alguna vez tuviste?

Hizo caso omiso de la pregunta ambigua, abriendo los ojos en su lugar y tendiéndole la mano al hombre a su lado.

—Nick Blackthorne. —Sonrió—. Pero eso ya lo sabes. ¿Quién eres tú?

El hombre cerró los dedos firmemente alrededor del agarre de Nick, su piel era callosa.

—Aidan Rogers.

—¿Y qué haces para ganarte la vida, Aidan Rogers? ¿Aparte de dar paseos en bote marlín y ayudar a cansadas estrellas de rock a escribir canciones?

Aidan gruñó, el sonido mucho más autocrítico de lo que Nick creyó que él pretendía.

—Soy bombero.

—Hacer frente a situaciones ardientes es una especialidad, ¿eh? ¿Pero hoy, estás en una misión diferente? ¿Sintiendo el calor por una razón diferente?

Aidan alzó una ceja.

—¿Qué te hace pensar eso?

Nick sonrió.

—Estás aquí para invitarme a salir.

El silencio siguió a su declaración. Silencio que se extendía. Le disparó a Aidan un vistazo rápido, tomando otro trago mientras lo hacía.

El hombre lo miraba con una expresión constante. Para todos los efectos, Nick podía haber dicho que Aidan estaba aquí para venderle un extintor de incendios. Nada en su rostro registraba algún tipo de sorpresa o reacción.

—Entonces —dijo finalmente el hombre, su voz firme. Calmada—. ¿Puedo comprarte algo más fuerte que agua?

Incapaz de contenerse, Nick se echó a reír.

—Oh, amigo. —Puso una mano sobre el hombro muy amplio de Aidan, ¿qué hacía el hombre? ¿Levantaba camiones en su tiempo libre?—. No tienes idea lo lejos que estás de mi tipo.

Una cara de un ángel con la mente sucia...



La letra de la canción vino a él, melodiosa y suave, una provocadora caricia en la parte que había creído muerta por mucho tiempo, y con ella vino una imagen de McKenzie Wood, su labios totalmente besables curvados en una sonrisa desafiante, su mirada directa presentando su propio desafío.

Su polla se movió en sus vaqueros, un espasmo ansioso que sintió tanto en sus testículos como en la base de su espina dorsal. Lo que quería en este momento... justo en este mismo momento...

Aidan se aclaró la garganta, y como si alguien hubiera soltado una válvula en alguna parte de su cuerpo bien construido, un fluido de alivio rodó a través de él.

—No creí que lo fuera.

—Entonces, ¿qué le vas a decir?

Un ceño tiró de las cejas de Aidan.

—¿Cómo sabes que Mack fue quien me metió en esto?

Nick se encogió de hombros, la respuesta de Aidan confirmó su sospecha.

—¿Quién más podría ser? Estás aquí en el resort con una periodista sensacionalista. Una periodista con las pelotas como para preguntarme directamente sobre Alemania.

—Eso realmente no responde a mi pregunta. —La mirada de Aidan era directa—. ¿Quién puede decir que no te haya encontrado atractivo allá en el pasillo?

Nick se echó a reír de nuevo.

—Yo. Vi la forma en que la mirabas, incluso cuando estabas tratando de hacerla callar. No escribes más de veinte baladas de rock sobre el amor no correspondido, sin ser capaz de reconocerlo.

Esperó a que el hombre dijera algo, preguntándose si también debía indicar la forma en que Aidan había lucido cuando la pequeña periodista con bolas de latón y cuerpo sexy como el pecado se retorció contra él.

Antes de que pudiera, sin embargo, Aidan negó con la cabeza; otro de esos bufidos de auto desprecio se le escapó.

—Amor no correspondido. Sí. Esa es una manera de decirlo.

Nick se rió entre dientes.

—¿Alguna vez has pensado en decirle?

—Cerca de un millón de veces al día.

—¿Y en cambio estás aquí?

Aidan soltó un bufido.

—Sí. Estoy aquí. Por supuesto, me acusará de no tratar de cortejarte lo suficiente. —Inclinó un poco la cabeza, echando a Nick una mirada en parte curiosa y en parte incierta—. ¿Qué estabas haciendo en Alemania, si puedo preguntar? Si no es por el asunto... —Hizo un divertido y torpe gesto con la mano, tenía las mejillas rosadas y Nick tuvo que reírse de nuevo. Aidan Rogers era, por lo menos, un cabrón abierto, honesto y de alguna manera por completo inocente.

—¿Gay? —Nick terminó por él, con una sonrisa.

—Sí, eso. —Aidan levantó su propia agua helada y tomó un trago—. ¿Eres bi?

Nick dejó escapar un resoplido.

—No.

—¿Así que la cosa de la clínica del sexo es sólo un rumor?

El hoyo en su estómago se tensó y tragó fuerte.

—No.

Una vez más, Aidan no dijo nada. No por un buen par de minutos por lo menos.

—Muy bien —dijo finalmente con un movimiento de cabeza—. Sólo por curiosidad, ¿si yo fuera a decirte, “voy a morir en su fuego y rogarle por su...”, qué es lo primero que viene a tu cabeza?

Vida.

La palabra simple pero con tanto peso que apenas pudo tomar aliento, llegó a Nick inmediatamente, acompañada por una imagen de McKenzie Wood desnuda y perlada de sudor, su pequeño y ágil cuerpo envuelto en los brazos fuertes y musculosos de un igualmente desnudo y sudado Aidan Rogers.

¿Cómo podían dos personas a las que nunca había conocido hasta hoy revolver algo que creía muerto?

¿Y qué iba a hacer al respecto?

El sonido de metal raspando sobre el granito sacudió a Nick de su pensamiento melancólico y se volvió hacia Aidan, sorprendido y más que un poco decepcionado al encontrar al hombre de pie.

—Así que, vas a darle las malas noticias, ¿verdad?

Aidan soltó una corta carcajada.

—¿Sabes qué? —Una expresión ambivalente se afirmó su rostro—. Creo que es hora de darle algo más.



Nick alzó una ceja, su pulso golpeaba muy fuerte en su cuello.

—¿Por qué hoy?

—Porque hace un mes casi muero en un incendio. —Los labios de Aidan se curvaron en una pequeña sonrisa ladeada—. Creo que una oportunidad es exactamente lo que me han dado.

Con otro de esos extrañamente comunicativos asentimientos el hombre se alejó, su enorme espalda recta, sus hombros eran tan amplios que su camiseta apenas se extendía sobre ellos.

Nick lo vio alejarse, con la garganta demasiado seca para un hombre que estaba bebiendo agua con hielo.

—Dale una por mí, amigo —murmuró, echando mano a su copa, a sabiendas de que estaba sediento de algo más.



McKenzie se mordía la uña del pulgar, con la mirada fija en la puerta cerrada de su habitación de lujo. Era un hábito asqueroso en el que se había prometido no volver a caer —morderse las uñas, no mirar las puertas—, pero en ese momento, estaba tan condenadamente nerviosa que no sabía qué más hacer.

Maldición, ¿qué pasaba si Aidan no regresaba?

¿Qué pasaba si Nick Blackthorne aceptaba su oferta de un trago?

¿Qué pasa si los dos estaban en este mismo minuto sacándose la ropa el uno al otro en la habitación de Nick?

¿Por qué estás tan preocupada por esto, McKenzie? ¿Por qué ahora? ¿Qué está pasando en tu cabeza para que te preocupes sobre con quién duerme Aidan Rogers?

No lo sabía. Pero había algo en la forma en que la había mirado antes, como si fuera lo único que le importaba en el mundo... Dios, ¿y si había cometido un error pidiéndole que...?

El sonido de una llave desbloqueando la cerradura rompió el sofocante silencio y McKenzie saltó en su silla, con su pulso volando cuando el pomo de cromo ultra-chic se giró.

La puerta se abrió hacia dentro, Aidan llenó el marco durante la fracción de segundo que tardó en cruzar el umbral. El sol irradiando a través de la ventana principal de la sala lo bañó en luz cálida, escogiendo el cobre y oro en su cabello marrón claro y volviendo sus ojos verdes brillantes de un color jade. La camiseta blanca que llevaba se aferraba a

su cuerpo, lo suficientemente ajustada como para enfatizar su perfectamente esculpido físico, lo suficientemente floja como para destacar la poca atención que le prestaba a su apariencia. Incluso sus pantalones casi holgados —que colgaban de sus caderas delgadas y se desvanecían a un pálido color oliva— estaban fuera de temporada, pero sobre Aidan simplemente se veían...

Sexy.

El corazón de McKenzie se estrelló contra su garganta, una caliente sensación de picazón que no quería analizar la recorría a la vista de su imponente presencia.

Acéptalo, Wood. El hombre es sexo sobre dos piernas. ¿Por qué nunca te habías dado cuenta?

Lanzando la llave de la suite en la mesa de al lado, él le dio una mirada firme, caminando más profundamente dentro de la lujosa sala de estar de su habitación, acercándose con lentos y constantes pasos.

—¿Yyyyyy? —preguntó alrededor de la uña de su pulgar.

—Dijo que no.

—¿No? —Se arrastró de su silla, su corazón golpeando más fuerte. Más rápido—. ¿Cómo podría decir que no? ¿Cómo podría alguien con pulso decirte que no?

El rostro de Aidan se quedó quieto, un pequeño músculo tenía espasmos en su mandíbula.

—No lo sé, Mack. ¿Cómo puedes tú?

El corazón de McKenzie no se limitó a retumbar más fuerte en su pecho. Trató de atravesar su camino fuera de su cavidad torácica. Miró hacia él, perdida sobre qué decir.

—Ah, a la mierda. —Las palabras fueron casi un gruñido gutural. En dos pasos destruyó el pequeño espacio que quedaba entre ellos, presionado sus grandes manos a ambos lados de su cara y tomó sus labios con los suyos.

Eran muy cálidos. Cálidos, suaves y confiados. No dudó. No se limitó a probar las aguas. La besó. De la forma en que un amante besa. No había nada casto o amistoso sobre la forma en que sus labios tomaron los de ella. En primer lugar sólo con sus labios, sus manos enmarcando su rostro, sosteniéndola inmóvil y luego con su lengua, hundiéndose en su boca con una confianza decidida que a ella le gustaba mucho, mucho.

Aidan Rogers te está besando. Estás besando a Aidan Rogers.



El pensamiento debería haberla aterrorizado. Era su mejor amigo. ¿Y si todo salía mal?

Su lengua acarició la de ella, un lento y minucioso apareamiento que hizo que su coño se contrajera y la ridícula noción de que las cosas fueran mal se fue por la ventana. Junto con la paralización temporal que por alguna razón la reclamaba.

Con un gemido, deslizó sus brazos alrededor de su cuello, cerrando los ojos mientras apretaba su cuerpo contra el suyo. Era duro. En todos lados. Duro y grande. Su sexo se contrajo de nuevo con un latido exigente que la hizo gemir.

—Jesús, no tienes idea de cuánto tiempo... —murmuró contra sus labios, mordisqueándolos con suaves mordidas. No terminó la frase, hundiendo en su lugar su lengua de nuevo en su boca, un gemido más cerca de un gruñido sordo escapó de su pecho mientras sus manos arañaban su espalda y agarraban su culo.

Medía un metro noventa y estaba construido como un guerrero. Ella medía uno setenta y parecía una niña esquelética. No tuvo dificultad en absoluto en levantarla del suelo, ni en darla vuelta y tomar los dos pasos necesarios para presionar su espalda contra la puerta. Sus manos ahuecaron su trasero, extendiendo sus piernas sólo lo suficiente para equilibrar a ambos mientras sus labios y lengua continuaban adorando los de ella.

La cabeza de McKenzie flotaba. Calientes dedos de sensaciones primitivas se enhebraban a través de ella, retorciéndose y girando a través del centro de su calor mientras Aidan le hacía el amor a su boca. Rodó sus caderas, queriendo sentir el sólido espesor de su erección frotándose sobre los labios abiertos de su coño. Incluso con la maldita barrera de la ropa, la forma bulbosa de la cabeza de su polla que empujaba sus pliegues hacía que su pulso se acelerara y sus pezones se fruncieran. Había tocado esa polla una vez, hace dieciséis años. La había frotado y se había echado a reír y nunca tuvo un segundo pensamiento sobre tocarla de nuevo.

Y sin embargo, allí estaba. Sufriendo no sólo por no poder tocarla, sino por no poder empalarse en ella. Tenerla estirándola hasta sus límites, llenándola completamente. Sin nada de risa involucrada.

¿Qué pasa si esto es un error?

La pregunta no formulada colgaba entre ellos y por eso se apartó de su beso, con el corazón acelerado. No podía creer que esto realmente estuviera pasando. ¿Cómo podría? Hace un minuto Aidan era su mejor amigo, ahora... ¿estaban a punto de tener sexo?



Esperó, mirándola, pero sin decir una palabra, con los ojos ardientes de deseo, y de alguna manera estaba contenta de ver su confusión. ¿Siempre había querido esto? ¿O era una cosa de la isla? Dios, no lo sabía.

¿Importaba?

Sí, importaba. Esto era enorme. Quería que le hiciera el amor, pero infiernos, ¿estaba dejando que su cuerpo se encargara de los pensamientos ahora? Su relación estaba en juego aquí. Lo que sucediera a continuación podría destruirla. Irrevocablemente.

O llevarla a un nivel que nunca imaginaste.

O del que nunca te diste cuenta que deseabas.

—Aidan... —susurró, deseando poder ver dentro de su cabeza. ¿Esto era sólo sexo para él? ¿O algo más? Algo...

—Realmente no tienes idea de cuánto tiempo he anhelado esto, Mack.

Su proclamación, dicha con casi aturdida incredulidad, envió un escalofrío a través de ella. No sólo a través de su sexo, sino a través de ella. Toda ella.

—¿Qué? —Necesitaba saber—. ¿Qué has anhelado?

—A ti.

La respuesta era simple. Honesta.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque yo casi... porque la idea de que me rechazaras... —Dejó la frase sin terminar, pero lo que no dijo hizo que su vientre diera una voltereta.

Oh Dios. Esto no era sólo dos amigos tonteando. Esto era... enorme.

—Si quieres que pare... —continuó, arrastrando sus manos hacia arriba de su cintura sólo para detenerlas en la curva de su caja torácica justo debajo de sus pechos. Su rostro estaba apretado con tensión, con la mandíbula apretada—. Lo haré. Pero tienes decírmelo ahora.

¿Parar? ¿Estaba bromeando?

Su reacción fue inmediata y cruda y le dijo lo que su estúpido cerebro no podía. En el segundo en que pronunció la palabra "pare" supo que no quería que lo hiciera.

Enterró los dedos en su cabello, que era un lío revuelto, para mirarlo fijamente a los ojos.

—Si te detienes, me veré obligada a pegarte hasta dejarte sin sentido.



Una suave risa vibró a través de él, los hoyuelos en sus mejillas aparecieron.

—Pensé en hacerte algo más hasta que estuvieras sin sentido hace sólo un momento.

Arqueó una ceja hacia él, rodando sus caderas de nuevo en un intento por acariciar su sexo contra la vara confinada en sus pantalones. Maldición, quería sentir eso dentro. Lo deseaba tanto que realmente le dolía.

—¿Y qué era eso, Rogers?

Sus ojos brillaron como un fuego verde.

—Esto.

La alejó de la puerta y tres pasos después, la arrojó sobre la cama principal de la suite, una enorme tamaño King cubierta de seda y cojines. Gritó con sorprendido deleite, pero el sonido fue capturado por su boca cuando cayó encima de ella.

Sus manos recorrieron su torso, hasta su garganta y hacia abajo hasta las caderas. Apretó sus nalgas antes de rastrillar una mano en la parte posterior de su muslo y tirar de su pierna hacia arriba. Voluntariamente obedeció a su tácita dirección, envolviendo su pierna alrededor de su cadera para moler su coño arriba y abajo de su polla todavía limitada.

—Quiero hacerte el amor, Mack. —Su aliento era desigual, sus ojos estaban en llamas—. Ahora mismo. —Deslizó una mano bajo el dobladillo de su camisa, sus dedos rozando la carne desnuda que había debajo.

Contuvo un jadeo rápido, el contacto de alguna manera era más eléctrico, más excitante que cualquier que hubiera sentido antes.

Por supuesto que lo es, McKenzie. No es cualquiera. Es Aidan. El chico ha tenido tu corazón en el bolsillo desde que eran niños. Incluso si tú no lo sabías.

Gimió, llevando su mano a la suya mientras arqueaba su espalda. Quería que tocara sus pechos. No sólo tocarlos, sino ahuecarlos, apretarlos. Quería sentir la callosa fuerza de sus manos moldear su suave carne, manos expertas en extinguir fuego ahora al borde de encenderla en llamas. Quería sentirlo poseerla.

—Entonces, ¿qué diablos estás esperando? —le preguntó, dirigiendo su mano hasta su pecho. Sobre ella.

—Oh Dios, McKenzie —gimió, su cuerpo poniéndose rígido cuando sus dedos encontraron su carne hinchada de placer.



Arrastró su pulgar sobre su pezón duro como una piedra, acariciándolo a través del fino encaje de su sostén. Esté se arrugó aún más duro bajo su toque, como si él también dijera: —Sí, ¿por qué te has tardado tanto tiempo en hacer esto?

Sus respiraciones se hicieron superficiales, y más rápidas con cada caricia de su pulgar. Pero no era suficiente. Era una tortura.

—Por favor...

Al igual que siempre sabía cuándo quería palomitas de maíz en el cine, como siempre sabía cuándo necesitaba chocolate, como siempre, siempre sabía cuándo necesitaba oír su voz y la llamaba desde la estación de bomberos, ahora parecía que sabía exactamente lo que quería que hiciera con ella.

Dios, era maravilloso. Más que maravilloso. Era increíble. Sublime. Era...

Correcto. Tan condenadamente correcto.

Con su erección presionando la unión empapada de sus muslos, Aidan enganchó el borde de su sujetador con los dedos, y con un rápido movimiento de su brazo, sacó el encaje de su pecho y levantó su camisa por encima de su torso.

Miró lo que había revelado por un corto y al mismo tiempo, terriblemente largo segundo antes de que su mirada encontrara su rostro.

—¿Estás segura? —susurró, las palabras sonaban casi estranguladas.

¿Lo estaba? Esto no era sólo un polvo rápido. Ni siquiera una aventura de una sola noche, bueno, una aventura de una mañana. No había vuelta atrás. Sexo con Aidan. Todo cambiaba después de eso. Si era bueno o terriblemente malo, cambiaba todo.

¿Terriblemente malo? ¿Hablas en serio? Nunca te has sentido tan condenadamente excitada, tan consumida con... con... infiernos, tan consumida con verdadero placer y lo único que ha hecho es besarte.

¿Estaba segura?

Asintió, tragándose el espesor de anticipación creciendo en su garganta.

—Nunca he estado más segura.

Los músculos de su cuerpo se tensaron, sus fosas nasales se dilataron de nuevo y entonces bajó la cabeza y tomó su pezón en la boca.

Exquisito placer se disparó a través de ella, y gritó, su coño no sólo palpitaba, sino que se contraía con tanto deseo ansioso que empujó sus caderas más duro contra su cuerpo. Le habían chupado los pechos antes, pero lo que estaba haciendo Aidan...



Su lengua rodaba sobre su pezón, cortas caricias punzantes seguidas por lamidas más cortas, más agudas, que enviaban fragmentos de placer reforciéndose a través de ella. Gimió, haciendo puños con sus manos en el cabello de él y empujando su sexo más cerca de su polla.

—Oh, Aidan... —Cerró los ojos, cerca de una sobrecarga sensorial—. Eso se siente...

—Estoy en el infierno aquí, Mack —gruñó, sus labios y su aliento eran calientes en su pecho—. Quiero que esto dure para siempre, por tanto como lo he deseado, pero estoy tan cerca de llegar...

El tormento que escuchó en su voz, la cruda verdad, desolló el tenue control de McKenzie. Dios, ¿por qué nunca había sabido que se sentía de esta manera? ¿Por qué no se había dado cuenta que se sentía igual? Su coño apretó una polla que no estaba allí. Abrió los ojos y lo miró, el dolor y el deseo grabados en su cara hicieron que su sexo se inundara.

Siempre le habían gustado los juegos previos. Largas sesiones de juego previo seguido por sesiones más prolongadas de sexo, pero Aidan, como siempre, parecía saber exactamente lo que necesitaba. Lo necesitaba dentro de ella. Ahora.

—Dieciséis años de juegos previos y ni siquiera lo sabía —murmuró.

La mandíbula de Aidan se frunció, su polla empujando su sexo tuvo una sacudida.

—Yo malditamente lo sabía.

Se echó a reír, una explosión superficial de aliento asombrado, y él aprovechó el momento para levantarse entre sus piernas, agarrar la cintura de sus pantalones cortos y tirar de ellos fuera de su cuerpo, tomando su ropa interior empapada con ellos.

—Te voy a follar con mi lengua más tarde —dijo con voz áspera, arrojando su ropa a un lado, su voz no estaba del todo estable—. Te lo prometo, pero en este momento...

Abrió la bragueta e inmediatamente su polla saltó libre de su encarcelamiento. El aliento de McKenzie la dejó en un gemido sollozante. Dios, era enorme.

El pre semen brillaba en la punta de su pene, una perla perfecta de placer. Su boca se llenó de humedad ante el pensamiento de lamerlo con su lengua.

Más tarde. Más tarde. Pero ahora... ahora...



—¿Condón? —La palabra pasó los labios de Aidan en una pregunta baja, su respiración era entrecortada, los músculos de su tan impresionante estómago subían.

McKenzie se echó a reír.

—Te conozco desde hace dieciséis años, Rogers. —Se incorporó en la cama, lo suficiente para trazar su dedo encima de la longitud de su pene, su calor satinado hacía que su coño se contrajera—. Confío en ti más de lo que confío en ninguna otra alma viviente. Sé que siempre me protegerás y sabes que nunca haría nada para hacerte daño, pero si piensas hay una razón para usar un condón, entonces usa uno.

Sus fosas nasales se abrieron de nuevo y McKenzie podía ver su garganta trabajando hacia arriba y abajo cuando tragaba.

—¿Bebés?

Su pregunta era apenas algo más que un gemido ahogado. Sabía exactamente cómo se sentía, también estaba ardiendo.

—Píldora.

Fuego verde bailaba en sus ojos y se agachó hacia ella, sus manos plantadas a cada lado de su caja torácica, sus labios rozando los suyos.

—Así que es aquí donde debería decir estoy entrando, ¿lista o no?

Sonrió, con el corazón caliente. Aidan, el hombre al que nunca había visto antes, el hombre que la encendía tanto que apenas podía pensar, era todavía su Aidan. El tipo que la hacía reír.

—Oh, estoy más que lista.

Aidan la miró a la cara.

—Yo también.

Y en un solo movimiento fluido, se enterró hasta las bolas dentro de ella.

—¡Oh Dios, sí! —gritó, arqueándose ante el empuje abrasador. Estaba dentro de ella. Completa y totalmente. Llenándola como nadie antes y por un momento surrealista todo lo que podía pensar era en lo condenadamente perfecto que encajaban juntos y cuán condenadamente estúpida había sido al no ver eso antes de ahora.

Y entonces la embistió otra vez, una y otra vez, con el rostro hundido en el costado de su cuello, sus manos agarrando el edredón de seda debajo de ella, y todo pensamiento racional la abandonó.

No había nada tierno o suave o incluso romántico sobre la forma en que la tomaba. Era duro y desesperado. Su aliento lo dejaba en gemidos



estrangulados, silbidos temblorosos a través de dientes apretados. Sus penetraciones se volvieron más rápidas, más fuertes, y McKenzie montó cada una, con la necesidad desesperada de una conexión negada, de un lazo tanto tiempo ignorado, consumiéndola. Había un poder en sus embistes, una fuerza apremiante que nunca había experimentado antes. Era increíble. Alteraba todo, como sabía que lo haría, pero en una escala tan monumental, que su mente estaba perdida en ello, abrumada por ello.

—Sí. —Se opuso a sus embistes, tirando de él en cada uno, dirigiendo su gruesa longitud más profundo, más profundo en su centro—. Oh Dios, Dios, sí, sí.

Su clímax la reclamó, su orgasmo era una exquisita erupción. Condujo las uñas en la espalda de Aidan, la voz ronca de ella, al igual que el ritmo salvaje de él se rompió y él se corrió en gruesos fajos de liberación líquida que ella sintió que le llenaron el alma.

Aidan Rogers. Su mejor amigo.

Sus embistes se hicieron más salvajes, erráticos, y luego, con un último empuje, dejó escapar un quejido, el sonido vibró a través de él, convirtiéndose en un largo gemido cuando se desplomó encima de ella.

Ambos se quedaron así, la mente de McKenzie se tambaleaba, su cuerpo todavía zumbaba por el placer que le había provocado. Dios, ahora no había vuelta atrás, ¿no? No importaba lo que Aidan dijera a continuación, acababa de darle el orgasmo más alucinante de su vida.

—Jesús, Mack —susurró finalmente, con el rostro todavía presionado contra su cuello, y sus labios rozando su carne—. Lo siento. Lo siento mucho.

Su corazón se quedó quieto, su sangre rugía en sus oídos. Yacía inmóvil, sin saber si acababa de oírlo correctamente. ¿Lo sentía?

Se había dado cuenta de que esto era un error. Después de todos estos años de desearte, ahora se daba cuenta que estaba equivocado. Justo cuando por fin te has dado cuenta de lo adecuado que es él.

Su estómago dio un vuelco y apretó los dientes. Las lágrimas picaban detrás de sus ojos, calientes y ardientes.

Oh, McKenzie, ¿qué harás ahora?

—Lo siento —dijo Aidan, su voz estaba ahogada—. Quería durar más tiempo. Quería... —negó con la cabeza contra su cuello—, darte mucho más.

Una risa breve y aguda salió de ella, el alivio no sólo la barrió, sino que convirtió su sangre fría en caliente. Se retorció, moviéndose lo suficiente



como para poder ahuecar su mandíbula en sus manos. Con un empujón le levantó la cabeza, dándole una mirada dura.

—No te atrevas a disculparte.

Le dedicó una sonrisa irónica.

—Así no era exactamente como había planeado que saliera esto.

McKenzie se rió entre dientes. La gravedad de su situación la golpeó pero no dejó que la tomara. No cuando se sentía total y absolutamente impresionante.

—Bueno, teniendo en cuenta que te imaginaba desnudo y en la cama con Nick Blackthorne hace menos de treinta minutos, creo que esta tarde ha salido bastante bien, no...

Un golpe en la puerta de la suite la detuvo. Ella y Aidan se miraron entre sí, una pequeña sonrisa jugaba en las esquinas de la boca de Aidan.

—Ese debe ser Mason.

—Oh, déjame abrir la puerta. —McKenzie se alejó, casi cayéndose de la cama mientras lo hacía. Estaba feliz, tan malditamente feliz que quería gritarlo al mundo, no importa qué tan cliché fuera la noción—. Quiero ver su cara cuando sepa lo que hemos estado haciendo.

—¡Mack! —estalló Aidan, lanzando una almohada mientras casi corría hacia la puerta.

La esquivó, lanzándole una amplia sonrisa sobre su hombro mientras se desordenaba aún más el cabello y alisaba su arrugada camiseta hasta que el dobladillo caía justo debajo de su parte trasera. Envolvió sus dedos alrededor de la perilla de la puerta y le dio a Aidan un último vistazo por encima del hombro.

—¿Quieres apostar a que amenaza con decirle a mamá?

Antes que Aidan pudiera contestar, abrió la puerta.

Y encontró a Nick Blackthorne apoyado en el marco de la puerta, con las gafas de sol en lo alto sobre su cabello negro como la tinta, sus penetrantes ojos grises fijos por completo en ella.

—Hola, McKenzie Wood de Goss Weekly. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda unirme?



Capítulo 4

Aidan no se limitó a salir súbitamente de la cama; brincó fuera de ella.

Miró fijamente a la estrella de rock inclinada en el umbral, su corazón golpeando rápido.

—¿Qué demonios estás...? —comenzó a decir, un segundo antes que la mirada de Nick se deslizara hacia él y se diera cuenta de que estaba de pie en medio de una habitación de hotel con su delantera todavía semi-dura y probablemente brillando con los jugos McKenzie en exhibición.

Con la mandíbula cerrada apretadamente y su mirada bloqueada en la cara sonriente de Nick, empujó su polla de nuevo en sus pantalones y tiró de la bragueta hacia arriba. ¿Qué demonios estaba haciendo Nick Blackthorne aquí? ¿Y qué diablos había querido decir con “unirse”?

—¿Nick? —La voz sobresaltada de McKenzie hizo añicos el silencio sofocante, y por su rabillo del ojo Aidan la vio dar un paso atrás desde la puerta abierta, sus cejas hundiéndose en un gesto aturdido—. Yo... nosotros... tú... —balbuceó los pronombres personales, cada uno pasando por sus labios en un corto hipo sin aliento, su aplomo habitual sin mostrarse.

La estrella de rock levantó las cejas, con una sonrisa que Aidan habría jurado era descarada jugando en sus labios, si no fuera por la vacilación en sus ojos. Y la incertidumbre.

El propio Nick, al parecer, no sabía por qué estaba allí. O lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Cómo podemos ayudarte, Nick? —Aidan sostuvo la mirada del hombre, un ruido sordo golpeando pesadamente en sus sienes y su garganta. Si el cantante iba a sugerir lo que sospechaba Aidan...

Una imagen sin invitación brilló por su cabeza: McKenzie desnuda, presionada entre los dos, con su cabeza echada hacia atrás mientras la boca de Nick y la suya exploraban la perfección de su garganta, de sus pechos.

Su pulso se aceleró y sus pelotas, tan recientemente exhaustas, se endurecieron. Jesucristo, ¿en qué estaba pensando?



—Vine a preguntar... —Nick hizo una pausa, frotándose la boca con una mano antes de rastrillarla a través de su pelo, el cual, Aidan no pudo evitar notar, estaba mucho más desordenado que en el bar—. Yo quería... —Él dejó escapar un suspiro áspero, sacudiendo la cabeza y retrocediendo—. Mierda —murmuró, apartando la cara—, ¿dónde está la jodida estrella de rock genial cuando la necesito?

El pulso de Aidan latió más rápido. Entrecerró los ojos, sabiendo que debería hacer algo, decir algo. ¿Pero qué? ¿Qué era exactamente lo que quería decir?

Antes que pudiera pensar en eso, sin embargo, Nick volvió su mirada de nuevo a los dos, mirando primero a McKenzie y luego a Aidan, una resolución tranquila cayendo sobre su cara. Una cara sobre la que cientos de miles de mujeres, y probablemente unos cuantos hombres, habían fantaseado una y otra vez. Una cara que cuando se combina con una voz como ninguna en el mundo, elevaba a Nick Blackthorne más allá de las fantasías.

—Quiero tener un trío —dijo, ese acento ambiguo casi todo australiano ahora—. Lo quiero tan jodidamente que me duele todo el cuerpo.

La boca de McKenzie cayó abierta, pero no antes de que Aidan estuviera a su lado, su mirada centrada en Nick.

—Creo... —empezó a decir, pero Nick lo interrumpió, su mirada sosteniendo la de Aidan con igual fuerza.

—No he escuchado la música, las letras, desde hace mucho tiempo. Demasiado tiempo para recordar. —Dejó escapar un suspiro irregular—. No me he sentido vivo desde hace mucho tiempo tampoco. He estado muerto por dentro durante tanto tiempo me había olvidado lo que era sentir cualquier cosa. Pero en el segundo en que oí a McKenzie reír... —Él cerró los ojos por un momento, una expresión de puro éxtasis cruzando su rostro—...en el segundo en que la vi en tus brazos... —Abrió los ojos y miró a Aidan, ese tortuoso tormento vacilante estaba de vuelta en su cara—. Quiero ser parte de su intimidad.

Algo pesado y caliente surgió a través de las venas de Aidan, atravesando su cuerpo.

—Lo que estás diciendo —dijo, manteniendo su voz tranquila, modulada—, ¿es que quieres hacer el amor con la mujer que sabes que yo he deseado siempre?

McKenzie jadeó. Las ventanas de la nariz de Nick se extendieron.

—Sí. —Asintió—. Mientras tú se lo haces también.



—¿Quieres...? —La pregunta inconclusa de McKenzie, pronunciada en una respiración temblorosa, debería haber arrancado la mirada de Aidan de Nick. Pero no lo hizo.

—Quiero perderme en la magia del deseo del uno por el otro —continuó Nick, las palabras bajas y suaves y, sin embargo, al mismo tiempo ásperas y roncadas—. Sólo de pie aquí ahora, mirándolos a los dos, mirando la habitación detrás de ustedes... las sábanas revueltas, el cabello despeinado... el olor de su placer entrando a raudales en mi cuerpo con cada respiración que tomo... —Cerró los ojos de nuevo por una fracción de segundo, moviendo la cabeza como si estuviera sacudido por algo que Aidan no podía experimentar.

¿O tal vez ya lo había hecho?

—Excitado —gruñó Nick, y fue un gruñido. Gutural y apenas controlado, era el sonido más cachondo que Aidan había oído alguna vez hacer a un hombre—. Tan malditamente excitante. —Los miró de nuevo—. Estoy siendo asaltado por imágenes de ustedes dos juntos. Desde que me dejaste en el bar, Aidan, desde que supe que ibas a volver aquí para reclamar a la mujer de tus sueños, no pude dejar de verlos juntos, moviéndose juntos... joder, no puedo dejar de querer ser parte de eso.

La boca de Aidan se secó.

—No quiero entrometerme en su intimidad. —Nick sacudió la cabeza de nuevo, incluso mientras movía su mirada a McKenzie, sus ojos suplicando—. Sé que necesitan tiempo a solas, pero maldita sea, por una vez, quiero ser parte de algo que tan pocas personas en el mundo tienen la oportunidad de experimentar: verdadera felicidad. —Él devolvió su mirada a Aidan—. McKenzie es tan jodidamente hermosa. —Los lados de sus labios se torcieron un poco en una pequeña sonrisa—. Y Dios me ayude, la idea de hacer el amor con ella... —Dejó el resto de la frase colgando entre ellos, diciendo en su lugar—. Escucho música de nuevo. La siento en mi alma, pero la canción no está terminada. —Se detuvo de nuevo, su manzana de Adán rodando arriba y abajo en su garganta—. Sólo un día, eso es todo lo que pido. Tan sólo un día, el resto de este día. Por favor.

Aidan se quedó inmóvil, el calor del cuerpo de McKenzie filtrándose en su costado, su mirada centrada en la cara torturada de Nick Blackthorne. Le zumbaban los oídos con un rugido bajo, su corazón latía salvajemente. No sabía qué decir.

Pero, sin duda, ¿eso era suficiente respuesta? ¿Como lo era el silencio de Mack?



Dejó escapar una respiración rápida. McKenzie no había dicho ni una palabra tampoco. Ni una sola. Su nada característica falla al responderle a la estrella de rock hizo que su garganta se apretara. Y no sólo su garganta.

Sus bolas se endurecieron, su polla sacudiéndose con interés. Él se volvió de frente hacia ella, el delicado perfume de su liberación aún permanecía en el aire inmóvil de la suite.

Nick estaba en lo correcto. Ella era jodidamente hermosa. Lo había sabido que siempre. Cada noche, cuando había cerrado sus ojos la había visto, imaginándola moviéndose sobre él, montándose su eje, su pelo despeinado como lo estaba ahora, hermosa, sexy y suya, toda suya. Pero ahora, ahora mismo, en este mismo momento en el tiempo, no era sólo a él y a McKenzie a quienes vio en su cabeza.

Y, por la manera temblorosa en que ella tomó aire, por la forma en que sus ojos estaban dilatados y la forma en que sus pezones estaban erectos y duros bajo el fino algodón de su camisa, sospechaba que Nick estaba en su cabeza también. Lo cual debería haberlo puesto celoso como el infierno, pero en su lugar lo puso tan jodidamente excitado que su pene era una varilla de acero en agonía.

Del mundo de las celebridades, el hombre descrito por la revista *Rolling Stone* como “pecado, sexo y alma”, estaba inspirado por lo que él y McKenzie tenían. ¿Cómo podría no estar excitado?

Aidan la miró, incapaz de encontrar las palabras para vocalizar sus pensamientos.

Ella lo miró, con los ojos muy amplios y los labios entreabiertos, el diminuto pulso en la base de su cuello latiendo tan rápido que se podía ver revoloteando bajo su piel suave.

¿Le preguntaría a ella? ¿Se atrevería?

Él no tenía que hacerlo. Una pequeña sonrisa empezó a tirar de sus labios, del tipo que reconocía tan bien, del tipo que decía que estaba con él. No importa qué, ella estaría con él. La había visto tantas veces desde que la había conocido que si fuera un artista, podría dibujarla con los ojos cerrados. Pero no era un artista, era un bombero. Y un hombre. El maldito hombre más afortunado del planeta.

Él arqueó una ceja hacia ella y dejó a su propia sonrisa estirar sus labios.

Estoy contigo también.

Sin decir una palabra a él o Nick, McKenzie se volvió y cruzó el piso alfombrado de la habitación, sus caderas balanceándose en esa manera



naturalmente sensual que él sabía no era practicada o artificial, su trasero desnudo apenas oculto por el dobladillo de la camisa que llevaba.

Se detuvo de frente al costoso soporte para iPod, que formaba parte de las inclusiones de lujo de la suite, inclinándose un poco en la cintura hasta que sus dedos se arremolinaron sobre el iPod que había colocado allí al registrarse.

Oyó a Nick respirar bruscamente ante la vista burlona de su perfecto trasero asomándose hacia ellos por debajo del dobladillo de su camisa. Escuchó los pies del hombre moviéndose un poco, y luego la habitación se llenó de los sonidos bajos y apagados de Nick Blackthorne cantando la balada de amor que lo catapultó al escenario de la música del mundo y le dio su primer número uno en ventas, además de varios discos de platino: *"Night Whispers"*.

Las letras ardientes flotaban desde los altavoces empotrados en las paredes con la voz de Nick ronca y en carne viva, sus letras lamentando la pérdida del amor, cuando le faltó el valor.

Aidan contuvo su propia respiración. Conocía esta canción tan bien. La había bailado con McKenzie en su graduación de la escuela secundaria, esta canción. El único baile lento que nunca habían compartido.

"Y quiero rogar pero no puedo encontrar las palabras", cantaba el Nick de hace quince años, el sonido evocador de una guitarra acústica como su único acompañamiento.

"Y quiero llorar pero no puedo encontrar las lágrimas."

Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa...

Y los susurros en la noche".

La garganta de Aidan se apretó más. Más dura.

Como lo hizo su polla.

Pero no más que cuando McKenzie, con su espalda aún hacia él y Nick, cruzó sus brazos delante de su cuerpo y poco a poco, sin girarse de cara a ellos, levantó su camisa sobre su cabeza.

El corazón de Aidan perdió un latido.

Jesucristo.

Su espalda era hermosa. Devoró su sublime perfección con ojos codiciosos, siguiendo la curva sutil de su columna vertebral desde el suave pilar de su cuello hasta las igualmente suaves curvas de sus nalgas. Su boca se hizo agua ante la visión de los hoyuelos que surcaban su carne



justo encima de cada una, su polla sacudiéndose con necesidad insistente.

—Maldita sea —oyó a Nick murmurar detrás de él.

“Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa...”, cantó Nick desde el iPod con la voz quebrada, las cuerdas de la guitarra haciendo eco de su tormento.

“Y los susurros en la noche”.

McKenzie se volvió hacia ellos.

Dos pares de ojos se movieron sobre su cuerpo desnudo. Dos hombres la miraban con innegable y derretida necesidad.

McKenzie se detuvo. Erguida. El frío aire acondicionado de la suite se deslizó sobre su piel expuesta, entre sus muslos, sobre los pliegues de su sexo y sus pezones firmes. Una oleada de placer desenfrenado la reclamó, haciendo que sus placenteros pechos hinchados se pusieran más redondos, pellizcando sus pezones con más fuerza.

Ella levantó su barbilla, atrapando su labio inferior con los dientes.

Su iPod continuó tocando, los sonidos de Nick cantando *“Night Whispers”* deslizándose sobre sus terminaciones nerviosas. Su corazón no sólo golpeaba en su pecho, latía a un ritmo tan salvaje, tan frenético que apenas podía respirar.

¿Estaba ella realmente haciendo esto?

Sí, lo estaba.

Estaba a punto de dejar que dos hombres hicieran el amor con ella al mismo tiempo.

Su bombero y la estrella de rock más deseada del mundo.

Fue Aidan quien se movió primero.

Con un gruñido, él cruzó el suelo, sus fosas nasales dilatadas, con las manos quitándose la camiseta mientras lo hacía.

McKenzie sólo tuvo un segundo para contemplarlo en aturdimiento, extasiada por la pura fuerza de su torso desnudo, ancho y musculoso marcado por el impresionante tatuaje de un corazón prendido fuego, con llamas rojas profundas directamente encima de donde su verdadero corazón estaba, antes que su boca estuviera aplastando la suya y sus manos estuvieran en su cuerpo.

Su lengua se adentró más allá de sus labios, encontrando la suya y luchando con ella. Sus manos recorrían su espalda, la línea de su cuello y



dentro de su cabello, empuñando las hebras en su nuca, sosteniendo su cabeza inmóvil mientras su boca se volvía más hambrienta, más exigente.

Calor líquido se agrupó en el sexo de McKenzie por su posesión dominante. Sus dientes mordisquearon su labio inferior, su lengua se arremolinaba dentro de su boca. Él chupó, saqueó y folló su boca, todo el tiempo con su erección masiva moliéndose contra su vientre, haciendo girar su cabeza, su coño apretándose y su pulso palpitando.

Presionó sus manos contra su duro pecho, sus dedos descansando sobre los guijarros de sus pezones. El contacto arrastró un gemido bajo de Aidan, el sonido vibrando a través de su cuerpo. Era un sonido salvaje, desesperado y agresivo a la vez. A ella le gustó. Mucho. Retorció sus dedos sobre sus pezones, su coño aleteando mientras Aidan gemía de nuevo, su polla sacudiéndose contra ella.

—Jesús, Mack —gruñó contra sus labios—, provócame de esa manera y voy a perder el control.

La confesión envió fragmentos de tensión retorciéndose a la unión entre sus muslos. Ella frotó sus piernas juntas, su clítoris palpitando entre sus pliegues. Un simple beso y estaba casi loca de deseo. Un simple beso. Ella jugueteó con sus pezones, capturando la lengua de él con sus labios y chupándola fuerte, sin gentileza, mareada de creciente deseo. Y en el mismo momento en que pensó que iba a desmayarse por el puro placer que los labios y la lengua de Aidan provocaron en sus sentidos, otro par de manos se movió sobre su cuerpo.

—Hueles justo como sabía que harías. —El profundo murmullo de Nick acarició el costado de su garganta, sus labios viajando hacia su oreja mientras sus dedos rozaban la longitud de sus brazos—. Igual que las flores de la primavera y la brisa del verano. —Él atrapó sus muñecas, presionando su cuerpo contra su espalda mientras movía sus manos hasta el pecho de Aidan para enlazar los dedos de ella detrás del cuello de Aidan.

Al fondo, la siguiente canción en su lista de reproducción comenzó, la voz suave y ronca de Nick emanó de los altavoces, la letra de la canción, llamada "Heartbreak", una declaración de lujuria carnal por una mujer.

El corazón de McKenzie golpeó rápido, los labios de su coño congestionados por el aumento de sangre. En algún momento desde que Aidan había comenzado la violación de su boca, Nick se había quitado la ropa. Su figura alta y magra la tocaba desde los omóplatos hasta los muslos, el pelo suave de su pecho haciéndole cosquillas en la espalda, los suaves rizos en su ingle besando las mejillas de su trasero. McKenzie gimió. La vara rígida de su polla dio un empujón en la hendidura de su trasero,



separando con fuerza insistente mientras la polla de Aidan, todavía atrapada en sus pantalones, empujaba con más fuerza hacia su vientre.

Oh Dios, pensó retorciéndose contra los dos, soy el relleno en un sándwich de hombres.

Las manos de Nick acariciaron sus brazos y sobre sus hombros, sus labios explorando la pendiente sensible debajo de su oreja mientras sus dedos rozaban lo inflamado de sus pechos.

—Te sientes justo como sabía que harías, suave, cálida y celestial. — Las yemas de sus dedos se movieron rápidamente sobre sus pechos y hacia abajo, en su caja torácica, enviando una onda de placer concentrada sobre su piel—. Y tan, tan jodidamente pecaminosa.

La proclamación gruñida hizo al coño de McKenzie constreñirse, su ano apretándose con la misma presión. Separó sus labios de los de Aidan, rodando su cabeza hasta apoyarla en el hombro de Nick.

—¿Puedo citar eso? —preguntó con un gemido.

Él se rió entre dientes, curvando los dedos sobre sus caderas y presionando su polla gruesa más duro en su trasero.

“Una cara de ángel con la mente sucia...”, cantaba con voz ronca.

Los labios de Aidan se curvaron en una sonrisa torcida y lenta mientras miraba hacia abajo a la cara de McKenzie.

—Estoy pensando que esta canción está en camino a ser mi favorita de todos los tiempos. —Antes que pudiera responder, él se alejó de ella, sus dedos deslizándose fuera de su pelo, sus fosas nasales dilatadas por su suave grito de protesta—. Necesito sentir tu piel sobre la mía, Mack. —Su pecho se hinchó y sus manos se trasladaron a la cinturilla de sus pantalones—. En toda mi piel.

—¿Ves lo mucho que te desea, Aidan? —Las manos de Nick se aprovecharon de la ausencia de Aidan contra su cuerpo. Recorrieron su vientre, deslizándose sobre el hoyuelo de su ombligo, en los ángulos de sus caderas. Ella contuvo la respiración cuando sus dedos rozaron los rizos recortados de su vello púbico, su mirada trabada en los ojos de Aidan.

—Jesús, Nick —gimió él, frunciendo la mandíbula—. No creí que pudiera estar tan excitado de ver a alguien más tocar a Mack de esa manera.

Nick se rió detrás de ella, su cálido aliento haciéndole cosquillas en la oreja.



—¿Qué pasa si la tocó así? —Sus dedos se sumergieron más bajo sobre su montículo, separando sus pliegues para acariciar su clítoris con una lenta caricia.

Cálida tensión se extendió en el núcleo de McKenzie y ella dejó salir otro gemido.

Los ojos de Aidan ardían, sus músculos del estómago contrayéndose.

—Oh, sí.

Los dedos de Nick jugaron sobre el clítoris de McKenzie una vez más.

—Ella ya está húmeda para nosotros, amigo.

—Bien. —Esa simple palabra dejó a Aidan en un respiro bajo, sus dedos jugando con el botón en su cintura. Con su coño apretándose con codiciosa impaciencia, McKenzie observó mientras lo liberaba con un movimiento rápido y luego bajaba la cremallera.

Oh, sí.

El corazón le latía más duro, más rápido, contra su esternón, su mirada devorando la vista de su eje distendido saltando libre de su bragueta abierta. Si es posible, estaba más grande, más grueso que antes. Su cabeza coronaba la longitud venosa como una cúpula púrpura tensa, diminutas gotas de pre-eyaculación brillando en su punta, aceitando su carne.

La necesidad de probar esas perlas del placer de Aidan llenó la boca de McKenzie con saliva y se retorció en los brazos de Nick.

—Por favor... —susurró.

—Dime lo que quieres hacer con él, McKenzie —murmuró Nick en su oído, sus labios calientes sobre su piel.

Ella miró a Aidan donde estaba, inmóvil pero a un sólo metro de distancia de ella. El tatuaje sobre su corazón parecía palpar, su amplio pecho y estómago esculpido destacando la auténtica perfección de su cuerpo. Él no se movió, esperando por ella, con los puños apretados a su lado, su polla levantándose directamente de la mata de rizos rubios oscuros asomándose de su bragueta abierta.

Los dedos de Nick se deslizaron sobre su clítoris, sumergiéndose a su calor empapado.

—Dime.

La cabeza de McKenzie flotó. Su respiración se volvió superficial. Rápida. Ella miró a Aidan, cada fibra de su cuerpo dolorida por él. Necesitándole. Necesitando esto.



—Quiero chupar su polla.

Aidan gruñó ante su confesión ronca, sus ojos cerrándose por un breve momento, su eje rígido sacudiéndose contra su estómago.

—Jesús, Mack.

"Una cara de ángel con la mente sucia...", cantaba Nick, su voz gutural atormentando las terminaciones nerviosas de McKenzie.

Él deslizó sus dedos profundamente en su sexo, su otra mano acariciando su estómago hasta arriba para capturar su pecho derecho.

—Por favor —rogó McKenzie, retorciéndose en su abrazo.

—Oh, por favor, Nick, déjame... dame...

Nick movió los dedos en su coño, enviando lazos de exquisitas sensaciones a través de su esencia misma.

—Dile a Mack lo que quieres, Aidan.

Las fosas nasales de Aidan se dilataron y él tragó, chasqueando su mirada verde humeante a la cara de la estrella de rock.

—Quiero sentir sus labios deslizarse sobre mi polla, Nick, mientras tú entierras tu polla en ella.

Con esa declaración calmada, McKenzie llegó a su clímax. O tal vez fueron los dedos exploradores de Nick, acariciando el lugar más dulce en sus paredes femeninas una y otra vez. O tal vez fueron ambos. Fuera lo que fuese, no pudo controlar el grito ahogado saliendo de sus labios, ni las contracciones temblorosas apretando su sexo.

—Oh, Dios. —Ella se balanceó con las penetraciones de Nick, sus manos moviéndose hacia él, ayudándole a ahuecar su pecho y enterrarse en su hendidura goteante—. Oh, Dios, sí. —Se tocó a través de las manos de Nick, su abrupto orgasmo rodando a través de ella, su mirada sosteniendo la de Aidan.

—Ahora, Aidan. —Oyó el jadeo de Nick un segundo antes de que Aidan arrancara sus pantalones de sus gruesas piernas musculosas y destruyera la distancia entre ellos.

Él empuñó con sus manos su pelo, el deseo hambriento ardiendo en sus ojos. Su pene presionándose contra su estómago, pintando su piel caliente con su pre-eyaculación.

La miró a la cara y aplastó su boca con sus labios, su beso ni suave ni dulce sino una declaración; de qué, McKenzie no lo sabía. Ni le importaba. Nunca la habían besado con tanta brutal necesidad. Que las manos de Nick trabajaran su coño y su pecho al mismo tiempo sólo acentuaba la tensión elevada ya reconstruyéndose en su centro.



Su cabeza giraba. Ella se iba a venir otra vez. ¿Cómo podía ser eso? ¿Cómo podía venirse otra vez tan...?

Otro orgasmo la reclamó, tan abruptamente, tan violentamente como el primero. Nick pellizcó su clítoris mientras lo hacía, rodando su pezón entre sus dedos, torturando su cuerpo desgarrado por el placer con nuevas oleadas de éxtasis. Y aun así, Aidan saqueó su boca, su lengua azotando su interior, sus dientes mordiendo y pellizcando su labio inferior, arrastrando gemido tras gemido de su pecho.

Los dos hombres fueron implacables. Imparables. Ella se sacudió, se quejó y suplicó que se detuvieran, luego les rogó por más.

Justo cuando sus piernas comenzaron a temblar, justo cuando el tercer orgasmo amenazaba con consumirla, justo cuando su coño parecía fluir con ríos de su crema, Nick liberó su agarre y dio un paso hacia atrás.

—¡No! —gritó, pero la palabra fue amortiguada por el beso de Aidan. Aidan separó sus labios de los de ella.

—Sube en la cama, Nick.

Era el turno de Aidan de gruñir órdenes. Él permaneció de pie frente a McKenzie con la mandíbula apretada, su mano derecha bombeando lentamente arriba y abajo su erección turgente.

Nick hizo lo que Aidan ordenó, y tomó todo de McKenzie el no gemir ante la vista de él moviéndose hacia la parte superior del colchón tamaño King.

En cambio, mantuvo su atención en su mejor amigo, asombrada y más que un poco asustada de esta nueva faceta de él que nunca había visto antes. No había nada jovial o sardónico sobre Aidan justo en ese momento; era un hombre básico, queriendo una cosa de su mujer y haciendo exactamente lo que necesitaba para conseguirlo.

Sus fosas nasales se ensancharon mientras tomaba una respiración lenta.

—Ve y súbete a la cama, Mack. De rodillas con tu espalda hacia él.

Un escalofrío corrió por la columna vertebral de McKenzie por la orden contundente. Sus pezones se apretaron con fuerza. Su clítoris palpitaba. Se trasladó a la cama, su mirada conectada con la de Nick por un tentador segundo mientras ella se subía al borde del colchón. Él la estudió, sus impresionantes ojos grises medio entrecerrados, su mundialmente famosa sonrisa lánguida sin mostrarse por ningún lado.

McKenzie tragó, su pulso acelerándose. La polla de Nick sobresalía de la densa mata de rizos negros cubriendo su ingle larga, gruesa y arqueada



en un ligero arco. Como la de Aidan, su punta estaba ungida con diminutas gotas de placer.

Como con la de Aidan, cada gota la puso más excitada.

Un movimiento por el rabillo de su ojo la hizo volverse de nuevo hacia su mejor amigo, y su respiración se atascó en su garganta al verlo recuperar su billetera del pantalón desechado y retirar un pequeño cuadrado laminado y delgado de su interior.

Ella sabía lo que era. Sabía lo que significaba.

El cantante más deseado del mundo iba a follarla muy pronto.

Su boca se secó y frotó sus muslos juntos, su clítoris no sólo palpitando sino punzando con necesidad renovada.

—Ponte esto. —Aidan tiró el envoltorio de un condón a Nick, su mirada nunca dejando la cara de McKenzie.

Ante el débil sonido de lámina rasgándose, ella inhaló respiraciones irregulares. Esto estaba realmente sucediendo. Iba a tener un trío con Nick Blackthorne y Aidan Rogers. Esto estaba realmente, realmente sucediendo.

Una risa baja retumbó detrás de ella y apartó la mirada de Aidan para arriesgar una mirada por encima de su hombro. Los dedos de Nick se deslizaban lentamente por su longitud revestida con un condón color rojo brillante.

—Debería haber sabido que un bombero elegiría el rojo. —Él sonrió, un destello de su famosa sonrisa jugando en sus labios.

McKenzie se lamió los labios al ver su erección ajustada dentro del látex rojo. Que iba a estar dentro de ella. Pronto. Oh, sí...

—Voy a follar tu boca ahora, Mack.

Las suaves palabras de Aidan sacudieron de golpe su atención fuera de la polla de Nick y se volvió para encontrar a Aidan de pie ante ella. Se alzaba sobre ella, como siempre lo hacía, su imponente altura haciendo a su coño contraerse. Tenía un fetiche por los hombres altos, de construcción grande, desde que era una adolescente y ahora sabía por qué; Aidan. Era por Aidan. Durante años había estado tratando de hacer el amor con él, sin siquiera saberlo. Levantó la mirada hacia él, queriendo que viera el deseo elemental que había despertado en ella.

—Voy a llenar tu boca con mi polla mientras Nick entierra su polla en tu coño.

El que usara esas palabras la hizo jadear. Ella nunca, nunca habría sabido que él usara un lenguaje tan crudo. Nunca. Fue la cosa más malditamente cachonda que había oído.



Él la estudió, cada músculo de su cuerpo contraído.

—¿Estás lista?

Ella soltó una respiración entrecortada, atrapando sus dedos entre los suyos y presionando su mano contra su sexo empapado y palpitante.

—¿Tienes que preguntar?

Un espasmo hizo a su polla sacudirse y levantó la mirada hacia Nick.

—Tómala —dijo él.

Y con un movimiento fluido, Nick deslizó sus manos hacia arriba en la espalda de McKenzie y se inclinó hacia adelante, la punta de su polla separando sus pliegues empapados mientras las palmas de ella se posaban en el extremo de la cama y su cabeza bajaba hacia la tensa erección de Aidan.

Nick hundió su polla en el cielo. Un cielo húmedo, caliente, apretado.

Sintió los músculos vaginales de McKenzie apretarse alrededor de su longitud, agarrándolo mientras lentamente empujaba profundamente en su sexo.

Él era grande, lo sabía. Más de una "fuente anónima" en más de una revista sensacionalista se había jactado de su "paquete impresionante" y su "longitud de estrella porno", y aunque el número de sus amantes era mucho más pequeño que el que las revistillas chatarras querrían que el mundo creyera, el tamaño de su pene no lo era. Había estado preocupado de que McKenzie no fuera capaz de adaptarse a su longitud, pero al oír su gemido, un bajo *gnarr* de innegable placer mientras se enterraba hasta las bolas en su calor, todas las dudas y el miedo desaparecieron. Reemplazados con una auténtica ráfaga de alegría carnal un segundo antes de que él observara los labios de ella deslizarse bajo la igualmente impresionante erección de Aidan.

—Joder, Mack —gruñó Aidan, sus ojos rodando hacia atrás en su cabeza. Sus manos se acercaron a la cabeza de McKenzie, sus dedos enredándose en la melena cobriza color fuego salvaje mientras un estremecimiento sacudía su cuerpo.

Nick lo sintió a través de McKenzie y en su polla, la sensación más allá de salvaje. Él había participado en algo más que su parte justa de tríos en sus días, pero ninguno había llegado con la pasión y el deseo sin adúlterar de éste. Lo que Aidan y McKenzie sentían el uno por el otro... lo que le estaban permitiendo compartir...

Eso calmó el dolor hueco en su corazón. Y lo puso tan jodidamente duro que se preguntó si quedaba algo de sangre en su cerebro.



Retirándose lentamente de McKenzie, se detuvo justo cuando la cabeza de su pene coronó los pliegues empapados de su apretado coño. Ella gimió, empujando su trasero hacia él, sus dedos conduciéndose a las caderas de Aidan.

—Cristo, eso se siente increíble —gruñó Aidan, su mirada cerrada en la boca de McKenzie. Nick comprendió su atención absorta. Observar los labios de ella estirados sobre la congestionada polla de Aidan, ver esos labios brillar con la humedad de su boca... santa mierda, no había palabras.

Dejó que su mirada vagara sobre la vista durante un largo momento antes de dejar caer su atención a la no menos sorprendente visión de su polla deslizándose dentro y fuera de su coño. Sus jugos recubrían su longitud forrada de rojo, llenando el aire con el aroma almizclado de su placer.

—Oh, Mack —gruñó Aidan, levantando la mirada hacia Nick—. Voy a venirme pronto, nena. No puedo aguantar mucho más tiempo.

El corazón de Nick saltó rápido. Sabía exactamente lo que quería decir el hombre. El coño de McKenzie lo envolvía como un guante. Con cada golpe en su centro, sus bolas golpeaban contra su suave montículo. Con cada retirada, ella se aferraba a él con más fuerza.

Su sangre corrió a través de sus venas, su aliento arrancado de su garganta en jadeos superficiales. No sólo se iba a venir pronto, iba a entrar en jodida erupción.

—Espero por Dios que tengas más de un condón en esa billetera tuya, compañero —dijo con voz áspera, dándole a Aidan una mirada—, porque estoy a punto de estallar yo también.

El coño de McKenzie revoloteaba alrededor de su pene. Ella gimió alrededor de la polla de Aidan, su agarre en sus caderas cada vez más fuerte, sus nudillos cada vez más blancos.

—Nena. —El gemido de Aidan envió una esquirla de tensión caliente a la ingle de Nick—. Oh, mierda, nena, tienes que parar si no quieres que...

McKenzie no se detuvo. Nick pudo verlo en la forma en que Aidan echó hacia atrás la cabeza, en la forma en que sus músculos sudorosos se contrajeron.

Él se quedó mirando al hombre al borde de la implosión sexual y a un simple latido de la destrucción misma, sintiendo el sexo de McKenzie contraerse. No sólo una vez, sino dos veces, tres veces, cuatro.

—¡Oh, Jesús, sí! —soltó Aidan—. Sí.



Era suficiente. Era demasiado. Mientras el coño de McKenzie pulsaba alrededor de su pene, mientras sus uñas se clavaban en las caderas balanceándose de Aidan, mientras el grito de Aidan rasgaba a través del aire, el orgasmo de Nick se estrelló contra él. Hirviendo a través de su alma, quemando a través de sus venas y vertiéndose en el condón rojo fuego de Aidan. Y mientras lo hacía, las palabras de su canción se vertieron a través de él también.

"Voy a morir en el fuego de él y rogarle a ella por vida.

Rogarle a ella por alma, rogarle a ella por calor.

Voy a morir en el fuego de él y vivir en su amor.

Vivir en su amor hasta que..."

Y entonces, incluso las palabras se perdieron en su liberación.



Capítulo 5

McKenzie levantó lentamente la cabeza de la polla gastada de Aidan a tiempo para ver su pecho jadear y su cuerpo estremecerse. Sus ojos estaban cerrados, sus fosas nasales dilatadas. Su semi-rígida longitud se sacudió en su mano, un pequeño brote de su semilla —el final de su orgasmo—, salía a borbotones de la punta de su polla. La cruda visión, hizo que su propio clímax pulsara con un aumento de la fuerza en respuesta, apretando la polla de Nick todavía incrustada profundamente dentro de ella.

Nick gimió.

—No hagas eso, McKenzie. —Él pasó sus manos sobre la espalda de ella antes de dejar caer un beso suave entre sus omóplatos—. Dame un momento.

—¿Un momento? —Aidan rozó sus nudillos sobre su mejilla. Sus ojos parecían arder en su alma, una pequeña sonrisa —su sonrisa—, levantándose en los bordes de su boca—. Creo que podría necesitar toda una vida para recuperarme de esto.

McKenzie se rió entre dientes.

—Gallina.

Dándole a Aidan su sonrisa de nuevo, ella se enderezó lentamente poniéndose en posición vertical, el sonido del gemido torturado de Nick, cuando su longitud se deslizó fuera de su sexo hizo que su sexo palpitara.

Ella se bajó de la cama y se apartó de los dos hombres... —o al menos, lo intentó—. Los brazos de Aidan serpentearon alrededor de su cintura, atrayéndola hacia su cuerpo mientras Nick se acercó por detrás, sus manos acariciando el frente de sus muslos.

—Espera un minuto —murmuró Aidan—, inclinando la barbilla hacia abajo para mirar a su cara—. Dije “podría”, no que lo “haría”.

—Y si piensas que he terminado —murmuró Nick en su oído, sus dedos rozando sus piernas trazando una suave caricia sobre sus hinchados labios vaginales—, no conoces la resistencia que tenemos las estrellas de rock.



El pulso de McKenzie subió de nivel. Ella no podía creer lo que acababa de experimentar con estos dos hombres y ¿ellos ya estaban hablando de más?

Oh Dios, sí por favor.

El pensamiento sin sentido no sólo susurraba a través de su cabeza, le suplicaba.

Las manos de Aidan se deslizaron por su espalda, con pasión embriagadora brillando en sus ojos, mientras acariciaba con su dedo como pluma su caja torácica para llegar a sus pechos.

—Estoy bastante seguro de que Kylie dejó un paquete de condones en el cuarto de baño, Nick.

McKenzie inspiró una respiración desigual. La parte superior de sus muslos todavía estaba mojada de su tan reciente orgasmo, sus jugos goteaban sobre su piel enrojecida. Un orgasmo que le había movido hasta los propios cimientos. Diablos, casi se había corrido en el segundo en que la gruesa y larga polla de Aidan se había deslizado entre sus labios, y más aún cuando la igualmente impresionante extremidad de Nick la había estirado hasta el límite. ¿Aún tenía la energía para sucumbir a otro clímax tan pronto?

Detrás de ella, Nick se rio entre dientes, y ella hipó un jadeo cuando él acarició su clítoris aún sensible.

—¿Hum colorada?

Aidan le devolvió la risa con la suya, el sonido vibraba a través de McKenzie como una caricia. *Ay Dios, eso la estaba poniendo caliente otra vez.*

—Lo dudo. —La sonrisa de Aidan apareció en sus labios—. Pero conociendo a Kylie Sullivan, no serán del tipo común.

—¿Alguna posibilidad de que haya dejado algún juguete?

La pregunta de Nick, dicha en un gruñido ronco, llenó las mejillas de McKenzie con un hormigueo de calor, y envió presión a su coño.

Ella atrapó su labio inferior con los dientes, sus pezones estaban duros. Sí, ella estaba caliente otra vez. Tan caliente que su sexo palpitaba y le dolía con una insistente e innegable necesidad.

Aidan miró su cara, su pulgar hacía pequeños círculos sobre sus pezones erectos.

—¿Quién sabe con Kylie? —La mujer siempre ha sido una caja de sorpresas.



McKenzie le devolvió la mirada, su vientre pesado con deseo. ¿Sorpresas? Oh Dios, toda esta isla había estado llena de sorpresas.

Con un suave pellizco sobre su clítoris, Nick se apartó y ella tuvo que tragarse su gemido de consternación por su repentina ausencia.

—Déjame ver qué puedo encontrar.

McKenzie apenas lo oyó. No con su sangre rugiendo en sus oídos. No con su corazón golpeando con tanta fuerza. No con las manos de Aidan acariciando y masajeando sus pechos.

Sorpresas. Como tener un trío con el chico que hasta hace sólo unas horas estaba segura que era gay. Como descubrir que su mejor amigo era más que el compañero platónico que había creído que era. Como darse cuenta de que ella estaba en...

—¿Estás bien?

La suave pregunta de Aidan la hizo parpadear. Frunció el ceño, apartándose de él un poco.

—Sí —su voz se quebró—. ¿Por qué?

Él le dedicó una sonrisa torcida, de esas que decía, ¡mentira, Wood!

—Parecías un poco como un conejo atrapado entre las luces por un segundo.

McKenzie negó con la cabeza, su pulso se aceleró en su cuello.

—Un poco sorprendida es todo. Estaba pensando en escribir una premiada exposición sobre los secretos sexuales de Nick Blackthorne... ahora parece que soy parte de ellos.

Aidan se rió entre dientes, trazando la línea de la nariz con la punta de uno de sus dedos.

—¿Tal vez él te dará una exclusiva?

—Buena idea, Aidan.

McKenzie se sobresaltó ante el murmullo de Nick muy cerca detrás de ella. Ella se volvió hacia él, la visión de su cuerpo delgado y musculoso desnudo hizo que su coño se contrajera. Maldición, él realmente era sexo, pecado y alma. Un tatuaje de una clave de sol estaba justo debajo de su ombligo poco profundo, su curva inferior se enganchaba sobre la raíz de su eje. Al menos, allí es donde ella suponía que iba. Realmente no podía ver, ya que su polla sobresalía recta, gruesa y larga y obviamente, lista.

—Tengo una exclusiva para ti, McKenzie. —Caminó hacia ella y Aidan—. Pero más tarde.

—¿Más tarde? —Su voz se quebró de nuevo.



Él asintió, un lento movimiento de la cabeza que no rompió el contacto visual.

—Después de que encontremos un uso para estos. —Levantó la mano derecha, mostrándoles el paquete de condones, preservativos estriados Rough Rider para ser precisos—. Y esto. —Él arqueó una ceja mientras sostenía en alto su mano izquierda.

La boca de McKenzie se secó. ¡Oh Dios!

El consolador de vidrio reflejaba la tenue luz de la habitación, su larga superficie cubierta de sutiles ondas, y en su extremo, una amplia forma de hongo en punta. Un pequeño tubo de lubricante descansaba en la palma de Nick, blanco y limpio, pero fue el consolador lo que hizo que su pulso golpeará.

—Eso sí que es una sorpresa y media —murmuró Aidan detrás de ella—. Parece que Kylie recordó nuestra conversación acerca de los juguetes en víspera de Año Nuevo el año pasado, Mack.

—Creo que me gusta esta Kylie amiga de ustedes. —Nick sonrió, cerrando la distancia entre ella y Aidan. Se detuvo directamente ante ella, al igual que el gran cuerpo de Aidan se apretaba contra su espalda. Su sonrisa se volvió sensual, sus ojos sostenían los de ella mientras levantaba el consolador y trazaba su punta a lo largo de su labio inferior.

El aliento de McKenzie quedó atrapado en su garganta. Ella levantó la mirada hacia él, incapaz de moverse, incluso cuando las manos de Aidan le acariciaban las caderas, una ahuecando entre sus muslos, y la otra moviéndose hacia arriba hasta ahuecar su pecho izquierdo.

—Ella definitivamente no es del tipo tímido. —Rio Aidan, sumergiendo un dedo, y luego otro entre los pliegues mojados de McKenzie.

¿De quién estaba hablando? McKenzie no podía recordar. Su cerebro parecía no estar funcionando ya.

Nick trazó la punta del consolador de vidrio sobre su barbilla, hacia abajo por la columna de su garganta. Su superficie fría era tan suave que casi se sentía aceitada, y una oleada de lujuria la reclamó.

—Cuéntame sobre esa conversación en la víspera de Año Nuevo. —Nick rodeó su pezón derecho con el extremo del consolador. El pezón se hinchó volviéndose un pico duro como una piedra, en respuesta obtuvo un zumbido de apreciación de la estrella de rock.

Los dedos de Aidan en su coño se retorcieron un poco más profundos, su aliento abanicaba el costado de su garganta.

—Le dije a Kylie que quería probar un consolador de vidrio alguna vez —gimió McKenzie, el simple placer del toque íntimo de Aidan y la loca



caricia del vidrio liso y frío en su pecho casi le robaban la capacidad de hablar—. Y... Kylie sugirió que Aidan fuera el que... —balbuceó.

—¿Qué, McKenzie? —la provocó Nick.

Detrás de ella, Aidan dibujaba una respiración desigual, su erección como una vara de acero empujaba la base de su columna.

—Que lo usara en mí —lo dijo en un susurro, su mirada fija en los penetrantes ojos grises de Nick.

—¿Qué hiciste?

La pregunta hizo que sus mejillas se llenan de calor.

—Me reí.

Él la estudió.

—¿Te estás riendo ahora?

Todo lo que pudo hacer fue sacudir la cabeza. Y tragar.

Sin decir una palabra, él le pasó el consolador a Aidan.

El vidrio era duro contra la palma de Aidan, fresco contra su carne enrojecida. Cerró sus dedos en torno a la longitud con ondas, su polla se movió ante el contacto de alguna manera carnal.

No se podía negar que el objeto en su mano estaba diseñado para dar placer.

El placer de Mack.

Su cabeza daba vueltas y apretó los dientes, mirando a Nick sobre la cabeza de McKenzie. Recordaba la conversación con Kylie y Mack muy, muy bien. En el segundo que Kylie, ni de lejos tan borracha en champán como McKenzie, había pronunciado la sugerencia de ayudar a su mejor amiga con su inesperada curiosidad sexual, su polla había saltado con dolorosa atención y su corazón había comenzado a golpear contra su garganta.

Al igual que lo hacía ahora, a pesar de que dudaba que su polla podría ponerse más dura de lo que ya estaba.

Él cerró los dedos fuertemente alrededor de la circunferencia con ondas del consolador, su cabeza nadando un poco más. Por el rabillo del ojo vio a Nick moviéndose, rodando un condón nuevo por la longitud de su erección, pero la vista apenas fue registrada por su cerebro empañado.

—Cariño... —murmuró contra la sien de McKenzie.

—Oh Dios, Aidan. —Ella se arqueó en sus dedos todavía enfundados dentro de ella en su dulce coño mojado—. Si no me follas con eso ahora...



No necesitaba que ella terminara.

Ni al parecer, tampoco Nick.

Con un simple movimiento, el cantante recogió la pierna derecha de McKenzie hacia arriba en el hueco de su codo, extendiendo sus pliegues ampliamente.

El embriagador aroma de su almizcle llenó el aliento de Aidan e, imposible como lo era, su polla latió con sangre fresca, volviéndose más gruesa, más larga y más dura.

Jesús, ¿cómo podía estar en tanto dolor y sentirse tan condenadamente bien?

—Ella está lista para ti, amigo.

La declaración baja de Nick se clavó en su entrepierna. El hombre estaba en lo cierto, los jugos de McKenzie fluían desde su coño abierto, cubriendo los dedos de Aidan. Él los retiró de su apretado calor, parando en el nudo hinchado de su clítoris. Ella gimió, cuando rodó el pequeño botón de carne bajo las yemas de sus dedos, sus caderas se doblaron hacia arriba una vez en un empuje violento.

—Aidan...

No había terminado de decir su nombre cuando él deslizó el consolador de vidrio en su canal empapado. Enterrando su longitud con ondas dentro de ella.

—¡Oh Dios mío! —gritó, extendiendo sus brazos detrás ella, para atrapar su cuello y sus hombros—. Oh Dios, sí.

Él retiró el consolador un poco, los gemidos de McKenzie le decían exactamente lo que esas diminutas salientes en toda su longitud estaban haciendo en ella, y luego lo hundió de nuevo, apretando su pecho y acariciando su clítoris mientras lo hacía.

—¡Mierda! —La palabra la dejó en un grito sin aliento, seguida de gemidos sin sentido mientras Nick se acercaba más a sus piernas abiertas y cerraba su mano libre sobre su otro pecho.

—Dime cómo te sientes, McKenzie —ordenó Nick, sus labios se deslizaban sobre su mejilla, su mandíbula—. Dime lo que Aidan te está haciendo.

Ella sacudió la cabeza, su cuerpo temblaba contra Aidan, su coño lloraba de placer.

—No puedo... no puedo... —ella jadeó, aferrándose fuerte a los hombros de Aidan. La posición empujaba sus pechos hacia arriba, un hecho con el que él se deleitó cuando vio a Nick capturar su pezón con el



pulgar y el índice. La boca de Aidan se hizo agua, necesitaba tanto chupar ese guijarro que gruñó.

—Sí, puedes —dijo Nick entre dientes, y fue sólo el tono crudo de su voz lo que le dijo a Aidan que el hombre estaba en la cuerda floja del control también—. Dime lo bien que Aidan te está haciendo sentir y te dejaré correrte.

—Yo... —el jadeo de McKenzie fue apenas una palabra. Ella empujó sus caderas hacia arriba, montando el consolador tanto como el sostén de Nick en su pierna se lo permitía. Su corazón martillaba; Aidan podía sentir su frenético ritmo golpeando a través de su cuerpo en el suyo. Era un golpe embriagador que él sintió todo el camino hasta su alma.

—Dime, nena —susurró contra su sien—. Por favor... por favor, dímelo.

—Oh Dios —jadeó, retorciéndose en cada embestida, caricia y penetración que él hacía con el pene de vidrio—. Oh Dios, Aidan, yo... tú...

Nick bajó la cabeza, y Aidan dejó escapar un gruñido de excitación al ver al hombre cerrando los labios sobre uno de los pezones erectos de McKenzie. Vio las mejillas cóncavas de Nick, y oyó a McKenzie gemir inmediatamente después. Su pene se sacudió un poco más, tan lleno de sangre que era insoportable.

—Dime, Mack. —Deslizó el consolador dentro y fuera de su sexo—. Dime cómo te hago sentir.

Ella corcoveó, una mano hundida en el cabello de Nick.

—Yo... —Su voz se hizo más alta. Su respiración se volvió más superficial—. Yo..., oh, Aidan, oh Dios... yo... yo... demasiado bueno... esto es... tan...

Hundió el consolador de nuevo dentro de ella, con el cuerpo en llamas.

—Oh nena, necesito estar dentro de ti ahora.

Su declaración se arrancó de su garganta.

—Mierda, yo también —gimió Nick, levantando la cabeza de su pecho—. ¿Nos dejarías que te tomemos los dos al mismo tiempo, McKenzie?

Su agarre en la parte posterior del cuello de Aidan se volvió feroz. Su boca se secó.

—Sí —ella jadeó—. Sí, quiero eso. Quiero tanto eso.

—Aidan va a follar tu culo, McKenzie. —La voz de Nick era poco más que un aliento áspero—. Aidan va a enterrar esa enorme polla suya en tu culo apretado y yo te voy a llenar con la mía. ¿Está bien?



—Sí —gimió ella, retorciéndose en el consolador empalado en su sexo—. Sí.

La polla de Aidan palpitaba. Sus oídos rugían. Retiró la gruesa longitud del vidrio por última vez, pellizcando su clítoris mientras lo hacía.

—Oh Dios, me voy a correr —gritó McKenzie.

Crema caliente brotó de su coño, cubriendo su mano, y sus dedos. Ella se aferró a él, a Nick, haciendo ruidos sin sentidos cuando su clímax detonó a través de ella. Se vertió de ella, convirtiendo el aire en dulce almizcle, llenando la habitación con los húmedos sonidos de su liberación.

Él empujó el consolador una vez más, con sus bolas llenas de deseo, su corazón golpeando en su pecho, y luego, incapaz de controlarse más, lo sacó libre de sus pliegues, lo arrojó a un lado y atacó con los dedos empapados de su coño a su ano. Esparciendo su placer húmedo a la apertura más apretada de su cuerpo.

—¿Lubricante? —Le dio a Nick una mirada agobiada. Se estaba deshaciendo aquí. No aguantaría mucho más. Él no podía...

Nick levantó el tubo y Aidan no pudo dejar de notar que el hombre ya le había quitado la tapa. Levantó su propia mano y sin decir una palabra, Nick apretó algo del fresco líquido espeso en sus dedos. Dedos que temblaban cuando aplicó la lubricación en su tensa polla.

—Voy a tratar de tomar las cosas con calma, Mack. —Él apretó su cara contra el lado de su cuello—. Voy a tratar.

Ella negó con la cabeza, haciendo un puño con su mano en el cabello aplastado por la transpiración de su nuca.

—No lo hagas.

La orden fue todo lo que necesitó para empujarlo hasta el borde. Envolvió sus dedos alrededor de su pene, arrastró su pulgar sobre su punta, pintando su carne ya lubricada con su viscoso pre semen, y luego la llevó al ano resbaladizo de crema de McKenzie.

—Ahora, Aidan —jadeó ella, temblando—. Ahora.

Él penetró su estrechez. Un anillo de músculo, el otro, el otro. Luchando para ir despacio. Casi perdiendo. Casi vencido.

—Oh. Mi. Jodido. ¡Dios! —exclamó ella, arqueando su columna, sus uñas clavándose en su cuero cabelludo—. Eso se siente tan jodidamente bien.

—Como esto. —Aidan oyó la promesa de Nick, un segundo antes de ver al hombre cambiar ligeramente su posición, sus caderas rodando hacia arriba.



Y entonces Aidan sintió la polla de Nick hundiéndose en el coño de McKenzie. Sintió la polla de Nick deslizarse contra la suya a través de la delgada pared de calor de McKenzie. Y entonces todo pensamiento racional y coherente lo abandonó y se convirtió en una criatura de placer elemental.

El nombre de McKenzie caía de sus labios.

La mente de McKenzie estaba consumida con absoluto y total arrebató. Nunca había experimentado jamás algo semejante. No era una virgen anal, pero nada, nada podría haberla preparado para la increíblemente increíble sensación de las erecciones de Aidan y Nick deslizándose dentro y fuera de ella al mismo tiempo.

Sin palabras, se movían en perfecta sincronía, Aidan penetrando su culo, estirándola hasta un exquisito punto ardiente, mientras que Nick se retiraba de su coño, la textura del condón que llevaba picoteaba el interior de sus paredes más femeninas. Y luego revertirían sus maravillosamente torturadores golpes y sería Nick quien se hundiera en su calor mientras Aidan se retiraba lentamente de su ano.

Y entonces lo harían de nuevo. Y otra vez.

Y, Dios la ayudara, de nuevo.

Ella se aferraba a ambos, un puño anudado en el cabello en la nuca de Aidan, el otro en la de Nick. El codo de la estrella de rock todavía sostenía su pierna, todavía la sostenía inmóvil entre ellos, extendiendo sus pliegues para dar cabida a su famoso pene, equilibrándola para los profundos empujes de Aidan.

Gemidos y jadeos superficiales llenaban la habitación: los suyos, los de Aidan, y los de Nick. Detrás de ella, Aidan dejaba caer un montón de besos calientes sobre su mandíbula, su mejilla, su sien, con las manos acariciando su cuerpo mientras lo hacía, sus embestidas eran cada vez más rápidas. Ella gimió, la retorcida sensación de su pene en su culo inundó su coño con nuevo placer húmedo.

Delante de ella, Nick arrastró su mano libre hasta su caja torácica para capturar su pecho, su pulgar rodaba sobre su pezón hasta que ella jadeó. Una risita escapó de él, el sonido hizo eco con una propia de Aidan. Si ella no lo conociera mejor, podría creer que ellos estaban psíquicamente ligados. ¿De qué otra manera podrían moverse perfectamente juntos para hacerla sentir tan... tan... había siquiera una palabra para describir cómo se sentía?

—Oh... —suspiró ella, la creciente presión dentro de ella se volvía más pesada. Más apretada—. No puedo... esto es...



Aidan capturó su pecho con una mano grande, la fricción de sus dedos callosos en su suave carne la hicieron gemir de nuevo. Con Nick ahuecando un pecho y Aidan masajeando el otro, sus erecciones deslizándose dentro y fuera de ella, sus labios en su garganta, su cara...

—Sólo... —suplicó, su coño y su culo se contrajeron—. Oh, sólo...

—Jesús, te sientes tan apretada, nena. —Aidan gruñó en su oreja, pellizcando su pezón mientras sus palabras desollaban sus sentidos—. Tan apretada. Tan apretada y tan bien.

La última palabra lo dejó en un temblor interminable, su polla latiendo en su interior. Su enorme circunferencia estiró su ano y ella dejó escapar un grito ahogado. Sólo para que el sonido fuera capturado por la boca buscadora de Nick.

—Tan bueno —gruñó él contra sus labios antes de que su lengua invadiera su boca de nuevo. Su ritmo aumentó, cada golpe de su polla en su coño era más rápido, más profundo. La base de su polla se frotaba contra su clítoris, enviando fragmentos de abrasadora tensión en su centro.

El mundo comenzó a girar, su mente incapaz de comprender el placer concentrado siendo forjado sobre su cuerpo. Sus ojos se cerraron y ella dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el pecho de Aidan, su aliento desgarrándose de su garganta en suaves maullidos.

Ella estaba allí. Allí. Todo lo que tomaría sería uno más...

La lengua de Aidan se sumergió en su oído mientras sus ásperos dedos encontraban su clítoris.

—¡Oh Dios! —Ella corcoveó, su orgasmo detonó a través de ella como si fuera una bola de fuego—. ¡Oh Dios, sí, sí!

—Mierda, sí. —El gemido de Nick pasó sobre ella un segundo antes de sentir su polla tener un espasmo. El ritmo lo abandonó, sus embistes en su sexo se volvieron salvajes. Brutales. Echó hacia atrás la cabeza, arqueando la columna, su polla molía más fuerte su clítoris, incluso cuando los dedos de Aidan rodaban sobre el pequeño botón de carne.

Y entonces Aidan también se estaba corriendo, su respiración era entrecortada y apenas se contuvo; su semen llenaba el culo de McKenzie en gruesos chorros de placer. Sus manos se clavaron en sus caderas, sus empujes eran frenéticos.

—Cristo, Mack —se ahogó—. Yo no... nunca...

Pero antes de que las palabras se pudieran formar, otro orgasmo golpeó a McKenzie, seguido de otro. Gritó, todo el control de su cuerpo se perdió, toda fuerza despojada de sus músculos, excepto los que rodeaban



las punzantes longitudes de Aidan y Nick, y pronto, incluso eso era demasiado y se entregó al placer absoluto.

Durante un largo momento, ellos no se movieron. El corazón de Aidan golpeaba fuerte contra su espalda, el de Nick aporreaba contra su pecho. Los dos hombres la sostuvieron estrechamente, con un suave cambio de su brazo, Nick liberó su pierna de su codo y le permitió a su pie que regresara al suelo. Hubo un momento de pinchazos de calor cuando su sangre corrió a los dedos de su pie, la sensación se adhería a las olas de calor que irradiaban a través de ella, y luego se dejó caer sobre el pecho de Nick.

—Oh... —comenzó, con su garganta seca—. Vaya.

El cantante se rio de su muy elocuente exclamación, susurrada.

—Bueno, esa es una palabra que yo usaría.

—Increíble —murmuró Aidan, presionando sus labios en la parte de atrás de su cuello—. Esa es la palabra que este pobre bombero va a utilizar.

—Sí. —Nick se rió de nuevo, sus caderas se movieron lo suficiente para dejar que su eje gastado se deslizara fuera del aún palpitante sexo de McKenzie—. Estoy de acuerdo con eso también.

Dio un paso hacia atrás, dándole a McKenzie una lenta sonrisa.

—No te muevas.

Ella le dio un resoplido débil, dejando que su peso reposara contra la forma sólida de Aidan.

—¿Es una broma? No creo que pueda.

Aidan deslizó sus brazos más cómodamente alrededor de su cuerpo, sus manos con casi vacilante incertidumbre, se deslizaron sobre la parte inferior de sus pechos.

—Te tengo, nena.

El corazón de McKenzie revoloteó. Sí, lo hacía. En muchos niveles. Niveles que ella no imaginaba posible hacía sólo seis horas.

Nick los estudió a ambos, sus agudos ojos grises eran ilegibles en la tenue luz de la habitación, ¿a dónde había ido a parar el día?, antes de darse media vuelta y desaparecer en el cuarto de baño.

McKenzie cerró los ojos, contenta de estar parada contra la dureza de Aidan. El ritmo de su orgasmo se desvanecía, ¿no querrás decir orgasmos, Wood? todavía apretaba los músculos interiores de su sexo, enviaba suaves pulsos de delicioso placer a su cerebro. La parte superior de sus muslos estaban resbaladizos y mojados con los jugos pegajosos de su



clímax, una consecuencia totalmente carnal del sexo que nunca había disfrutado hasta este mismo momento.

—¿Te hice daño?

El murmullo bajo de Aidan en su oído le hizo volver la cabeza y levantar las cejas hacia él.

—Sí. —Ella sonrió, tocando con sus dedos su mandíbula—. Y se sintió condenadamente bien, así que no te atrevas a decir que lo sientes.

—Es la segunda vez que me dices que no me disculpe contigo hoy. —Él entrecerró los ojos—. Si sigues así voy a pensar que he sido demasiado amable contigo todos estos años.

Ella se echó a reír, la vibración se abrió camino a través de su cuerpo, recordándole que él todavía estaba enterrado en su culo. La realización envió un escalofrío a través de ella, pellizcando sus pezones y poniéndolos apretados.

Dios, me he convertido en una adicta a Aidan.

Su corazón latía más rápido ante la idea. Ella lo había hecho. Se sentía... correcto.

—Está bien. —La profunda voz de Nick retumbó ante ella y volvió su atención de nuevo al cantante, pero no antes de ver una ambigua tensión sobre el rostro de Aidan.

Algo cálido y húmedo acarició la unión de sus muslos y ella parpadeó, más que un poco sorprendida al descubrir que Nick estaba limpiando su sexo.

—Date la vuelta y dale al bombero un beso, McKenzie —ordenó.

Ella sonrió.

—Sí, señor.

Se retorció en los brazos de Aidan, la fricción de su eje deslizándose de su ano la hizo gemir. Un gemido se hizo eco en Aidan cuando ella se levantó de puntillas y alzó su cara hacia él.

—Bésame, Rog...

El resto de su nombre fue cortado por sus labios reclamándola, su lengua se sumergió en su boca mientras Nick enérgicamente, aunque suavemente, le limpiaba el trasero con la toallita.



Capítulo 6

— Ahora, no sé si alguno de ustedes se ha dado cuenta —dijo Nick detrás de McKenzie, a Aidan le tomó un segundo darse cuenta que él había terminado de atender la limpieza higiénica de ella—, pero nos perdimos el almuerzo. ¿Puedo sugerir que pasemos un tiempo en mi bungalow para una cena rápida antes de continuar esto donde lo dejamos?

Con mucha más reticencia de lo que esperaba, Aidan interrumpió su exploración de los labios de McKenzie. Quería probarlos de nuevo. No era capaz de conseguir suficiente de su suave calor moviéndose bajo el suyo.

Él la miró a la cara y preguntándose lo que ella diría, lo que Nick diría si anunciaba que estaba bastante satisfecho degustando los besos de McKenzie.

¿Qué iban a decir ambos si les dijera que no quería ir a ningún lado? ¿Ni siquiera para la gran fiesta en el Bar Evoke esta noche? Que bastante alegremente se quedaría aquí con McKenzie. ¿Sólo con McKenzie, para siempre?

McKenzie se le quedó mirando. Como si estuviera esperando a que dijera algo.

—Suenan bien —farfulló.

Idiota.

Antes de que pudiera retirarlo, Nick asintió y recogió sus ropas desechadas desde el suelo.

—Estoy presentándome esta noche en Evoke. —La estrella de rock metió sus piernas largas en sus pantalones vaqueros—. Pero todavía hay algo que tenemos que hacer antes de eso.

El corazón de Aidan golpeó un poco más fuerte.

Una quietud pareció reclamar a McKenzie mientras se volvió de frente al cantante.

—¿Qué es eso?

Nick le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Dónde estaría la diversión si te lo dijera?

Cogió las botas y se las echó al hombro, metiendo su camiseta en el bolsillo trasero de sus vaqueros ajustados, dejando su torso desnudo. Para Aidan, él nunca había parecido más la celebridad sexual.

Con otra sonrisa y un guiño a Aidan, se había ido, tarareando la canción. Aidan sabía que se estaba desarrollando en su alma en voz baja mientras se fue.

—Malditas celebridades —murmuró McKenzie, desenganchándose de los brazos de Aidan. Caminó descalza hacia su propia ropa descansando en un montón arrugado en el suelo—. Creen que el mundo se inclina ante sus caprichos.

Recuperando su propia ropa de sus ubicaciones dispersas, Aidan forzó una risa jovial de su pecho.

—Como que tengo la sensación que nosotros acabamos de hacerlo, Mack.

Ella no le respondió. En cambio, ella tiró de su camiseta sobre su cabeza y empujó sus piernas en sus pantalones cortos de mezclilla de corte blanco, pantalones cortos, que Aidan no podía negar, siempre lo había distraído.

—¿Aidan? —McKenzie levantó su atención de su bragueta, dándole una mirada curiosa sobre su hombro.

Él sonrió, cerrando su bragueta.

—¿Sí?

—¿Por qué finalmente decidiste mostrarme cómo te sentías?

La pregunta no era la que él estaba esperando. Parpadeó, un pesado nudo balanceándose en su estómago. ¿Cómo respondía esto?

Su vacilación debe haber sido suficiente para desencadenar la perspicaz mente de periodista de McKenzie. Entrecerrando los ojos, ella se volvió hacia él, cruzando los brazos sobre sus pechos, su expresión parte expectante, parte impaciente.

—¿Y bien?

Aidan tragó, un tornado de colores y sonidos y olores asaltándolo, grises y negros, el crujido y siseo de madera incinerándose, el hedor de la carne quemada... Si no hubiera sido por su gran resistencia y un compañero bombero...

Dejó escapar un suspiro, sabiendo exactamente cómo McKenzie iba a reaccionar.



—Casi muero en el incendio que destruyó el Ayuntamiento de Newcastle.

Su rostro palideció.

—¿Tú qué?

Las palabras brotaron de ella en un susurro ahogado, con los ojos cada vez más amplios.

—No te lo dije porque no quería que...

—Si dices preocupar... —ella lo interrumpió, con los brazos cayendo de su pecho, sus ojos tormentosos—... golpearé la mierda fuera de ti.

Aidan se rió, una risa irónica que sabía que la iba a enojar aún más.

—Está bien. —Cogió su camisa que colgaba precariamente del borde del escritorio de la suite—. No quería que enloquecieras, ¿Qué tal eso?

McKenzie se dejó caer en los pies de la cama, como si su declaración le hubiera robado la fuerza a su cuerpo. Ella sacudió la cabeza, su mirada trabada en su cara, las cejas tirando juntas en un ceño profundo. ¿O era una mueca?

—Detalles. Quiero detalles. Ahora.

Dejando escapar un suspiro, Aidan deslizó un brazo y luego el otro dentro de su camisa, pasándola por encima de su cabeza y por su torso.

—No hay mucho que decir, Mack. —Él se acercó a ella, deteniéndose una escasa pulgada antes de sus rodillas dobladas y arrodillándose en cuclillas—. Una viga de soporte se derrumbó mientras yo estaba debajo de ella. Durante un tiempo, estaba usando la segunda planta de sombrero. Aplastó las vías respiratorias en mi equipo y yo no estaba respirando otra cosa que el humo hasta que me desmayé. Beaso me encontró bajo los escombros y me sacó. —Se encogió de hombros—. Tan lejos como los accidentes en el sitio van, fue bastante tranquilo.

El trueno en sus ojos creció más enojada. “¿No pasó nada?”

Aidan soltó otro suspiro, alisando sus manos en la parte superior de sus muslos. Sus músculos se tensaron bajo sus palmas y ella alejó las piernas de su toque, mirándolo.

Uh-oh.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella, y su pecho se tensó ante la ira controlada en su voz—. ¿Es por eso que no podía ponerme en contacto contigo durante esos cuatro días? —Su mandíbula se apretó—. ¿Esos cuatro días en que me dijiste que estabas en un entrenamiento llevándose a cabo en la costa?



Él no respondió.

Ella lo miró fijamente.

—¿Estabas en el hospital?

Jesús, Rogers. Probablemente deberías habérselo dicho antes.

La ira en sus ojos se volvió sísmica. Y helada. Ella se puso de pie, el movimiento brusco lo envió tambaleándose hacia atrás. Aterrizó en su trasero, con sus codos golpeando el suelo, un segundo antes de que ella pisara sobre él y atravesara hecha una furia la habitación.

—¿Estuviste en el hospital, casi muerto, y no me lo dijiste? —Su voz se quebró en la palabra *me*—. ¿Estuviste en un jodido hospital y no me lo dijiste?

Él se puso de pie, observándola caminar de ida y vuelta en una línea corta en frente de un gran televisor de pantalla plana de la suite. Sí, probablemente debería habérselo dicho antes. Ella giró hacia él, con los puños apretados, la furia grabada en su rostro.

—Tú imbécil egoísta —gruñó ella, caminando hacia él de nuevo—. ¿Qué pensaste que haría? ¿Llorar en tu pecho y rogarle a Dios que no te llevara? —Se detuvo directamente delante de él, con la barbilla inclinada hacia arriba, mirándolo firmemente en su lugar—. Ir toda miedosa y llorona y estallar en...

Ella se echó a llorar. Sólo así.

—¡Oye! —Aidan estaba impactado. No, más que impactado. Aturdido.

No podía recordar la última vez que había visto llorar a Mack. ¿Tal vez cuando Lachlan Wilson la llamó "*puta fría*" porque ella no le dio nada en el baile de la escuela? ¿Qué edad tenían cuando eso sucedió? ¿Dieciséis?

—Oye, oye, oye.

Dio un paso adelante, envolviendo sus brazos alrededor de su espalda y tirando de ella en su cuerpo. Ella luchó contra él, tratando de zafarse de su abrazo, aun quejándose de él siendo un imbécil, declarando con bastante firmeza mientras hipaba alrededor de sus lágrimas que lo odiaba y deseaba haber sabido que él estaba en el hospital para que ella pudiera haber llegado a su habitación y cambiado su expediente que dijera "*castración requerida*". Y en entre todas las bravatas de pies y pisotones repetía:

—Dios, te odio, Rogers, de verdad te odio. —Su lucha por escapar de su agarre se convirtió en ella apretándose más cerca de su cuerpo, con la



mejilla apoyada en su pecho, sus brazos rodeando su cintura—. ¿Qué pasa si te perdía antes de saberlo? —se escapó de ella en un suave suspiro.

—¿Saber qué? —preguntó él, sus labios contra la parte superior de su cabeza, su pelo como la seda fresca en su cara caliente.

—¿Acerca de esto?

Cerró los ojos, queriendo simplemente preguntarle lo que esto significaba.

Él la amaba. No tenía ninguna duda de eso. Sin condiciones ni reservas. Pero ella todavía tenía que pronunciar la palabra con A y él no quería presionarla, no después de la forma en que acababa reaccionar a la revelación de que había estado a punto de perder la vida. Arriesgar su vida todos los días venía con toda la descripción del trabajo de bombero, pero ¿arriesgar a McKenzie...

Él exhaló una respiración lenta, absorbiendo el sutil aroma de su jabón limpio, shampoo afrutado y perfume almizclado en su alma. ¿Fue lo que acababan de hacer aquí, en la isla, más peligroso que lo que hacía cada día de trabajo?

¿Qué pasaría después de que Nick Blackthorne dejara sus vidas y sólo fueran ellos dos de nuevo? ¿Aidan el bombero y Mack la periodista? ¿Qué pasaba entonces?

¿Qué sucede si Nick no quiere irse, Rogers?

¿Qué pasa si él decide que quiere a McKenzie para sí mismo? ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo compites con la estrella de rock más grande del mundo, con una polla del tamaño de un rinoceronte?

Un escalofrío lo desgarró. Un segundo antes que una fuerte palmada lo golpeará en el hombro.

—¡Oye! —Él se apartó, mirando hacia abajo a la cara alzada de McKenzie—. ¿Por qué fue eso esta vez?

—Por ser un idiota. —Ella frunció el ceño—. La próxima vez que decidas probar y usar un edificio como sombrero, recuerda esa bofetada, ¿de acuerdo?

Él se echó a reír. No podía evitarlo.

—Voy a intentarlo.

Él sonrió, acurrucándose aún más cerca de su cuerpo, sus manos ahuecando su trasero con un suave apretón. Su polla tembló en sus pantalones cargo, más que feliz de seguir con las caricias.

Ella frunció el ceño un poco más fuerte.



—Hazlo.

Antes que pudiera detenerse, y ¿por qué iba a hacerlo? Él bajó la cabeza y rozó sus labios sobre los de ella.

—¿Alguien le ha dicho que es un poco agresiva, Srta. Wood?, —murmuró él, apretando su culo de nuevo mientras rodó sus caderas hacia delante.

Ella lo miró, con las manos descansando sobre su pecho, sus labios separados. El silencio se extendió entre ellos, pesado, espeso. Se tocó con la punta de la lengua su labio inferior y sus ojos se abrieron, como si hubiera dado cuenta de algo muy, muy importante.

—Yo...

El teléfono de la habitación sonó.

Tenía que estar malditamente bromeando.

Un gesto ambiguo revoloteó por la cara de McKenzie y, con un suave empujón, se desenredó de los brazos de Aidan y cruzó la habitación. Dejándolo de pie e inmóvil, su polla rígida y su corazón latiendo más fuerte que nunca. Mordiéndose el labio inferior, McKenzie cogió la parte superior del teléfono de la base y la apretó contra su oreja.

—Hol...

—¿Qué demonios estás haciendo?

Kylie gritó en el otro extremo de la línea, la voz normalmente suave y cadenciosa estaba lejos de serlo ahora. McKenzie se estremeció, alejando el teléfono un poco de su oído. Maldición, ella había olvidado cuán fuerte su amiga podía chillar.

—¿Qué estoy haciendo?

Ella frunció el ceño, volviéndose a Aidan. Se quedó mirándolo, todo su masivo y amplio pecho, esculpido sixpack y magras caderas. Demonios, incluso el tatuaje debajo de su camisa hizo a su sexo contraerse, su cuerpo ardiente era la metáfora perfecta de como la hacía sentir, en llamas.

Que es por lo que estabas a punto de...

—Me acaba de informar uno de mis personales —Kylie continuó, asumiendo un tono muy tenso y mucho más serio que cualquiera que McKenzie le había oído usar—, que un periodista de Goss Weekly ha estado acosando a Nick Blackthorne.

McKenzie se echó a reír.

—Oh, eso.



—Sí, eso —Kylie espetó, y McKenzie se estremeció de nuevo—. Te invité aquí como mi amiga, Mack, no como una maldita periodista por la revista de mierda para la que trabajas. —Las palabras tropezaron unas sobre otras, la ira de Kylie convirtió a cada una en un informe afilado—. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que fue, incluso llegar a hablar con el agente de Blackthorne? ¿Y tú vas a tirar este truco en mí?

—No, no es así, Ky —dijo McKenzie rápidamente, la ira de su amiga creciendo como un golpe en el estómago—. Me acosté con él.

El silencio saludó a su declaración. Ni siquiera el sonido de la respiración de Kylie se oía. McKenzie se lamió los labios, su mirada moviéndose a Aidan, viéndolo observarla.

—No he estado acosándolo —continuó, la falta completa de respuesta de Kylie desconcertándola—. Bueno, no desde la primera vez me acerqué a él, y luego Aidan me detuvo de...

—Espera un minuto —Kylie la interrumpió, y McKenzie casi podía ver a su amiga en el otro extremo de la línea, con los ojos entrecerrados como siempre hacía cuando estaba procesando la información que no podía creer posible, con la cabeza inclinada a un lado sólo un poco—. ¿Me estás diciendo que tuviste sexo con Nick Blackthorne?

McKenzie asintió, una estupidez, dado Kylie no podía verla, pero un reflejo de lo mismo.

—Sí.

Más silencio. Seguido por Kylie diciendo:

—¡Estúpida vaca!

Las cejas de McKenzie se dispararon hasta su frente.

—¿Perdón?

—No puedo creer que hayas hecho eso. —Su voz no era sólo enojada esta vez; era decepcionada—. ¿Por qué mierda creíste que específicamente te dije que trajeras Aidan a la isla? Maldita sea, Mack. Era porque pensaba que el romance de la isla finalmente te haría ver... que finalmente haría que te des cuenta de lo desesperadamente que él...

—Aidan estaba allí.

La declaración apresurada de McKenzie calló a Kylie. Volando.

—Tuve mi primer trío. —McKenzie sonrió, sosteniendo la mirada de Aidan con la suya. Su coño se contrajo, su vientre se retorció con una sensación apretada que reconoció demasiado bien, excitación. Excitación por el hombre de pie observándola. Cristo, él la hacía cachonda.



—Espera, espera, espera. —La voz de Kylie no podía creerlo—. ¿Tuviste relaciones sexuales con Aidan?

La sensación retorciéndose en el estómago de McKenzie se hizo más insistente, hundiéndose en la cálida unión de sus muslos.

Sus pezones apretados tensos, la reacción momentánea llamando la atención de Aidan por una fracción de segundo. Sus fosas nasales se abrieron y él le devolvió su mirada a su rostro, el deseo hambriento ardiendo en sus ojos.

McKenzie asintió de nuevo, su pulso latiendo más rápido.

—Sí.

—¿Aidan Rogers? —Kylie preguntó por la línea telefónica—. ¿Bombero del año de Nueva Gales del Sur? Metro noventa, construido-como-un-bloque-de-ladrillos-de-oficina Aidan Rogers?

El sexo de McKenzie se contrajo, el sentimiento de la excitación serpenteando por su cuerpo convirtiéndolo en algo más. Algo mucho más desenfrenado.

—Sí, Aidan. Y Nick Blackthorne.

—¿Aidan Rogers? —preguntó Kylie, haciendo caso omiso de la inclusión del cantante—. ¿Tu mejor amigo? ¿El hombre que has conocido prácticamente por siempre? ¿El hombre que una vez golpeo al capitán de la escuela por decir que tenías un culo follable? ¿Ese Aidan Rogers?

McKenzie sonrió, su sexo revoloteando un poco más. Si Kylie iba a decirle que era una idiota por hacer una cosa así, McKenzie iba a decirle a su amiga que se lo metiera por el culo.

—Sí. Ese Aidan Rogers.

Una vez más, el silencio llenó la conexión.

Las cejas de McKenzie se unieron en un ceño ligeramente fruncido. Ella miró a Aidan, su expresión desconcertada. Y sólo un poco preocupada. En cualquier momento él iba a acercarse y tomar el teléfono de ella, podía verlo en sus ojos y la forma en que sus músculos se contrajeron debajo de la camisa.

—¿Estás jodidamente bromeando? —Kylie repente estalló—. ¡Oh, Dios mío! —Ella se echó a reír, los repiques desenfrenados de júbilo forzando a McKenzie a sacudir el teléfono lejos en un esfuerzo por preservar la integridad de su delicado tímpano—. ¡Ya era malditamente hora!

Un pesado golpe aporreo la garganta de McKenzie. Maldita sea, ¿acaso todo el mundo sabe cómo Aidan se sentía por ella, excepto ella?

Jesús, ¿Cuan ignorante y ciega podría estar?



Colocó el teléfono de vuelta en su oreja, sus labios curvándose en una amplia sonrisa.

—No estoy bromeando —dijo, mirando a Aidan caminar hacia ella. Lo miró, con los labios entreabiertos mientras se detuvo directamente ante ella, sus muslos acariciando los de ella, sus ojos no sólo ardiendo con deseo, sino positivamente en llamas.

Deseo. Por ella. Poderoso, deseo innegable. Maldita sea, ¿cómo podría haberlo pasado por alto?

—¿Fue bueno? —Kylie pregunto efusivamente, su emoción vibrando a través de la conexión—. Dime que fue bueno. Dime que fue increíble. Oh, Dios mío, dime que vas a hacerlo otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Con una pequeña sonrisa torcida, Aidan alargó la mano y tomó el teléfono de los dedos de McKenzie, elevándolo a su oreja.

—Y otra vez —dijo él en el micrófono, su voz un estruendo profundo que envió un fragmento de electricidad al húmedo núcleo de McKenzie—. Ahora nos disculpas, ¿verdad Kylie? Hay un lugar al que tengo que llevar a Mack. Y algo que tengo que hacerle. Otra vez.

Y mientras el chirrido de placer de Kylie explotó a través de la conexión, Aidan tiró el teléfono por encima de su hombro y bajó su cabeza, su aliento mezclándose con el de McKenzie mientras sus labios rozaron la de ella.

—¿Lista?

Estaba lista. Más que lista. Cuando se trataba de Aidan, ¿cómo podría alguna vez no estarlo? ¿Entonces por qué se anudaba su estómago? ¿Por qué se estaba sintiendo... nerviosa?

Porque esto no es sólo un simple festival de folladas, Mack, y tú lo sabes. Lo que significa que es otra cosa. Algo más. Pero con Nick Blackthorne en la ecuación, con él esperándolos a ambos en su bungalow, con ustedes dos dirigiéndose allí ahora... ¿en qué convierte ese "algo más"? ¿En qué? ¿En qué?

Ella no lo sabía y ese no saber la asustaba. Ella debería saber. Infierno, Aidan no era algo desconocido. Él era su mejor amigo. Él era su roca, su mundo, su apoyo.

Él era lo que ponía una sonrisa en su cara y ahuyentaba las lágrimas cuando la vida la ponía triste. Pero ese era el viejo Aidan, el pre-trío Aidan. ¿Y si ese Aidan se había ido? ¿Perdido para ella a causa de lo que habían compartido?

Y si ese fuera el caso, ¿Quién era el Aidan con ella ahora? Ahora que lo pensaba, ¿quién era ella ahora? ¿Podrían ellos alguna vez superar lo



que había sucedido en esta habitación? ¿Siquiera Aidan incluso quería? ¿Ella Incluso? ¿Quería ella ir al bungalow de Nick? Con el placer irrefutable esperándola allí, ¿cómo no iba a hacerlo? ¿Pero era el placer de dos hombres adorando su cuerpo, o simplemente el placer de Aidan, sólo Aidan?

Su vientre se anudó de nuevo. Oh Dios. Demasiadas preguntas sin respuesta. Odiaba preguntas sin respuesta. Las odiaba.

Entonces encuentra las respuestas.

Los labios de Aidan se movieron sobre los de ella, no un beso, sino una caricia suave y dolorosamente dulce.

—¿Nos vamos?

Dile a Aidan que quieres quedarte aquí. Dile que quieres quedarte aquí y hacerle el amor a él y sólo a él. Dile que lo am...

—Nick probablemente está esperándonos.

Una calma adormecida cayó sobre su cuerpo. Nunca se había sentido tan confundida. Cuando debería sentirse tan condenadamente maravillosa, ella nunca se había sentido tan jodidamente confundida. Se estaba balanceando en el borde de un precipicio abierto envuelta en preguntas sin respuesta y no tenía ni idea de si iba a caer...

Entonces retrocede del borde por un momento, Mack.

Retrocede.

El vientre de McKenzie dio un giro de ciento ochenta grados y ella inhaló una respiración constante, cerrando los ojos y apoyándose en el pecho de Aidan por un instante antes de empujarse de su cuerpo. Necesitaba espacio. Necesitaba tiempo. Alguna manera de ganar un poco de perspectiva, pero ¿cómo iba a conseguir ese espacio, tiempo y perspectiva con Aidan a su lado? ¿Y con Nick esperando?

—Tienes razón, Aidan. —Ella le dio una sonrisa lenta—. Él probablemente lo está. Pero tengo que ir a dar un paseo primero.

Un destello de preocupación se grabó entre las cejas de Aidan, un pliegue profundo que rara vez vio en su rostro, pero reconoció de igual manera. Él quería preguntarle más, ella podía decirlo por la forma en que él la miraba. Pero no lo hizo. Él todavía era Aidan, después de todo. Ella pudo haber descubierto que él era su fantasía sexual más profunda e incluso la más profunda fantasía de su alma. Él pudo haber compartido la experiencia sexual más increíble de su vida con ella, pero seguía siendo Aidan. Incluso si este nuevo Aidan post-trío era diferente, Aidan, su mejor amigo, sabía cuándo presionar y cuándo dejarle tener algo de cuerda, y ahora mismo, ella necesitaba un poco de cuerda.

Sólo lo suficiente para caminar a través de los terrenos del complejo y despejar su cabeza.

—Sólo dame unos minutos, ¿de acuerdo? —Ella apoyó sus manos en su pecho. Su corazón latía bajo su palma derecha, un ritmo de tamborileo que vibraba directamente en su propio cuerpo.

Él la estudió, su mirada firme, antes de dar un solo asentimiento de cabeza.

—¿Dónde debo reunirme contigo?

Aquí.

Ella quería decirlo. Ella realmente lo quería. Quería decir, "Aquí, sólo tú y yo", pero no era lo suficientemente valiente. Porque ¿qué si solo "ella y él" ya no funciona más después de lo que habían compartido con Nick?, ¿y si lo que ella y Aidan acababan de descubrir estaba ahora... contaminado? ¿Qué haría ahora?

Y ahí lo tienes, aún más malditas preguntas, Mack. Tienes que ir a pensar en lo que vas a hacer si las respuestas a todas estas preguntas no son las que quieres que sean.

Con otra sonrisa, esta vez más pequeña y mucho más irónica, se deslizó de su abrazo y caminó hacia la puerta.

—Te veré en el bungalow de Nick.

La manzana de Adán de Aidan sacudió de arriba abajo en la garganta, pero no dijo una palabra. Ni una sola. Ni siquiera cuando dio la vuelta al picaporte, abrió la puerta y lo dejó de pie solo.

El aire de la tarde caía sobre su cuerpo, curvándose alrededor de sus piernas y brazos desnudos en una caricia cálida y húmeda. Ella lo arrastró a sus pulmones en un suspiro largo y lento, contando hasta diez mientras lo hacía.

¿Cuándo se había vuelto tan cobarde? Maldita sea, se suponía que debía ser una periodista valiente, por amor de Dios. Ella había acosado a actores que consumen drogas, políticos que engañan a sus esposas y autores adictos a las bailarinas en su tiempo en Goss. Infiernos, sólo que esta mañana se había acercado a la más famosa estrella de rock del mundo para preguntarle acerca de su sexualidad. ¿Por qué no podía mirar a su mejor amigo a los ojos, decirle exactamente lo que sentía por él y preguntarle cómo se sentía acerca de ella? ¿Cómo, realmente se sentía acerca de ella? Ella sabía que él la deseaba sexualmente, ¿pero era solo eso? ¿Eran amigos con beneficios ahora?

Dios, Mack, ¿enserio? ¿Es eso lo que te preocupa? ¿El sexo? ¿Sólo el sexo?



No, no lo era. Era más. Era una vida que se desarrollaba frente a ella con el lugar de Aidan sin estar claro. Eso era un futuro que no había nunca, nunca vislumbrado antes y que la asustaba mortalmente.

Se alejó de la suite, en dirección a la playa.

Los sonidos del complejo flotaban a su alrededor, el murmullo de la gente disfrutando del lujo enlazado a través del susurro de la brisa costeras en los exuberantes jardines y el silbido suave de las olas cerca de la arena.

Ella dejó escapar otra respiración entrecortada, sus pies descalzos llevándola más lejos de su habitación y el hombre dentro de ella. Kylie había querido que este lugar fuera algo mágico para ella y Aidan, y lo era. Realmente lo era. Pero, ¿qué pasaba si esa magia no seguía de vuelta a tierra firme? ¿Sería capaz de volver con ellos a Newcastle y su vida normal cuando la memoria de la participación de Nick en esa magia los ensombreciera?

¿Quién dice que lo haría?

Hizo una mueca. Ella lo hacía. Cada vez que una de las canciones de Nick sonara por la radio ella sería arrastrada al momento en que ambos hombres poseían su cuerpo, y no dudó que Aidan también lo sería. ¿Sobrevivirían a eso? ¿O todo, todo se derrumbaría? ¿Qué haría ella si eso sucedía? ¿Cómo iba a vivir cada día sin Aidan en su mundo, incluso “sólo su amigo” Aidan? Él había estado allí durante tanto tiempo, no podía imaginar una vida sin él. Ella sabía que quería más de lo que habían tenido antes, su corazón lo sabía, su alma lo sabía y su cuerpo lo sabía, pero ¿qué demonios iba a hacer si ni siquiera eso estaba allí para ella por más tiempo?

El beso de seda fresca de la arena a través de sus dedos envió un escalofrío por su columna y ella se detuvo, contemplando la belleza absoluta del Océano Pacífico frente a ella. El agua estaba en calma, el sol poniente convirtiendo las olas en un profundo índigo púrpura, la espuma rompiendo en cada una de color rosa dorado.

Las parejas paseaban por la arena blanca, de la mano o con los brazos envueltos alrededor de las cinturas, las caderas acariciando las caderas mientras se abrían camino deambulando a lo que la felicidad les deparaba.

McKenzie cerró los ojos a la vista de toda esa paz y belleza, sintiéndose aún más inestable. ¿Qué estaba mal con ella?

—¿Debo recordarte, que no se puede navegar para salvarte tú misma?



La voz de Mason detrás de ella hizo a McKenzie saltar y se giró para mirar a su gemelo, su corazón latía demasiado rápido en su garganta.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le espetó ella, dándole una mirada con los ojos entrecerrados—. ¿No estabas destinado a estar fuera en ese cubo de óxido que tú y Trent llaman un barco?

Las mejillas de Mason parecían llenarse con un cálido tinte rosa, o tal vez eran los rayos del sol hundiéndose los que proyectan en su tal luz ruborizada. De cualquier manera, él le lanzó una sonrisa un tanto tímida, la acción toda contraria a Manson.

—Sí, bueno, con seis meses de estar en el *Pleasure* por delante de nosotros, estoy en cierta forma dejando mis piernas en tierra la mayor parte mientras pueda.

McKenzie arqueó una ceja, la respuesta pasiva de su hermano era aún menos característica de Mason que su sonrisa.

—¿Por qué siento que no me estás diciendo algo? —Ella entrecerró los ojos en los de él de nuevo—. ¿Estás haciendo algo por lo que mamá tendrá que enloquecer?

Mason resopló, sus manos encontrando su pelo y estirando las gruesas ondas rubias oscuras.

—Probablemente se podría decir eso.

—Oh, genial. —McKenzie se retorció—. ¿Puedo decirle?

Como respuesta, Mason le dio su propia mirada intensa.

—¿Quieres decirme por qué estás aquí de pie boquiabierta hacia las olas sola? ¿Dónde está Rogers?

Con el nombre de Aidan, el vientre de McKenzie hizo otro pequeño giro. Y su coño dio un ligero aleteo apretado. Ella dejó escapar un suspiro, girándose de nuevo a la impresionante belleza de la playa.

Detrás de ella, el complejo parecía asentarse en la noche acercándose, el sonido lejano de alguien diciendo “uno-dos-uno-dos” en un micrófono salpicando los sonidos más reconocibles de aves exóticas llamando a sus parejas ausentes.

—¿Alguna vez has hecho algo completamente imprudente y loco y francamente surrealista, y luego pensaste, mierda santa, ¿qué hago ahora?

Su hermano volvió a resoplar.

—Cada maldito día de mi vida en los últimos tiempos.



McKenzie le lanzó una mirada de reojo. Tenía la mandíbula apretada, su mirada fija en las olas. Ella reprimió una risita irónica. Típico. El día que ella va y consigue joderse ella sola, Mason lo decidió también. No es extraño que sus otros hermanos siempre se quejaran de *"su mierda de miedo de gemelos"*.

Ella le dio un codazo a su hombro con el de ella.

—¿Estás bien?

Mason hizo una mueca.

—Nope. ¿Tú?

Ella se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Nope. ¿Quieres decirme sobre ello?

Se echó a reír, a cambio, empujando su hombro de vuelta con una fracción más de fuerza.

—Todavía no. ¿Tú?

—De ninguna manera. Eso sería demasiado raro.

Ella sonrió, la presencia de Mason se filtraba en la aprehensión sin resolver royendo sus huesos. Si había otra persona en este planeta en que podía confiar aparte de Aidan era Mason.

Su gemelo, sin embargo, no la hizo pensar en cosas sucias. O cálidos pensamientos de felices para siempre.

—¿Crees que es posible que los mejores amigos puedan compartir todo, Mase? ¿Cómo, todo?

—¿Estás leyendo mi mente otra vez, girly-girl? —El uso de su apodo especial de la infancia de McKenzie hizo a su garganta apretarse. Él no la había llamado girly-girl desde que tenían doce, desde que lo había paralizado para que dejara de hacerlo. ¿Por qué había hecho eso? Ella no podía recordarlo ahora—. Creo que los mejores amigos deben saber lo que puede compartirse y lo que no puede, no importa lo que el resto del mundo piensa.

McKenzie apretó los dientes y arrugó la cara.

—No me estás ayudando aquí, hermano.

Él le levantó una mirada.

—¿Tú y Rogers tienen problemas?

La pregunta de Mason estrujó un suspiro irregular de su pecho.

—Depende de tu definición de "problemas".

—¿Lo amas?

Su boca cayó abierta.

—¿Amor?

Mason puso los ojos.

—Oh, hermanita vamos. He visto la forma en que te mira. Todos lo hacemos. Ha estado enamorado de ti por malditamente siempre. Y, honestamente, he visto la manera en que lo miras también. No era tan obvio, pero estaba allí, una forma de afecto más allá de un simple amigo. Así que te pregunto de nuevo, ¿lo amas?

McKenzie tragó. No esperaba eso de su hermano, pero entonces, no había esperado nada de lo que había sucedido hasta ahora desde que puso un pie en esta isla.

—Yo... yo... —El resto de su respuesta quedó atrapado en su garganta, las consecuencias de su respuesta demasiado alarmantes a considerar.

Él le dirigió una mirada mordaz.

—Aidan es tu mejor amigo por una razón, hermanita. Infiernos, él es el único que conozco al que le permites presionarte alrededor, y para ser honesto, él es el único que conozco que te dejaría presionarlo alrededor. Él ha estado viendo por tu corazón desde el día en que te conoció, manteniéndolo en esas malditas enormes manos suyas y asegurándose que nadie le haga daño. Él haría cualquier cosa por ti, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Pero ¿qué pasa si no sé lo que “cualquier cosa” es en este momento?

Mason se volvió hacia las olas, su mirada se centró en las suaves olas como si la respuesta a su pregunta estuviera montándolas.

—Creo que, cuando todo se reduce a eso, un mejor amigo sabe más sobre lo que es correcto para ti que tú. —Volvió su atención a ella, realmente mirándola—. Es por eso que es tu mejor amigo, ¿no?

McKenzie lo miró de regreso, a la cara tan parecida a la de ella y sin embargo tan diferente.

—Sí. Ese es exactamente el por qué.

Un ritmo pesado golpeó en la sien. Aidan era su mejor amigo, pero igual de importante, ella era la de él. Él pudo haber sostenido su corazón en sus manos, pero ella había estado malditamente sosteniendo el de él en las suyas durante todo el tiempo que podía recordar, también. Y seguro como la mierda, no iba a dejarlo ir ahora. No cuando ella finalmente se había dado cuenta de lo malditamente bien que se sentía allí. ¿Y en cuanto a la “cualquier cosa”? Ella sabía exactamente lo que quería que “cualquier cosa” sea, Aidan en su vida. No sólo como su amigo, sino como



su amante, y si Nick Blackthorne era el juguete sexual de moda, mientras estaban en la isla, ella estaba bien con eso. Cuando ella y Aidan volvieran a casa a Newcastle, ellos simplemente irían a comprar uno diferente, ¿quizás algunas esposas? ¿O un consolador de vidrio? ¿O uno de esos vibradores en forma de U de moda dirigidos a parejas? ¿Tal vez las tres cosas? Tal vez nada en absoluto.

No importaría porque se tendrían entre sí.

—Tu mejor amigo nunca jamás hará cualquier cosa mal para ti, Mack.
—Mason le dio un empujón a su hombro con el suyo otra vez—. Aidan moriría antes de hacerlo.

Con un grito ahogado, McKenzie se lanzó hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello, y le dio un agarrón apretado.

—Gracias, hermano —le susurró al oído, una cálida presión sosteniendo su pecho una fracción de segundo antes de que ella estrellará un sonoro beso en su mejilla.

—Ascoooo —gimió, luchando por sus muñecas con sus manos—. ¡Gérmenes de chica!

Ella se echó a reír, saltó hacia atrás lejos de él, la arena como satén fresco entre sus dedos.

—Friki.

Él le sonrió, sus dientes blancos destellando a la luz malva del anochecer.

—Lunática.

Bailó un paso hacia atrás, su pulso golpeando en su cuello, su coño pesado con un apretón de deseo.

—Me tengo que ir.

La sonrisa de Mason se extendió más amplia.

—¿Vas a hacer algo imprudente y loco?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Y totalmente surrealista. ¿Tú?

Él se echó a reír.

—Oh, es mejor que lo creas.



Capítulo 7

— *Una cara de un ángel con la mente sucia* —cantaba Nick en voz baja, estudiando del suave líquido ámbar en el vaso de cristal en su mano—. *Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos.*

Las palabras cargaron a través de él, al igual que la energía eléctrica de una tormenta de verano, chisporroteando a través del nebuloso aire bañado de eucalipto, haciendo que se le acelerara el pulso y el aliento se convirtiera en jadeos superficiales. Era embriagador. Potente.

Sostuvo su vaso más cerca de su rostro, mirando las olas balancearse besando la arena blanca más allá del balcón este, de su bungalow privado a través del whisky quieto.

—*Sin embargo, los brazos de su amante se estiran por más* —siguió cantando en un murmullo, cerrando los ojos, la polla ya medio erecta, tenía espasmos en sus pantalones vaqueros—. *Como un pecador voy a arder en el fuego de él. Moriré en el fuego de él mientras ella suplica por...*

—No creo que venga.

La voz baja de Aidan, hablada desde la puerta del balcón, abrió los ojos de Nick y él levantó la copa a sus labios, tragando el whisky, el primero desde Alemania, de un solo trago. El licor quemó su camino a través de su garganta, un río de calor que no hizo nada para aliviar los nervios inestables revoloteando en su estómago. Mucho más en su canción por encontrar, por sentir... Mucho más de esta aún oculta en la niebla.

Dejando escapar una respiración suave, se volvió hacia el enorme hombre ahora de pie junto a él, dándole una lenta sonrisa.

—Ella va a venir.

Aidan no parecía muy convencido. Los músculos en su considerable cuerpo se tensaron y se volvió para mirar a la puerta principal.

—Ella estará aquí, Aidan —dijo Nick, asimilando la enrollada fuerza del hombre y la taciturna aprehensión.

Los taciturnos ojos verdes se volvieron hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te ama.

Ante la simple declaración de Nick, Aidan dejó escapar un suspiro irregular.

—Ella no me ha dicho eso.

Nick se rió entre dientes, desplegándose de su asiento y colocando su mano en el ancho hombro de Aidan. Había visto al tipo en pelotas, él había sido testigo de su increíble fuerza y poder, pero al sentir los músculos de Aidan bajo su palma, como mármol cincelado, otra ola de impresionante apreciación rodó a través de él. La forma masculina nunca lo había encendido antes, pero era imposible no quedar impresionado con la pura masculinidad de Aidan.

—Sus ojos te lo han dicho, amigo. —Fijó Aidan con una mirada firme—. Confía en mí, ella estará aquí. Te ama.

Aidan lo estudió, líneas de duda se grabaron a ambos lados de sus ojos.

—Maldición, la cagué. —Se pasó las manos por el cabello mientras se volvía hacia la puerta—. Debería haberle dicho...

Un suave golpe en la puerta de entrada lo silenció.

El corazón de Nick saltó a su garganta. Su pulso se duplicó. Se puso de pie y miró la puerta cerrada de la cabaña, el nudo en su estómago se retorció con más fuerza. Había dos posibilidades a lo que le esperaba en el otro lado y tan egoísta como era, anhelaba por sólo una de ellas: McKenzie Wood cruzaría el umbral y él encontraría el final de su canción. La otra era demasiado sombría para considerar: le diría a Nick que no quería tener nada que ver con él de nuevo.

El golpe vino de nuevo, más suave esta vez.

Le disparó a Aidan un vistazo rápido y encontró al hombre de pie inmóvil.

—¿Quieres responder, o lo hago yo?

Con un sobresalto, Aidan se movió, sus músculos aglutinados se enrollaban y flexionaban mientras caminaba hacia la puerta. Nick lo miró envolver sus largos dedos callosos alrededor del pomo de la puerta, lo observó girar la muñeca, observó su hombro moviéndose cuando abría la puerta.

Un tembloroso suspiro escapó de Nick cuando McKenzie dio un paso por el umbral, cerró la puerta detrás de ella con su planta y deslizó el suave vestido recto y negro que llevaba puesto, fuera de sus hombros.



Cayó en un charco de tinta de material a sus pies, pero Nick en realidad no se dio cuenta. No cuando ella estaba de pie delante de Aidan usando nada más que una pequeña tanga de encaje negro y delicados stilletos de charol negro. No cuando sus pechos se elevaban y caían con tal perfección sublime, sus pezones rosados fruncidos en puntas duras, su forma cremosa hinchada con placer anticipado.

No cuando ella miró a Aidan y le dijo:

—Y quiero rogar, pero no puedo encontrar las palabras.

La letra de la primera canción de amor de Nick, una canción que escribió para la diosa que hace tiempo era dueña de su corazón, arponeó su alma. La canción que McKenzie había seleccionado cuando había llegado a ellos y les había pedido ser parte de su rapto.

Caminó hacia los dos amantes, recogiendo la bufanda de seda roja que había puesto sobre la mesa del comedor de la cabaña antes mientras lo hacía. El tejido fresco se deslizó sobre sus dedos de una caricia suave que envió malvadas lamidas de deseo caliente en su ingle. Su garganta se espesó. Oh, lo que quería hacer esta noche...

Se detuvo junto a Aidan, dándole al hombre, quien todavía miraba a McKenzie con amor silencioso, una mirada firme. Su corazón latía con más fuerza. ¿Cómo podrían no saber cuánto se amaban el uno al otro? ¿Cómo podrían no verlo? Era tan potente, tan innegable que apenas podía respirar. Alimentaba su excitación como nada que hubiera experimentado antes. Lo movía, lo inspiraba. Joder, lo sacudía hasta el mismo centro de su alma.

—Aidan... —mantuvo la voz firme—, ata las muñecas de McKenzie detrás de su espalda.

La súbita ingesta de aliento de McKenzie, un jadeo entrecortado, envió otra oleada caliente de hambre a la ingle de Nick. Como lo hizo la forma en la que las fosas nasales de Aidan brillaron cuando el hombre se volvió para mirarlo.

Levantó la mano, sosteniendo la palma hacia arriba, con los dedos extendidos. La bufanda de seda de color rojo adornaba su palma, vibrante y evocadora, como si estuviera viva con el futuro de aquellos en la habitación.

Aidan lo estudió durante lo que pareció una eternidad, con la mandíbula cerrada, y los ojos sin parpadear. Levantó la mirada al rostro de McKenzie.

—¿Mack?



La pregunta, sólo su nombre pero lleno de esperanza tácita, fue suficiente para hacer que la polla de Nick se inundara con sangre caliente. Cuando McKenzie le dio a Aidan un solo movimiento de cabeza, moviendo sus manos detrás de su espalda, empujando sus pechos hacia adelante, Nick casi se corrió allí mismo.

La confianza, la fe que estas dos personas tenían el uno por el otro... Dios, era exquisita.

Y tan jodidamente excitante.

Sin decir una palabra, Aidan quitó el pañuelo de la mano de Nick, dando un paso detrás de McKenzie, elevándose sobre ella.

Nick tomó su lugar frente a ella, su mirada sostenía la suya mientras Aidan deslizaba sus manos sobre sus hombros y hacia abajo sobre sus brazos, la bufanda caía holgadamente entre sus dedos, acariciando su piel cuando él llegó a sus muñecas.

—Confías en él, ¿verdad? —Las bolas de Nick se elevaron ante el concentrado deseo en los directos ojos azules de McKenzie.

Vio a Aidan quedarse quieto, con la cabeza inclinada, su cuerpo presionado cerca de la espalda de McKenzie, como si él necesitara oír una respuesta que ya sabía. Tal vez, con Nick ahí, lo hacía.

Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de la boca de McKenzie.

—Confío en él.

Las bolas de Nick palpitaban y dio un paso más cerca, dejando los muslos vestidos de mezclilla acariciar los muslos desnudos de ella.

—¿Confías en mí?

—Sí. —Ella tomó una respiración profunda, la acción causó que sus pezones rozaran el frente de su camisa y sus bolas no sólo palpitaban, sino que dolían—. Lo hago. Además, sé que Aidan te partirá en dos si haces algo para hacerme daño.

Nick se rio entre dientes.

—Es cierto.

La mirada de Aidan se movió hacia él.

—Es cierto —dijo en voz baja justo cuando el grito de McKenzie llenó la habitación y su cuerpo se puso rígido.

El pulso de Nick golpeó más fuerte en su pecho, su reacción le dijo exactamente lo que Aidan había hecho: atado el pañuelo alrededor de sus muñecas. Uniéndolas. Dejándola vulnerable.

Joder, sí.

El impulso de besarla, de capturar los labios y saquear su boca casi lo abrumó, pero se mantuvo bajo control. Apenas. Girando sobre sus talones, cruzó la habitación hasta la mesa, recogiendo otro pañuelo de seda suave que esperaba allí. Oyó las pesadas respiraciones de Aidan detrás de él, el sonido le afirmaba que el hombre estaba tan cerca del punto de ruptura como él mismo. Cuando se volvió hacia los dos, se encontró con dos pares de ojos observándolo, ambos en llamas con un deseo tan crudo que su pene se sacudió en sus pantalones. Pre semen escapó de su hendidura, su calor puso resbaladiza su carne tensa.

Volvió, parándose justo delante de McKenzie, con el pañuelo colgando de sus dedos.

—Una cara de ángel con la mente sucia. —La letra vino de él en un ronroneo bajo—. *Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos.*

Alzó la mano y colocó el pañuelo con suavidad en su frente, sosteniendo su mirada por un momento.

—Sin embargo, los brazos de su amante se estiran por más.

—Como un pecador voy a arder en el fuego de él,

—Voy a morir en el fuego de él mientras ella suplica por...

McKenzie levantó la barbilla.

—Más —susurró.

El gemido de Aidan retumbó en su pecho, urgente y tenso, y era demasiado para Nick. Demasiado.

Colocó el pañuelo sobre los ojos de McKenzie, anudándolo detrás de su cabeza y aplastó su boca con la suya.

En el mismo segundo que los labios de Nick encontraron los de McKenzie, los labios de Aidan encontraron su garganta. Él probó su perfume en su piel, respiró su aroma limpio, y delicado. Por la forma en que McKenzie se movió contra él, sabía que ya estaba luchando por controlar el placer en su cuerpo. Sus manos estaban enrolladas en puños en la parte baja de su espalda, y sus nudillos presionaban la superficie plana de su vientre, justo por encima de su ingle. Su polla se sacudió en sus pantalones, presionándose instantánea e irrefutablemente por su carne, su calor.

Acarició su cuerpo con sus manos en su lugar, sobre la curva de su caja torácica a la curva de sus pechos. Sus pulgares encontraron sus pezones, su pulso se aceleró ante el gemido entrecortado que la oyó hacer a través del beso de Nick.

El cantante se separó de ella, con la boca haciendo su camino por su garganta, hacia sus pechos hasta que capturó uno de sus pezones. Aidan



sintió los cálidos labios de Nick sobre sus dedos, sintió su lengua acariciar la carne de McKenzie. Él sostuvo su pecho para que Nick lo succionara, los suaves gemidos creciendo en el pecho de ella era toda la evidencia que necesitaba para demostrar que estaba sucumbiendo a las sensaciones que la boca del hombre provocaba en su cuerpo.

Su polla se sacudió con un aumento de necesidad. Y algo más. Algo así como...

¿Celos?

La idea lo desconcertó. ¿Celoso? ¿Ahora? ¿Por qué ahora? Después de todo...

Debido a que la amas, Rogers. La amas con cada fibra de tu ser. Siempre lo has hecho y siempre lo harás.

Un gruñido bajo retumbó en su pecho y apretó los dientes. La idea de Nick haciendo el amor con McKenzie, de tocarla...

El estómago de Aidan se llenó de nudos. Ya no más. Ya no más.

Como si sintiera la repentina tensión de Aidan, Nick levantó la cabeza de los pechos de McKenzie, deslizando su mirada hacia la cara de Aidan. Se miraron el uno al otro por un momento ininterrumpido, una pregunta en los ojos grises de Nick.

Aidan inspiró una respiración lenta, tomando el olor de McKenzie dentro de su ser, sintiendo su suave cuerpo contra él. Ella estaba inmóvil, con los ojos vendados y atados entre ellos, y sin embargo, no había ni un ápice de temor en ella. Su confianza en él estaba implícita. Indiscutible. Oh, Cristo, la amaba. Tan condenadamente mucho.

Miró a Nick.

Nick lo miró. Él no dijo nada, ni una palabra, pero Aidan sabía lo que iba a hacer. Con una sonrisa que Aidan sólo alguna vez podría llamar alegre, la estrella de rock más famosa y deseada del mundo levantó la mano a la cara de McKenzie, ahuecó su mandíbula en su palma, y luego dio un paso hacia atrás.

Aidan tomó su lugar inmediatamente. En silencio. Se puso de rodillas, presionando sus labios contra el vientre plano de McKenzie, explorando su ombligo con una serie de pequeños pellizcos y mordiscos.

Ella soltó un jadeo, y otro cuando él arrastró sus labios hacia abajo más lejos, chasqueando la lengua una vez para tocar sus pliegues suaves y húmedos.

—Oh —susurró ella.



¿Sabía quién la estaba tocando ahora? A Aidan no le importaba. Todo lo que quería hacer en ese momento era llenarla con el placer más puro que podía. Darle su corazón, su alma, en un simple toque.

Le acarició los pliegues de nuevo con la lengua, y de nuevo ella pronunció esa palabra susurrada.

—Oh.

Con manos suaves, le separó los muslos, abriendo su coño en su boca. Él lamió su hendidura, pasando su lengua sobre su clítoris. Otra vez. Otra vez.

La oyó gemir, un llanto débil que apenas dejaba su garganta.

Saboreó su coño con su lengua y sus labios, chupando su dulzura con una presión suave antes de lamer su clítoris una vez más.

—Oh, sí.

Su gemido envió una oleada de sangre caliente a su ingle. Sus bolas se levantaron. Metió su lengua en su sexo otra vez, deleitándose en el calor húmedo de su hendidura femenina. Sabía... a divinidad.

Y él quería más.

Sus dedos rozaron sus caderas, apretando fuerte las mejillas de su culo por un breve instante mientras soplaba una suave corriente de aire fresco en sus pliegues sonrojados e hinchados.

—Por favor... —suplicó en una respiración temblorosa, rodando sus caderas hacia delante.

Él le acarició su clítoris con la lengua, con un toque más fuerte esta vez.

Un ligero estremecimiento la sacudió, vibrando a través de sus manos, por sus brazos hacia su pecho.

—Por favor... —le rogó de nuevo, con voz ronca—. Oh, por favor, por favor, necesito...

Él metió su lengua profundamente en su sexo, lamiendo sus jugos.

—Necesito...

Las palabras salían de ella en un gemido entrecortado.

Él rodó su lengua sobre su clítoris, girándolo rápidamente, chupándolo.

—Oh, oh.

Él metió la protuberancia sensible en su boca, capturándola con los dientes una fracción de segundo antes de chuparlo una vez más.



—Oh Dios, por favor...

Chupó con más fuerza. Chasqueó la lengua sobre él. Ahondado profundamente en su calor cremoso y luego chupó su clítoris de nuevo.

—Oh, por favor, por favor.

Sus caderas se curvaban hacia adelante. Sus nalgas se enrollaban. Él oyó su aliento volviéndose jadeos rápidos y superficiales que convirtieron sus bolas en globos atroces de necesidad urgente.

Él acarició sus dedos sobre sus caderas, hasta su vientre, como si las puntas de sus dedos fueran plumas sobre la curva de sus pechos, acariciando sus pezones erectos y luego regresando sus manos a sus caderas. Pasó la lengua sobre su clítoris, luego alrededor de la punta y lo chupó dentro de su boca.

—Oh, por favor. —La súplica gemida fue apenas más que un suspiro—. Por favor.

Él pasó sus manos de nuevo sobre los muslos de ella, extendiendo más ampliamente sus piernas, concediéndole a sus dedos, y a su boca, mayor acceso, hasta el mismo centro de su calor, y chasqueó la lengua una y otra vez sobre su clítoris. Deslizó sus dedos en su empapado canal y acarició el lugar más dulce de sus paredes internas.

Ella se corrió. Con un grito de lamento y un sacudón de estremecimiento.

Aidan cerró los ojos, apretando su cara en su centro, bebiendo su liberación, mientras supuraba de ella.

Él nunca se cansaría de ello, de darle este placer incondicional. Él nunca...

—Te amo, Aidan.

La voz de McKenzie acarició su corazón. Él abrió sus ojos, casi sin atreverse a respirar.

Ella inclinó la cabeza hacia él, el pañuelo ocultando sus hermosos ojos frescos y expresivos de él.

Él no se movió. ¿Escuchó correctamente? ¿Lo hizo?

—¿Me has oído, Rogers? —murmuró, sus labios se acurrucaron en una lenta sonrisa—. Te amo. Te amo tanto que no te golpearé por tomarte tanto tiempo en decirme que también me amas.

Antes de que pudiera detenerse, Aidan se levantó de un salto, un grito de alegría, o algo así, salió de él cuando levantó a McKenzie en sus brazos y reclamó sus labios con los suyos.



Ella le devolvió el beso, su lengua se apareó con la de él, feroz, exigente y demandante. Toda McKenzie. Y todo McKenzie era todo lo que amaba.

La besó hasta que su cabeza le daba vueltas y su ingle palpitaba, y cuando él temía dejarla caer, la puso de pie y deslizó el pañuelo fuera de su cara.

—Yo también te amo, Mack, por si acaso no has captado eso aún.

Ella puso los ojos en blanco.

—Una chica tendría que ser bastante estúpida para no hacerlo.

Él se rio, acercándola más.

—Sí, estúpida es una buena palabra.

Ella golpeó su puño contra su pecho, dándole una mirada burlona.

—¡Oye!

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó, mirando sus ojos.

Ella sonrió.

—¿Quién más podría hacerme sentir así?

Él arqueó una ceja.

—¿Así cómo?

Su sonrisa se extendió más amplia.

—¿Como si nada más importara en el mundo excepto yo?

Una tos suave a la izquierda de Aidan les hizo sobresaltarse y él se dio la vuelta, más que un poco de avergonzado al descubrir que se había olvidado por completo de la presencia de Nick en la habitación.

La estrella de rock estaba sentada en una de las sillas de cuero bajas de la cabaña, con su tobillo descansando sobre la rodilla doblada, y un brazo colgado casualmente sobre el respaldo de la silla. Su cuerpo estaba relajado y calmado, sus labios se curvaron en una sonrisa fácil. Sobre su regazo yacía el vestido de McKenzie, sus dedos bailan sobre su tela suave como si se tratara de las cuerdas de una guitarra.

—Ahora eso fue algo bello.

McKenzie se rio y apoyó la mejilla contra el pecho de Aidan. Su frecuencia cardíaca se perdió un latido ante la simple intimidad y se preguntó si alguna vez se acostumbraría a la maravillosa sensación de ser tocado por ella. Probablemente no. *Infiernos, no quería hacerlo.* Nunca.

Inclinó la cabeza y le besó la parte superior de la de ella, no por otra razón sino porque podía.



Su frecuencia cardíaca se tropezó de nuevo. Cristo, se sentía increíble.

Nick parecía reconocer su alegría. La sonrisa del hombre tembló, sus ojos brillaban felicidad gris.

—¿Creo que estoy autorizado a decir que te lo dije en ese momento, Aidan?

Aidan le pasó las manos por los brazos a McKenzie y, con un rápido tanteo de la bufanda en sus muñecas, la liberó de sus ataduras de seda, mirando a su cara vuelta hacia arriba.

—Sí, supongo que puedes.

Un segundo de silencio pasó antes de que Nick se aclarara la garganta de nuevo.

—Tengo que actuar en Evoque en unos pocos minutos. —Él descruzó su pierna y se movió en la silla hasta que parecía tan alejado de irse que Aidan se preguntó si había lo escuchado mal—. Pero antes de irme, tengo la exclusiva de McKenzie que contar.

McKenzie se tensó contra Aidan, sus manos llegando a descansar sobre el estómago de él mientras le daba a su cabeza una fuerte sacudida de desacuerdo.

—No, no la quiero. El mundo no necesita saber por qué estabas...

Antes de que la mandíbula de Aidan se pudiera caer, Nick la interrumpió con una risa, levantando la palma.

—Está bien, Srta. Wood de Goss Weekly. Quiero contarte.

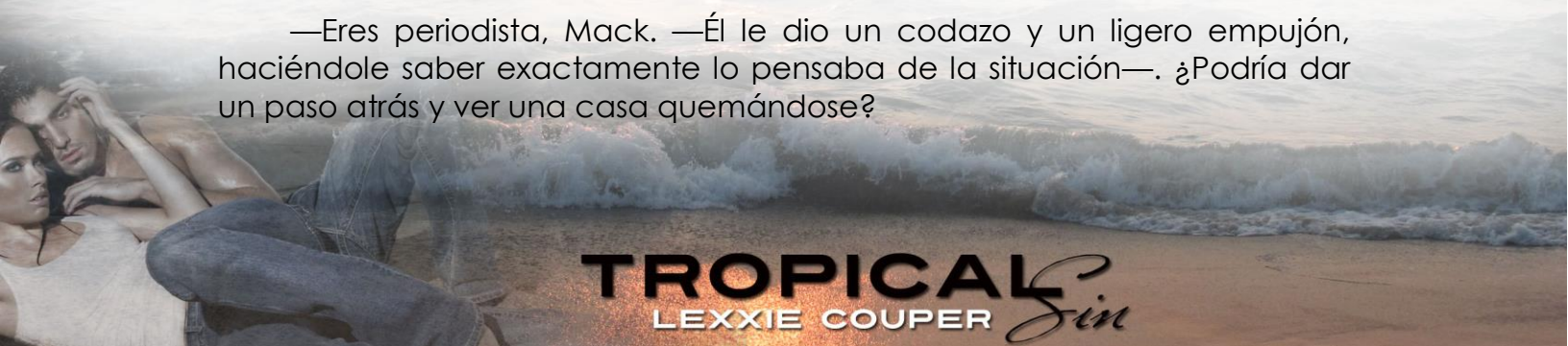
McKenzie se quedó muy quieta en brazos de Aidan. Su corazón aporreaba el pecho de él, rápido, rápido. Ella capturó su labio inferior con los dientes, royéndolo mientras consideraba la oferta de Nick. La vista de esta incertidumbre envió una irracional oleada de orgullo a través de Aidan. Aquí estaba la mujer que hacía menos de doce horas atrás había querido soltar la sopa sobre lo oscuro secreto que Nick Blackthorne albergaba. Pero ahora...

—En verdad, Mack —dijo Nick desde su silla, el uso de su apodo le envió una inexplicable cantidad de felicidad a través de Aidan.

McKenzie volvió su mirada a Aidan por un momento, lo suficientemente largo para que él la viera esperando por su reacción. Un ligero ceño fruncido tiró de las cejas de ella.

Él se encogió de hombros.

—Eres periodista, Mack. —Él le dio un codazo y un ligero empujón, haciéndole saber exactamente lo pensaba de la situación—. ¿Podría dar un paso atrás y ver una casa quemándose?



Con un asentimiento, ella se acercó a Nick, recuperando su vestido de sus dedos mientras se lo ofrecía. Ella se contoneó dentro de él, la tela caía sobre su cuerpo delgado como líquido negro. Aidan dejó salir una respiración lenta. Sí, no había esperanza en el infierno de que se acostumbrara a estar enamorado de ella. Ni una esperanza en el infierno.

—Está bien —dijo ella, y él tuvo que reírse del repentino tono brusco de su voz, toda negocios, sin sentido y seria—. Dame mi exclusiva.



Capítulo 8

—Hace dos años me enteré que era adoptado.

La calmada declaración de Nick hizo a McKenzie parpadear. Eso no era lo que ella había estado esperando en absoluto. Había esperado... ¿qué? En realidad, ella no tenía ni idea. Después del último día, nada sobre Nick Blackthorne era lo que ella había pensado que era.

—¿Dos años? —dijo Aidan detrás de ella, y ella miró por encima del hombro, dándose cuenta que se había apoyado contra el borde de la mesa con los tobillos cruzados. El fondo de su vientre se tensó y luchó contra el impulso de sonreír. Maldita sea, se veía caliente. Caliente y follable—. ¿En el tiempo que tus padres murieron en ese accidente de coche?

El espacio de tiempo hizo a McKenzie parpadear de nuevo. Su mente de periodista se apresuró a conectar los puntos.

—Sí —respondió Nick, su voz extrañamente carente de emoción—. Mi estado adoptado me fue revelado durante la lectura de su testamento. Junto con el hecho que tenía un hermano tres años menor que yo.

El aliento de McKenzie quedó atrapado en su garganta. Treinta y cinco años de no saber. ¿Treinta y cinco años de pensar que eras una persona sólo para descubrir que no lo eras? Y luego ¿descubrir que tenías un hermano del que no sabías nada? La tensión en su vientre se convirtió en una sacudida agitada. Pensó en su hermanos, los seis de ellos. Claro, ella había querido matar a más de uno de ellos al crecer, Mason en su mayor parte, pero ¿no tenerlos en su vida? ¿No saber acerca de ellos...? No.

Ni siquiera podía comenzar a comprenderlo.

—Por Dios. —El murmullo apenas audible de Aidan susurrado detrás de ella, pero ella no podía apartar su mirada de Nick.

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—Decir que fue un shock es un poco un eufemismo.

Aidan soltó un bufido.

—Al parecer, mis padres... —Nick hizo una pausa, un frustrado ceño fruncido tirando de sus cejas—, mis padres no biológicos intentaron adoptarlo también, pero se les negó la solicitud. No sé por qué. No fue mencionado en el testamento y nunca pude averiguarlo.

McKenzie fue hasta el asiento junto a Nick y se sentó en él, que se encaramada en el borde acolchado.

—¿Pero descubriste todo lo demás?

Él dejó escapar un suspiro.

—Me tomó dieciocho meses de luchar contra los trámites burocráticos, pero lo hice. Mi nombre de nacimiento es Nicolas Schulze, mi madre biológica era una joven alemana que vive ilegalmente en Australia y el nombre de mi hermano... —dejó escapar otro suspiro, el aliento un chorro desgarrador de aire—... era, Derek.

—¿Era?

La sola palabra pregunta se sintió como polvo en la lengua de McKenzie. Esta no era la exclusiva que ella imaginó. Que Nick estaba compartiéndolo con ella, en el expediente, hizo su garganta sofocarse.

Dios, ¿cómo no había conocido esto el mundo?

—¿Dieciocho meses para encontrarlo? —preguntó Aidan suavemente—. Así que, ¿hace seis meses al de hoy? Por esos tiempos cancelaste tu gira mundial.

Nick asintió, dando a Aidan una sonrisa irónica.

—¿Tienes una línea de tiempo de Nick Blackthorne en la cabeza, amigo?

Aidan se rió entre dientes.

—Compré boletos. Iba a sorprender a Mack con ellos.

Nick hizo una mueca.

—Bueno mierda. ¿Espero que hayas conseguido tu dinero de regreso?

Aidan le dio una sonrisa.

—Sí. Compré dos boletos para U2 con él.

La risa de Nick brotaba de su pecho.

—Bueno, Bono a podría servirle el dinero extra. —Se rio de nuevo, y sin embargo, McKenzie no podía dejar de notar que la alegría no alcanzó sus ojos. Todavía estaban... perseguidos.

—¿Qué le pasó a Derek, Nick?



El pecho de Nick dejó escapar un suspiro silencioso. Él apartó la mirada, su atención se centró en las aparentemente amplias vistas exteriores de las puertas de cubierta abiertas de su bungalow. McKenzie dudaba que viera el Océano Pacífico—. Finalmente sí encontré a Derek en Alemania. Tomó varias semanas establecer cualquier tipo de relación con él en absoluto. Al parecer, nuestra madre, muerta hace mucho tiempo por una sobredosis de drogas en ese momento, no había sido la más amorosa de los padres. Ni el mejor modelo a seguir. Derek creció siendo arrastrado de una comuna a otra. Para cuando tenía dieciséis años, había sido agredido sexualmente por más de uno de los compañeros de nuestra madre.

El aire abandonó los pulmones de McKenzie en un jadeo afilado. Ella no sabía qué decir. Tampoco, al parecer, tenía Aidan, quien estudió al cantante con una mandíbula apretada y la nariz aleteando, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, tenso y duro.

Nick movió su mirada de la puerta abierta y del calmante océano al atardecer pintado más allá.

—Él estaba trabajando en las calles de Berlín. Era adicto a casi todas las jodidas drogas que un traficante puede vender y follaba todo lo que le ofrecía un golpe.

Su voz era plana. Él se detuvo. Tragó.

—Lo siento, Nick. —McKenzie atrapó su labio inferior con los dientes—. No tienes que decirme más. No soy...

Él negó con la cabeza.

—Shhh, Mack. Hay un final feliz para esta historia, lo prometo.

A McKenzie le resultaba difícil creerle. ¿Feliz? No es de extrañar que los dos últimos años hubieran estado llenos de informes de Nick Blackthorne actuando maleducado y agresivo. No es de extrañar que haya cancelado todas las actuaciones en vivo. Mierda, ¿con esto de tratar?

Ella frunció el ceño.

—Hice todo lo que pude para ayudar —Nick continuó, sosteniendo su mirada. Su fuerza la hizo tambalearse—. Él se limpió de todo lo que pudo, pateó tantas adicciones como pudo, excepto... —Él limpió la boca con su mano—. Derek era bisexual, pero uno de sus llamados “padres” intentó quitárselo a golpes a la edad de dieciocho años. Un mes después de encontrar a Derek tuve que regresar a Estados Unidos por obligaciones contractuales con mi sello discográfico. En el momento en que regresé a Alemania, Derek se había admitido en la clínica del sexo Vergnügen. Estaba convencido que era un enfermo, un perverso sexual adicto que



necesita ser curado. Nada de lo que yo ni los médicos dijeron iba a cambiar su mente. Me pasé los días y las noches con él en la clínica, haciendo todo lo posible para ayudar al hermano que nunca había conocido y que había visto que no había nada malo con sus opciones sexuales.

Se detuvo y miró por la ventana.

—Él cometió suicidio hace dos semanas. Lo encontré en un charco de su propia sangre en el suelo de su habitación después de regresar de una reunión con sus médicos.

—Por Dios —Aidan murmuró, haciendo a McKenzie saltar. Ella parpadeó, sus ojos escociendo, la boca seca—. ¿Hay un final feliz a esto?

—Lo hay. —Nick se apartó de la ventana—. Ustedes dos.

—¿Perdón?

Ella había hecho la pregunta antes de darse cuenta. ¿Ella y Aidan? ¿Cómo podían ella y Aidan ser el felices para siempre de esta historia?

Nick sonrió, la primera acción verdaderamente relajada que había visto de él desde que comenzó su “exclusiva”.

—Ustedes dos. Yo había perdido todo sentido de la vida, de la felicidad, verán. Joder, no podía ver ningún color en el mundo, no podía oír cualquier música en los días hasta que los vi juntos esta mañana. Yo estaba roto. Dudaba que amor real, la verdadera alegría existía.

Él dejó escapar un suspiro y una sonrisa suave.

—Su evidente amor me ha sanado y por eso, nunca podré agradecerles lo suficiente.

—Wow. —A McKenzie no se le ocurrió nada más que decir. Ni una sola cosa. Por suerte, Aidan podía.

—No te preocupes, amigo. Recuérdame que te envíe la factura más tarde.

La ocurrencia inesperada hizo a Nick reír. Realmente reír. Él negó con la cabeza, sonriendo a Aidan.

—Trato, aunque estoy bastante seguro que puedo pensar algo mejor. —Él se volvió hacia McKenzie, desplegándose desde su asiento con una ágil facilidad directamente hacia ella—. Y ahí tienes tu exclusiva, Sra. Wood. Todo en el expediente. ¿Sólo hazme un favor?

Ella asintió, todavía incapaz de encontrar su voz. Que Nick hubiera compartido eso con ella y Aidan. Que ella y Aidan pudieran haberlo afectado mucho. Que su amor el uno por el otro...



—No lo escribas para Goss. —Él le dio una mirada que sólo podría describir como de conocimiento—. Hice una rápida búsqueda en Google de tus cosas antes de venir a tu suite esta mañana. Escribe para la revista Time o Rolling Stone. Es el lugar donde mereces estar.

La boca de McKenzie se abrió. Ella lo miró fijamente, por tercera vez en veinticuatro horas perdió las palabras.

Junto a ella, Aidan se rio, el sonido de un bajo y ligero estruendo de satisfacción.

—Lo hará. Confía...

Sonó el teléfono.

—Mierda. —Nick le disparó al reloj en su muñeca un vistazo rápido—. Debería estar en el Bar Evoke. —Volvió a mirar a Aidan, dándole una amplia sonrisa—. Conozco la urgencia de quedarte aquí y hacer largamente el amor apasionado y loco a esta mujer es, jodidamente irresistible, pero ¿prométeme que te controlarás sólo por una hora o un poco más? Ambos necesitan estar en esta fiesta de apertura, ¿de acuerdo?

Ignorando el teléfono aún sonando, le extendió la mano a Aidan, que tomó los dedos largos y delgados con sus propios fuertes y callosos en una sacudida firme.

—Trato. —Aidan asintió, y esos ojos verdes de él se deslizaron a McKenzie, su mirada tan caliente que su coño se contrajo con un latido ansioso—. Pero sólo por una hora. Después de eso, voy a llevarla de vuelta a nuestra suite y hacer el amor con ella hasta que salga el sol.

Nick se echó a reír, y con un suave beso en los labios de McKenzie, se volvió y paseó por la habitación, recogiendo el maltratado estuche de guitarra desde el sofá de cuero de lujo del bungalow mientras se dirigía a la puerta.

McKenzie lo vio girar la puerta cerrada detrás de él, el débil sonido de su zumbido cosquilleando en sus oídos antes de que la habitación estuviera en silencio una vez más.

—Bueno. —Las manos de Aidan acariciaron su cintura, los brazos tirando de ella ligeramente hacia atrás hasta que se acurrucó contra su cuerpo grande y duro—. Me prometiste el viaje de una vida, Wood McKenzie —murmuró en su oído, sus labios rozando su piel—, y seguro como el infierno lo entregaste. Recuérdame nunca dudar de ti otra vez.

Cerró los ojos y se apoyó en su firme abrazo.

—¿Puedo tener eso por escrito?



Él se echó a reír, un saludable resoplido de satisfacción.

—Nunca en tu maldita vida.

Ella se retorció en sus brazos, mirándolo con una ceja levantada.

—¿Perdón?

En respuesta, sus labios rozaron los de ella, sus manos encontrando su camino a su trasero para acunarlo en una caricia no tan suave.

—Vamos —gruñó, levantando la cabeza lo suficiente para mirarla a la cara—, le prometí a la estrella de rock más famosa del mundo que no te haría el amor por una hora y si no nos vamos de esta misma sala ahora me veré obligado a romper esa promesa.

Y, mientras el coño de McKenzie comenzó a latir de nuevo con hambre en su declaración, él la hizo girar sobre sus talones y la empujó lejos de él.



Nick Blackthorne se acercó al pequeño nivel elevado que Kylie Sullivan había proporcionado para actuar como un escenario, sus dedos se curvaron cerrándose sin apretar la manija de la caja de la guitarra. A su alrededor, la discoteca vibraba con los sonidos de la gente disfrutando de las ofrendas de apertura, finos alimentos, buen vino y la más impresionante vista de la isla.

El Bar Evoke era, nada menos que, evocador. La discoteca principal del complejo estaba iluminada con luces cálidas y tenues que hicieron las superficies de madera y de acero pulido verse como oro líquido.

Una pared completa era de vidrio, proporcionando a la multitud ya reunida en el club una vista ininterrumpida del Pacífico en calma y del cielo profundo de color púrpura más allá.

Nick no estaba ni remotamente interesado en nada de eso.

Se acercó al banquillo solitario esperando por él en el centro del pequeño escenario, poniendo la caja de la guitarra en el suelo al lado de él. Habían pasado casi dos años desde que había sostenido cualquier tipo de instrumento musical, por no hablar de la vieja guitarra acústica de doce cuerdas descansando dentro de las paredes maltratadas del estuche. Dos largos años. Él puso sus manos sobre la tapa cerrada, la oscuridad del hasta ahora, escenario no iluminada proporcionándole el ocultamiento para estudiar a los invitados dispersados a su alrededor, que actualmente no se percataban de su presencia.

Él no estaba interesado en ellos tampoco. Bueno, no todos ellos.

Una ovación estalló a su derecha, seguida de un fuerte:

—*Ya era maldita hora Rogers* —y un igualmente fuerte— *Bien por ti, pareja* —Nick sonrió, viendo mientras dos hombres, uno que surrealístamente se parecía mucho a una versión masculina de McKenzie, golpear a Aidan Rogers en la espalda, la copia al carbón de McKenzie extendiéndose para restregar el pelo de Aidan.

Nick dejó escapar una risa suave.

—Mis sentimientos, exactamente —murmuró, su corazón volviéndose más pesado cuando los labios de Aidan se extendieron en una amplia sonrisa. El gran bombero bajó la cabeza, y Nick no podía dejar de notar que Aidan nunca apartó la mirada de McKenzie.

Él se rio entre dientes, abriendo de un tirón los cerrojos del estuche de su guitarra.

Amor. Tan ineludible, cruda e ingobernable emoción. Complicada y llena de grandes momentos de terror absoluto, el amor era el único regalo más maravilloso que una persona puede experimentar. Y para alguien como él, la musa más elemental. ¿Quién hubiera pensado que su musa tomaría la forma de dos almas gemelas que nacieron para ser mucho más? De amigos a amantes. Una canción esperando ser cantada.

Él observó mientras McKenzie levantó su cara hacia Aidan.

Observó mientras la periodista con su vida en sus manos talentosas se extendió y tiró de Aidan hacia abajo en un beso que era a la vez atrevido y lleno de promesas.

—Una cara de un ángel con la mente sucia —susurró, las palabras deslizándose en un ritmo que se encuentra en lo profundo de su alma.

Levantó la tapa de su estuche, tocó los dedos a las cuerdas de acero de su vieja guitarra, trazando la línea de una hacia abajo por el cuello hasta llegar a la boca de la guitarra. La fricción casi imperceptible de la piel en el acero estirado lo llenó de una calidez profunda, sus bolas levantándose, su ritmo cardíaco acelerándose antes, con una confianza constante, cerró sus dedos alrededor del cuello de la guitarra y la retiró de su lecho de terciopelo gastado.

Un bajo estremecimiento lo recorrió.

Él se puso de pie y se encaramó en el borde del banquillo, disfrutando del anonimato que las sombras oscuras le proporcionaron.

Sosteniendo su guitarra en su regazo, él permaneció inmóvil, observando a los invitados moverse alrededor del club, escuchando los



sonidos de ellos disfrutando de sus comidas mientras se relajaban en la compañía de otros. Una y otra vez, su atención volvió a Aidan y McKenzie donde se sentaron con un pequeño grupo de personas, arrastrando algo parecido a la comodidad de su presencia distante. Su tiempo con ellos había terminado, pero él nunca, nunca los olvidará. Le habían dado la música de nuevo. Dado esperanzas después de pensar que la esperanza ya no sabía su nombre.

Cerró los ojos y dejó que el ambiente de noche rodara sobre él, escuchando las canciones en las conversaciones de los invitados, oyendo el ritmo de sus risas y la música en sus movimientos.

Diez, quince minutos más tarde, no estaba muy seguro, abrió los ojos y asintió a un hombre silencioso esperando a la izquierda del escenario. Con la gracia apresurada, el hombre subió al escenario, colocó un micrófono a unos cuantos pies de distancia de Nick y luego se escabulló fuera del escenario.

El corazón de Nick golpeó una vez. Duro en su garganta.

Él tocó sus dedos a las cuerdas de su guitarra, una vez más, las acarició y luego, con un claro bajo de su aun tensa garganta, tomo el familiar del instrumento musical de madera bajo su brazo derecho.

Un solo rayo de luz reveló su presencia en el escenario, un silencio cayendo sobre esos seleccionados por Kylie Sullivan para experimentar la apertura preliminar del complejo, mientras se dieron cuenta que él estaba sentado en el escenario.

Oyó su nombre susurrado por una docena de voces o más.

Oyó su sangre rugir en sus oídos.

Oyó a su corazón latir en su pecho.

Oyó la voz de un fantasma de hace una eternidad murmurar su nombre con placer, oyó a la diosa pedirle cantar, cantar para mí, amante.

Acarició las cuerdas una vez más antes de levantar la cabeza y mirar a la multitud en silencio.

—Para McKenzie y Aidan. —Le sonrió a las dos personas que lo habían cambiado para siempre—. Quiénes me mostraron el amor y me dieron vida. Esto, señoras y señores, es *"Tropical Sin"*.

Sus dedos encontraron las notas en su guitarra, una melodía sencilla y aun así compleja, y luego las palabras encontraron su lengua.

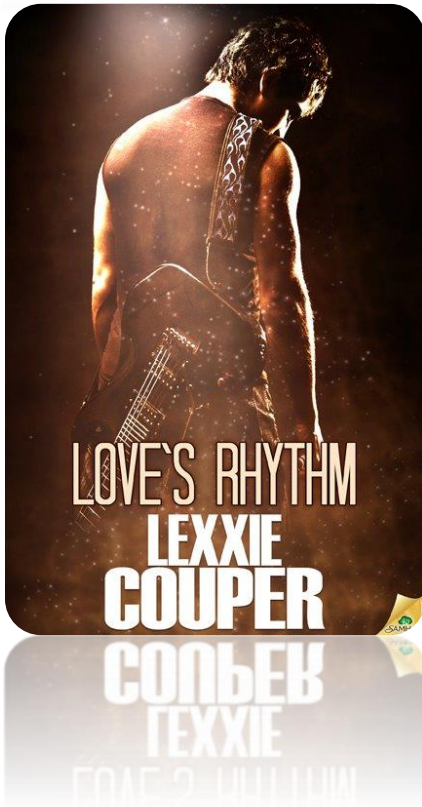
*"Una cara de un ángel con la mente sucia,
Ruego arder en su fuego, ruego morir en sus brazos."*

Sin embargo, los brazos de su amante se estiran por más.
Como un pecador voy a arder en su fuego,
Voy a morir en su fuego mientras ella suplica por más.
Como un pecador voy a arder en su fuego,
Voy a morir en su fuego y rogarle por vida.
Suplicarle por alma, suplicarle por calor.
Voy a morir en su fuego y rogarle por vida.
Suplicarle por alma, suplicarle por calor.
Y las olas cantan su canción tan interminable como el tiempo,
Y el dolor de mi corazón es tan dulce.
Como un pecador voy a arder en su fuego,
Voy a morir en su fuego y vivir en su amor.
Vivir en su amor
Hasta que te encuentre. Una vez más".

Fin



Próxima Libro



Love's Rhythm (Heart of Fame #1)

Su música mueve el mundo. ¿Puede el amor mover su corazón?

Nick Blackthorne sabe todo acerca de las palabras del amor. Son la razón por la que es la mayor estrella de rock del mundo. ¿La ironía? Le dio la espalda al amor hace mucho tiempo, atraído por las trampas de la fama.

Una invitación a la boda de un amigo es un claro recordatorio en cuán sin sentido se ha convertido su vida. Cuando entra a esa iglesia, hay una sola mujer que quisiera en su brazo, la que él abandonó hace toda una vida. Pero primero tiene que encontrarla, incluso si todo lo que ella acepta de él es una disculpa.

La maestra de Jardín de Infantes, Lauren Robbins, una vez llegó a tener lo que toda mujer en el planeta desea. A Nick. Su pasión era explosiva, su romance el material para canciones y tomó quince años conseguir olvidarlo. Luego de la nada Nick aparece en su puerta, y todos esos años negando su dolor por él se hacen añicos con un sencillo y ardiente beso.

Pero la pasión líquida no puede esconder el secreto que ha mantenido durante todos estos años. Porque ya no es sólo su corazón en la línea y no es sólo su vida la que va a ser sacudida por la revelación.

Advertencia: ¿Recuerdas tu primer enamoramiento en una estrella de rock? Ahora agrégale sexo ardiente, pasión cruda e innegable, desgarradores orgasmos. Y secretos.

Biografía de la autora



Lexxie Couper comenzó a escribir cuando tenía seis años y no ha parado desde entonces. Ella no es una perversa, pero sí tiene la imaginación de una perversa y el deseo de entretener a los lectores con sus palabras. Sumen las dos cosas y obtendrán romances eróticos que pueden hacerles reír, llorar, temblar de miedo o temblar de deseo. A veces, todo a la vez.

Cuando no está sumergida en los mundos que crea, la vida de Lexxie gira en torno a su familia, un marido que cree que está loca, un gato de interiores que le gusta acechar a las sombras, y sus hijas, que tanto han capturado completamente su corazón como cambiado su vida para siempre.

Sin tener idea de la edad que realmente tiene, Lexxie se decidió por 27 y ha tenido esa edad desde hace bastante tiempo. Es la mejor de ambos mundos: la edad suficiente para actuar madura y lo suficientemente joven para ser tonta.

Y tonta puede ser. Pregúntenle a su marido, que con frecuencia tiene que soportar alguna explosión de canto siempre que esté de humor para hacerlo, manosearlo en público (uno de sus pasatiempos favoritos), o dar vueltas en la arena con su perro - un gran perro callejero de origen dudoso que provoca casi tanto estragos en todo el barrio como con Lexxie en sí misma. ¡O chillar al bajar por el tobogán en el parque local con su hija!

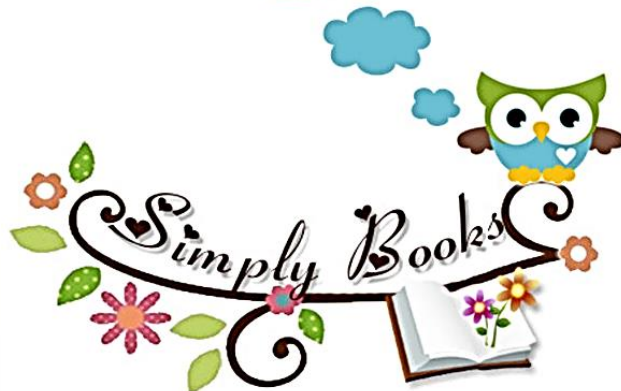
Lexxie vive con dos reglas simples: medir el éxito no por la cantidad de dinero que tiene, sino por la frecuencia con que ríe, y siempre prueba algo por lo menos una vez. Como consecuencia, ella se echó a reír para superar muchas cosas que para otros eran una aventura para levantar las cejas.



Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



108



TROPICAL
LEXXIE COUPER *Sin*